

Intervalo

álbum



EXTRAORDINARIO

12 OBRAS COMPLETAS



**CHARLE
BRONSO**

CIUD.
VIOLEN



**LOR DE
OURAZNO**

na novela
e
HUGO WAST



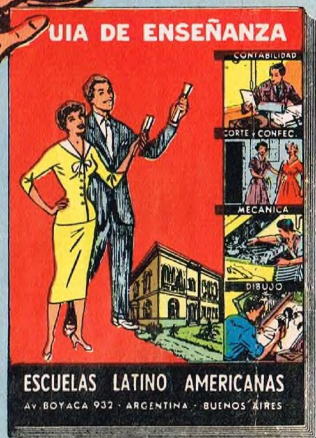
2 SUPERPRODUCCIONES A TODO COLOR

Mejore SU PORVENIR

Millares de alumnos Diplomados en nuestras Escuelas han mejorado definitivamente su porvenir GANANDO MUCHO MAS en el comercio e industria. Capacitese usted también y gane mucho más. Inicie hoy mismo un curso en las ESCUELAS LATINO-AMERICANAS. Es suficiente saber leer y escribir.

Remita HOY MISMO su nombre y dirección y recibirá GRATIS el libro "GUIA DE ENSEÑANZA" de 68 páginas con los detalles y programas de los cursos que enseñamos por correo desde el año 1923.

PIDA ESTE LIBRO
GRATIS



CURSOS QUE ENSEÑAMOS (por correo)

Tenedor de Libros
Perito en Contab.
Secretario Comerc.
Empleado de Com.
Corresponsal Com.
Dibujo Artístico
Dibujo Arquitect.
Caric. e Histor.
Radio a Transistores
Técnico en Radio
Técnico en Telev.
Mecán. en Autos

Técnico Mecánico
Motores Diesel
Construcciones
Técnico Electric.
Téc. Helad. Eléct.
Corte y Confecc.
Labores
Aritmética Com.
Taquigrafía
Periodismo
Electric. Automóvil

ENVIE EL CUPON
HOY MISMO

SUCURSALES: Rosario:
Entre Rios 1458 - ROSARIO
Mendoza: 9 de Julio 1589
MENDOZA
EXTERIOR: Uruguay - Chile
Bolivia - Perú - Colombia
Venezuela y España.

OBSEQUIOS PARA
LOS ALUMNOS
1) Diccionario
Castellano
2) Carnet de
Estudiante
3) Bandern de
Estudiante



ESCUELAS LATINO AMERICANAS CORTE AQUI
ENSEÑANZA POR CORREO
Av. BOYACA 932 BUENOS AIRES
Sirvose enviarme GRATIS el libro "GUIA DE ENSEÑANZA"

HOMBRE _____
DOMICILIO _____ LOCALIDAD _____
CURSO QUE LE INTERESA _____

**ESCUELAS
LATINO-AMERICANAS**
AV. BOYACA 932 BUENOS AIRES

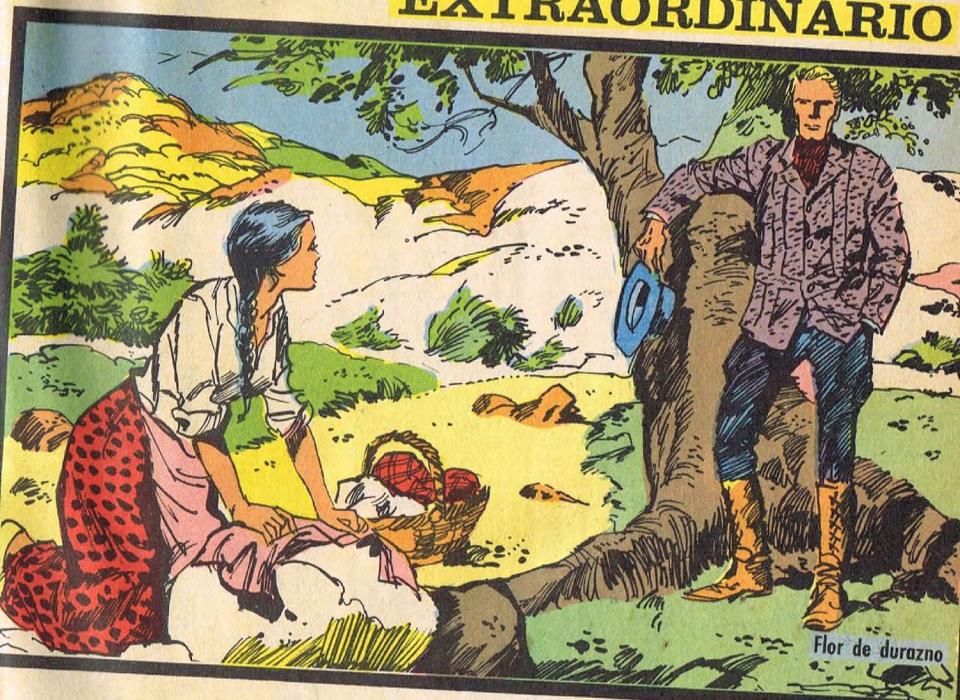
* SUCURSAL CENTRO: Calle Florida 253 - 3er. piso -F- Capital Federal

álbum de obras
gráficas completas

intervalo **ALBUM**

AÑO XXII N° 257

EXTRAORDINARIO



ÍNDICE

Flor de durazno, adaptación de Pablo Medina	4	El sueño en la nieve, por Robert O'Neill	92
Mi novia y yo, por Robin Wood	20	Pasión y gloria del general Belgrano, por María Alicia Domínguez	102
La renegada, por Frank Forder	30	Lo que no podía morir, por Eddy Carpenter	113
El zapato de cristal, por Louise M. Alcott	41	Historias de hombres y mujeres, por Cristóbal María Paz	124
Tiffany Thames, por Jenny Butterworth	54	De pronto Bach en el Castillo del Lobo, por Pier Michele	132
El guardabosque no es necesariamente un solitario, por Paul Monier	70	El Martín Fierro, por José Hernández	145
El faro, por Edmundo Cortés	83	Ciudad violenta, adaptación de Pascual Médanos	147

flor de durazno



Flor de Durazno es una de las novelas más populares del fecundo autor argentino Hugo Wast (Gustavo Martínez Zuviría), el autor de la

laureada *Desierto de Piedra*, de *El Camino de las Llamas* y de docenas de obras de éxito internacional.

Fue llevada a la pantalla de plata en los albores del cine argentino. En esa oportunidad, la película, protagonizada por Carlos Gardel, Gloria Ferrandiz, Ilde Pirovano, Rosa Bozán (madre de Olinda), fue rodada en 1917 y constituyó un éxito

sin precedentes. Más tarde la cinematografía azteca también filmó la novela. Fue en 1945. La protagonizó Esther Fernández.

Hoy, tan fresca y emotiva como cuando salió de la pluma de su autor, los mexicanos adaptaron *Flor de Durazno* en una remake producida por nuestro compatriota Alfredo Ruanova.

Según dijo en su oportunidad la revista especializada "Heraldo del Cine": "Colas en el cine Alameda..., por las colas (de público) se puede advertir el interés en este filme". Se refería al estreno en la ciudad de México, donde Hugo Wast goza de merecida popularidad.

Dirigida por Emilio Gó-



mez Muriel, con toda la crudeza y autenticidad del cine actual, y presentada por Pel Mex, llega a nuestro medio precedida de críticas elogiosas, que destacan la labor de Fanny Cano y David Reynoso en los papeles protagónicos, acompañado por el siempre eficaz José Elías Moreno en el papel del sacerdote Filemón.

La excelente adaptación de Pablo Medina, que hoy presentamos en ALBUM INTERVALO EXTRAORDINARIO, fue realizada en base al libro de Hugo Wast, y nos complacemos en ofrecerla como sincero homenaje a uno de los escritores que mayor repercusión ha obtenido no sólo en el país, sino también más allá de nuestras fronteras.

"FLOR DE DURAZNO"

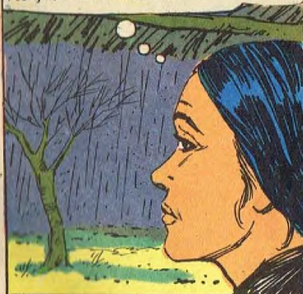
Novela de HUGO WAST.
Adaptación de Pablo Medina

Dibujos de Haupt

Se lo había dicho el padre Filemón Brochero cuando ella tenía apenas siete años: "Mirá, Rina, cada uno tiene un árbol, aunque no lo sepa. Cuando uno es bueno el árbol florece y cuando es malo, se seca. Este es tu árbol. Sé siempre buena para que tenga flores todas las primaveras..."



(Y ahora es otoño, el durazno está sin flores y mi madre muerta.)



El cementerio parecía más lúgubre bajo la llovizna terca que había ahuyentado a los pocos amigos. Sólo estaban los tres.

Vamos a sentirnos muy solos, don Germán. Me rompió el corazón ver llorar a Rina, su hija.



Es joven y se resignará. Te toca a vos ayudarla, Fabián. Es tu novia, ¿no? Apurá las cosas y casáte. El hombre solo no sirve para mucho.



Y vos también con María, Antonio. Hacéla tu mujer, levanta un rancho y dame nietos.

En eso estamos, papá. Nos prometieron trabajo bien pagado en las canteras de La Cumbre.



A lo mejor en un par de meses nos vamos para allá. ¿Se lo dijiste a mi hermana, Fabián?

Todavía no.



Tenía miedo, sin saber exactamente de qué. Amaba a Rina con cuerpo y alma, pero ella era tan linda que lo hacía sentir poco. Cuando estuvieron en la casa la vio abrazarse a su hermano y tuvo ganas de ser él quien enjugara sus lágrimas.



Nadie puede impedir que pasen estas cosas.

Hubiese dado todo lo poco que tengo para salvarla, pero no hubo tiempo. Volvó a tu casa, Fabián; ya se hizo noche.



Sí, don Germán.

Mañana paso a verte, Rina. En momentos así hay que ahuyentar la soledad.



Le dejó un beso sobre la frente pálida, quiso decirle un montón de cosas más pero era duro para las palabras. Montó y se fue. Pero ella no entró. Se acercó al duraznero y acarició su tronco húmedo de lluvia.

(Mi árbol... Las primeras flores de la primavera serán para mamá. Ella lo plantó cuando yo nací.)



Te vas a pescar una pulmonía, Rina.



h, don Filemón... ¿Lo sabe ya?

¡Sí! estuve atendiendo a uno de mis fieles, le-
pos. Me lo dijeron cuando volví, hace media ho-
a. Entonces quise venir.



Entró de la mano del sacerdote a la casa. Nunca le faltaban palabras a don Filemón para consolar, aconsejar o re-
prender. Su visita les hizo bien a los
Castillo. Y el tiempo pasó.

Buenos días, Rina. ¿Dónde estás?

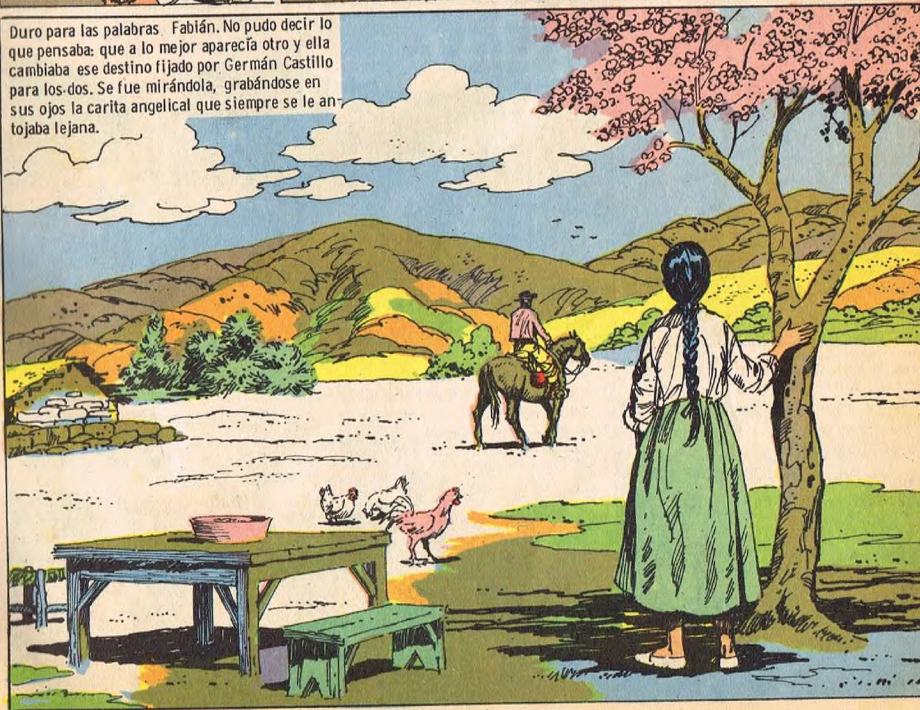


Aquí, Fabián, ordeñando las cabras.





Duro para las palabras. Fabián. No pudo decir lo que pensaba: que a lo mejor aparecía otro y ella cambiaba ese destino fijado por Germán Castillo para los dos. Se fue mirándola, grabándose en sus ojos la carita angelical que siempre se le antojaba lejana.



¿Te deja triste, Rina?



¡María! ¿Qué hacés vestida así, como para un viaje?

Yo también vine a despedirme de vos. Me voy a Buenos Aires, con esa familia que me empleó para cuidar de sus niños.



¿Y Antonio? El trabaja duro para casarse...

Antonio entenderá. Hace semanas que casi no nos hablamos. Tengo ambiciones, ¿sabés? Aquí no hay muchas posibilidades.



Pero mi hermano es tu novio. Lo querías. Te quiere. ¿No significa nada el amor para vos?

El amor... Cuando sólo conocés a un hombre nunca estás segura de saber qué es el amor.



En Buenos Aires hay más posibilidades, Rina. No nací para matarme trabajando en una casa miserable, toda la vida, junto al esposo que me impusieron los demás. Dale mi carta a Antonio. Entenderá.



Era ella la que no podía entender. No era buena María. Sí, tenía un árbol, como todos; ese árbol comenzaría a secarse tras de la maldad que cometía con su hermano.

("Cuando sólo conocés a un hombre..." Se ría como si yo a Fabián...)



(Pero no... ni pensarlo. Fabián volverá y mi durazno tendrá flores todas las primaveras.)



Ahuyenté las malas ideas y subió con las cabras a las sierras. Desde lo alto se veían los chalets de la gente de la ciudad que comenzaban a poblarse los fines de semana y, después, todo el verano...

(El más cercano es de los Benavídez)



(Pero hace años que ellos no han vuelto a Dolores; muchos años. La última vez, Miguel tenía quince y yo doce...)



Esa noche vio la mirada triste de Antonio. Le había dado la carta antes de cenar y luego él no quiso probar bocado. Don Germán preguntó qué pasaba y entre los dos lo enteraron.

Si se fue mejor, hijo. Hubiese sido peor después. Ahora, morderse y olvidar. Estas cosas pasan también.



Es fácil hablar cuando le pasa a otro, papá. Pero en carne propia duele distinto. Olvidar... ¡No voy a poder si me quedo aquí!



¡Vení a ayudarme a poner ropa en una valija. Rina! Mañana mismo me voy a las canteras de La Cumbre con Fabián. Antes no quise para no dejarla... ¡Y María me dejó a mí!

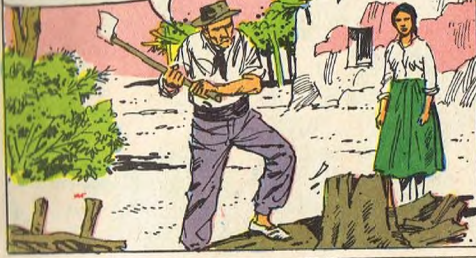


Vamos quedando solos, Rina. ¡Pobre Antonio! Y todo por esa...



El la creía buena, papá. Yo también. Alguien la debió cambiar.

Sí, la ambición. Pero la puede perder. Como dice don Filemón, el cura: cuando la Cenicienta busca al príncipe, sólo encuentra dolor.



¿Y si es el príncipe quien busca a Cenicienta?

¡Entonces se trata de un príncipe zongo y despistado que olvida un viejo dicho: cada oveja con su pareja. O que pretende una cosa muy fea.



Me disgusta hablar de esto con vos. No sos María. Nunca lo serás. Andá y hacéme unos mates que luego tengo que ir a ver a don David, el almenenero... por negocios.



Quedó sola y se puso a lavar a la orilla del arroyo. Sentía una vaga tristeza. Pensaba en su madre muerta y la atribuyó a eso. Pronto llegaría alguna carta de Fabián.

(Claro que yo no soy María. Yo no buscaría jamás un...)



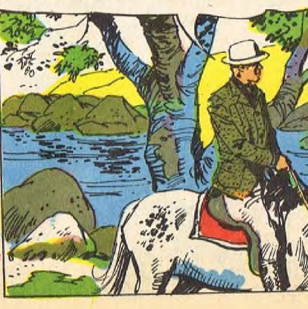
¿Podría decirme por donde puedo vadear el arroyo...?



(Esa voz. Esos ojos azules...)



¿Me oyó, señorita? El vado... busco el vado por el que hace unos años se podía cruzar.



¡Miguel Benavídez! Claro que es usted.



¿Me conoce? Claro, la casa de Germán Castillo no está lejos. Usted debe ser...



¡Vos sos Rina! ¡Seguro que sí! No cambiaste, sólo sucede que yo te tenía olvidada.

¿Sí, soy Rina, Miguel. ¿Cuándo llegó?



Le decía usted, como antes, cuando lo sabía el hijo de una familia distinta a la suya. El comenzó a recordar cosas.

Yo te asustaba con los bichos raros que juntaba por ahí. Pero siempre volvías cuando te llamaba. ¿Cuántos años pasaron? ¿Diez? ¿Doce...?



Once, Miguel. Ahora tengo veintitrés y usted debe tener... veintiséis.

No olvidaste nada, Rina. ¿Te ayudo con esa tina de ropa?



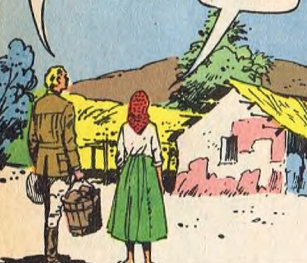
Se estremeció cuando sus dedos se rozaron. Era apuesto y elegante el chico travieso que solía asustarla. La miraba intensamente con sus ojos azules. Ella desvió la mirada.

Llegamos anoche. Mi madre estuvo enferma, le recomendaron el aire puro de las sierras.



¡Todo eso está igual!

Aquí tardan los cambios.



Pero vos estás más bonita que nunca. ¿Tenés novio?

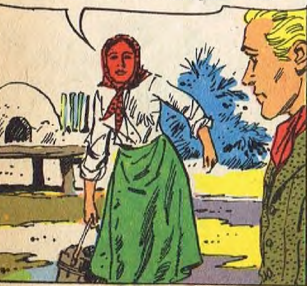
Sí, se llama Fabián. Está en La Cumbre, trabajando en las canteras.



¿Es tan necio para dejarte sola? Yo no lo haría. Sé lo que piensan los hombres cuando ven una muchacha como vos.



¡Importa lo que piense esa muchacha, Miguel. Debo poner la ropa a secar. El vado queda más adelante; lo verá enseguida. Adiós.



Volveremos a vernos, Rina. Lo prometo; como antes, cuando mis vacaciones terminaban y venía a despedirme de vos hasta el próximo año...



(... y yo te decía que era el durazno quien me anunciaría tu regreso, floreciendo. Y acaso esta vez también me lo anunció, pero yo no pensaba en Miguel.)



Comenzó a pensar desde ahí. A cada rato, lo suponía mundano y desaprensivo. Pasó una larga semana. Un día Germán no marchó a trabajar en el campo.

¿Te sentís mal, papá?

No; espero a una persona. Vendrá a observar el título de propiedad de mis tierras. ¿Te dije que don David las reclama como suyas?

¡Pero eso es una canallada!

Muchas fortunas comenzaron con cosas así, hija. Con el tiempo, don David se hará dueño de todo el pueblo. Ahí llega el hombre que prometió ayudarme.

¡Miguel Benavidez! ¿Se recibió de abogado ya?

No. Pero sabe mucho. Andá a preparar unos mates. O serví un licor si él lo prefiere.

Sirvió licor para Miguel y mates a su padre. Le gustaba oírlo hablar. Sabía emplear las palabras. Convencía.

Si ahora tiene que hacer, vaya nomás, Miguel. Pero vuelva a estudiar estos papeles cuando quiera. Si yo no estoy, lo atenderá Rina.

De acuerdo, don Germán. Será un asunto largo, pero le aseguro que nadie le quitará sus tierras.

Volvió en la mañana siguiente. Rina estaba sola. Le dio los títulos; sirvió licor.

Es usted generoso con nosotros.

¿De verdad lo creés? No soy tan desinteresado. Hubo una razón para querer ayudar a tu padre.

Vos. Sos la muchacha más linda y fresca que jamás conocí. Ya no podría asustarte como en mis juegos de mocoso tonto.

Tengo novio, Miguel.

Sé lo que son estos noviazgos campesinos. ¿Fue tu padre quien te impuso a ese Fabián? ¿De verdad estás enamorada de él? Averigüé cómo es. Un tipo rudo y vulgar.

Prometí esperarlo. Volverá y nos casaremos.

Y envejecerás aquí, sin conocer nada mejor. Pensálo bien, Rina. Sos vos la que me asustás ahora. locamente de una muchacha como vos. Podría enamorarme. Adiós; mañana volveré.

Se hizo habitual la visita de Miguel. Ella dudaba de todo. De amar a Fabián y de esas palabras lindas que el fue tejiendo sobre su cabecita confusa. Una noche, por fin...

(¡los perros ladran, debe ser papá que vuelve adelantando su regreso que anunció para mañana.)

¡Miguel!

¡Sí, Rina, yo... Me enteré en el almacén que estabas sola. Y quise venir a cuidarte, ¿sabés?



¡Estuviste bebiendo! Sé cuidarme muy bien sola. ¡Andáte!

¡No! Bebí para cobrar coraje y decirte un par de verdades.



Te quiero para mí. Serás mi esposa alguna vez. Tu belleza necesita un hombre como yo, que sepa apreciarla.



Comenzaron a verse todas las tardes, junto al arroyo. En secreto. Llegó una carta de Fabián que ella ni leyó ni contestó. El duraznero, por cada flor, dio un fruto grande y jugoso. El verano llegó y pasó. Una tarde...

Pronto te irás, Miguel. Prometiste hablar con papá de lo nuestro.



Lo haré, no lo dudes. ¿Desconfías de mi amor?

Desconfío de tu hastío. Acaso estabas aburrido al comenzar tus vacaciones. Me viste y pensaste en diversión fácil.



Pero yo te amo, Miguel. Tenés pruebas. Me arriesgué a todo por tu amor... por creer cierto tu amor.

Lo sé, lo sé. Mañana hablaré a don Germán.



Mañana se hizo nunca. Supo por la tarde que se había marchado al amanecer con su madre. A Buenos Aires. Lloró en silencio. Fabián volvió a escribir y ella a no leer su carta. El otoño llegó.

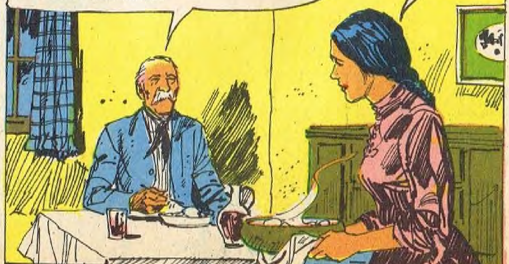
¿Estás enferma, hija?

No, papá.



¿Entonces qué diablos te pasa? ¿Te preocupa como a mí la tardanza de Miguel Benavidez en hacerse saber cómo va el pleito que me entabló don David?

Sí, debe ser eso. Podemos perderlo todo.



No era eso. Era algo distinto. Algo que cualquier mujer sabe que le está pasando. Tenía vergüenza de mostrarse delante de su padre, le huía a su mirada.

Fabían llega a fin de semana; me lo avisaron en el almacén. ¿Lo sabías?



Parece que las cosas le fueron bien. Tendrás que comenzar a preparar el vestido de la boda.



Preparó otra cosa esa noche: su valija. Dejó la casa como una ladrona. Garuaba. Una fina llovizna que caía le calaba los huesos. Antes de subir al sulky se acercó al duraznero. Parecía muerto; puras ramas desnudas y oscuras.

(Te vas a secar, porque fui mala... porque me dejé engañar...)



(Papá no me lo perdonará nunca. Ni me lo perdonarás vos, mamá.)



("Muchacha para todo trabajo se necesita...")



Aprendió a ser mandada, a cumplir órdenes. A saberse sola. A huir de las miradas y las palabras que la seguían por la calle.

¿Por qué tanto apuro, muñeca?



¿Qué sucede, Rina? ¿Pesa tanto esa bolsa con las cosas que le ordené comprar?

Corrí, señora. Me siento mal.



La niña nació en el hospital. Una criatura hermosa, como ella. De ojos azules, como Miguel. Cuando le dieron el alta buscó una dirección en la guía telefónica. Fue a casa de los Benavidez. Preguntó por él y él salió.

¿Vos? ¿Y ese niño?



Es niña, Miguel. Tiene tus mismos ojos. Se me ocurrió pensar que, a lo mejor, ahora que sabés...

¿Se te ocurrió una necesidad, Rina? Voy a casarme a fin de mes. Si mi madre supiese... Fijá un precio a tu desaparición, a tu silencio.



Se marchó callando un insulto. Más sola que nunca. Buscó otro trabajo. Alquiló una pieza en una pensión humilde. Un día por la calle...

¡Rina Castillo!



¡María!

Al menos me reconociste. Vos no cambiaste mucho. ¿Qué hacés en Buenos Aires? ¿Resolviste vivir mejor?



Le contó todo. Y María sonrió. Vestía elegantemente, parecía feliz. Pero supo de qué clase era su felicidad cuando le dijo:

Tengo amigos que podrían ayudarte. Seguís tan linda como siempre. Si vos quisieras... Llamame un día de éstos; aquí está mi teléfono.

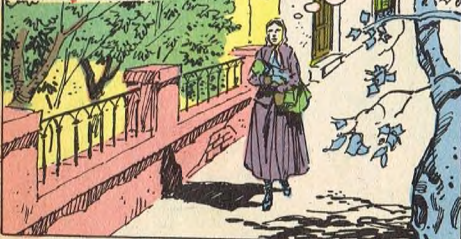


("Si vos quisieras..." Ya sequé mi árbol, María. Todo es lo mismo ahora. Mi hija debe comer, sobrevivir...")



Era primavera. En la mañana salió para su empleo. Caminó por calles donde flotaban aromas de flores, que asomaban de los jardines. Buscaba un teléfono para llamar a María.

(Ahora todo da igual. Te llamaré y vos te alegrarás.)



(Un durazno...)



(... en flor. A lo mejor sigo equivocada. Tal vez aún no sequé del todo mi árbol. Me gustaría saberlo. ¡Y lo sabré!)



El dinero que tenía le alcanzó para el pasaje. Dejó Buenos Aires con el mismo vestido que había llegado. Pero con una hija y una esperanza flotando en su mirada mansa.



(Papá no me perdonará. Fabián tampoco. Ni pensar en Fabián. Sólo me queda una alternativa...)



(¡El padre Filemón Brochero...!)



Lo halló cuidando sus flores y sus frutales, en la quinta vecina a la Iglesia cuidada y prolija.

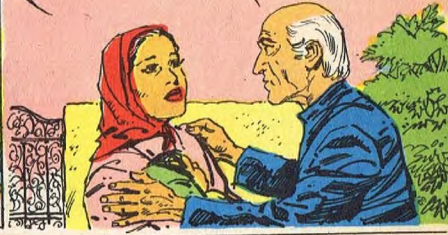
¡Rinal Volviste, por fin.

Con mi culpa y mi dolor, padre. Quiero saber si aceptarán mi arrepentimiento.



¿Qué pensó mi padre?

Alguien lo enteró de tus relaciones con Miguel. Se enfureció y enfermó. Sólo le queda la casa. Don David le quitó las tierras.



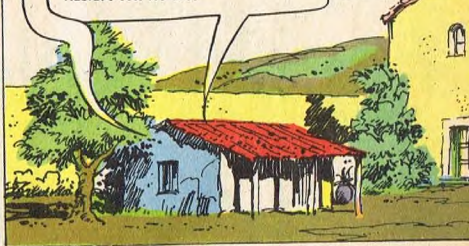
La llevó a la casa pegada a la iglesia. Le dio de comer. Ella le contó su historia, como en una confesión.

Vos no pecaste por ambición, ni siquiera podría afirmar que pecaste. Fue amor. Amabas y te creíste amada. Tu inocencia hizo el resto...



Todos no pensarán como usted.

Me enseñó Dios a pensar como pienso. Nadie podría ser más justo que El. Tu padre debe amarte aún. Fabián también. Hablaré con los dos.



A Germán Castillo le costó perdonar, pero perdonó. Le abrió las puertas de su casa y Rina fue, se abrazó a él y lo hizo acariciar a la niña. Los ojos casi ciegos de Germán se humedecieron.

¿Y el durazno? Ya no está frente a la casa, papá.

Se secó y hube de cortarlo. Usé el tronco para sostener la ramada de los fondos.



Lo veo, papá. Ahí está.



Pero no murió del todo. Sus ramas vuelven a florecer. Acaso sólo necesitaba cambiar de tierra. ¡Un milagro!

Como tu regreso, Rina. El padre Filemón me habló. Entendí. Mi amor no cambió a pesar de todo. Una vez te hice una promesa y la voy a cumplir. ¡Serás mi esposa!

¡Fabián!



El verano llegó y pasó. Habían elegido el primer mes del otoño para la boda. Fabián alzaba su casa en la parte de las tierras que habían sido de los Castillo y él comprara a don David. Y una tarde, desde la loma donde lo vio.

(¡Cente en el chalet de los Benavidez!)



(Miguel y su madre han vuelto a Dolores. ¿A qué?)



Lo supo una tarde, cuando iba en busca de Rina y la vio con él, junto al arroyo.

Regresé por eso, Rina. Mi mujer murió en un accidente. Estoy solo. Puedo reparar mi falta si vos me aceptás.

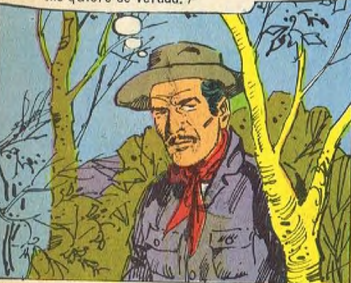


¿Es un remordimiento, Miguel? Yo también volví aquí, arrepentida y me perdonaron, pero es difícil creer en tus palabras; ya no soy la muchacha campesina e ingenua que una vez...



Te amo. Y vos también. No sos para un tipo como Fabián.

(¡Miserable! Debería ir y molerlo a golpes... pero voy a esperar. Necesito esperar para saber si Rina me quiere de verdad.)



Es inútil. ¡Andáte, Miguel! No puede ser.



¿Por qué? Vos sos de las que no cambian.

Sí. Nunca cambié. Amaba a un hombre y otro me encadilló con lindas frases. Ahora sé que hay dos clases de amor. Me quedo con el único legítimo. Los príncipes como vos le hacen mal a las cenicientas como yo. Ahora sé qué es el amor.



Y yo, como todo el pueblo, sé lo que es un canalla, Miguel. ¡Si vuelvo a verlo con Rina...!

¡Rina está más ciega que su padre, Fabián! Pero le quitaré a la niña. La ley me ampara. ¡Lo verá!



¡Lo hará el muy miserable...! Y Rina no podrá ser feliz. Es mujer y madre... Sin la niña...

¿Te has vuelto idiota, Fabián?
Ningún problema se resuelve en la taberna.

¡Claro que no, padre Filemón!
Debería salir a buscarlo y matarlo.

¡Más que idiota! Yo hice algo mejor: vi a la señora Benavidez. Buena mujer que no merece tal hijo. Me contó la verdad: Miguel buscaba a Rina para hacer que ella intercediera ante su madre para conseguir el dinero que ésta le niega por haragán y vicioso.

Pero usted lo echó todo a perder. ¡Usted y su generosidad de hombre bueno...! ¡Vine a matarlo, Fabián!

Está ebrio. Déjalo y se marchará.

¿Lo cree, padre? ¡Voy a quitarle el arma!

Todos los parroquianos lo vieron: Fabián se acercó y Miguel disparó pero erró. Se trabaron en recia pelea. Cayeron juntos. Otro disparo sonó y él único que pudo levantarse fue Fabián.

Esto arruina mi vida para siempre.

¿Con tantos testigos, muchacho? Fue en defensa propia. Los jueces entenderán. Ire-mos juntos a ver al comisario.

No fue largo el proceso. En la primavera Fabián quedó libre. Volvió a terminar su casa y se casó con Rina en la iglesia de Dolores.

Todas las novias llevan azahares, padre Filemón. ¿Por qué Rina quiso ramitas con flores de durazno?

Porque es su árbol, muchacha. Y porque es buena. ¿No se los dije nunca ... ?

Cada uno tiene un árbol, aunque no lo sepa. Cuando uno es bueno el árbol florece todas las primaveras.

Todo está bien ahora, Rina. Ya no hay que perdonar sino tratar de olvidar.

Es lo mismo que me dijo la señora Benavidez, Fabián, cuando fue a besarme antes de la boda y me pidió...



... que le permitiese venir a visitar a la niña. Por ella se quedará a vivir en el chalet de las sierras. Es lo único bueno que su hijo le dio. Le dije que sí, que venga.

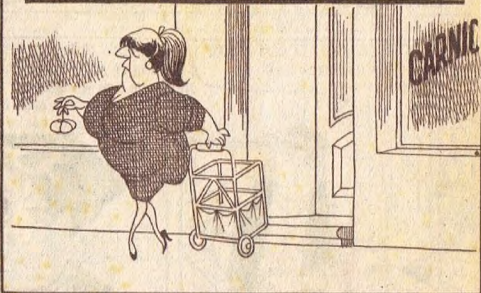


FIN

**LA CARNE
ESTA CARA**
Por



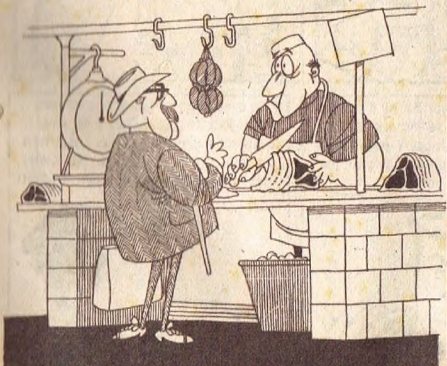
-Y hoy me fue mal: si habré vendido diez kilos de carne, es mucho.



-Este es el regalo más inservible que hemos recibido en nuestra boda.



-Hacía como cuatro años que no salía a hacer una compra, doctor, y hoy le pedí que fuera a comprar unos bifecitos...



-Antes de que me corte el bifecito, quisiera saber si acepta que se lo pague con un cheque.



-Hará más o menos media hora que serví un bife. Por lo tanto no sé qué precio puede tener ahora.

MI NOVIA Y YO

Por ROBIN WOOD

QUO VADIS, TURISTA?

Dibujos de VOGT



Estando en España durante el verano, ésa es una pregunta que es inevitable que uno se haga pues la península sufre lo que podríamos llamar la invasión de los bárbaros.



Si uno lee la historia de España descubre que el asunto de las invasiones ya era moda aquí desde hace una punta de años. Por ejemplo...



Allá va. Si sale el gigante invadimos Iberia. Si sale templo invadimos la Galia.

De acuerdo, Marcus Vogt. Añadices fortunas juvat ergo.



¡Ah! ¡Hermoso día para invadir algo, Mohamed-el-Tino! ¿No crees?

Sabías palabras, señor Ahmed Vogt. ¿Qué tal España? Está a mano y como aún no han inventado las aduanas...



¡Carlos! ¡No me lo niegues! ¡Otra vez te has ido de invasión con tus amigotes!

Pero, querida... ¿Qué te hace suponer eso?



¡Quiero que mañana todo el ejército ocupe España! ¡Y no me vengáis con carnavales que para corso me basto solo!

Sí, sire.



Y así continuamente, por hache o por be, o por doble ve, España se vio continuamente visitada por sus vecinos. Y por lo general al estilo de esos que no se limpian los pies en el felpudo para entrar.



Y no crean que porque ahora estamos en la época de los satélites y del mercado negro de embajadores las cosas han cambiado mucho en España. No, señor. Antiguamente los que llegaban, llegaban así...





Los españoles con tranquilidad y un cierto estoicismo hecho de siglos, abandonan las calles y se aprestan a aguantar un verano sacudido durante el cual, todos los países de Europa se vacían en la península, llenos de vitaminas y cheques de viajero.



Paciencia, ¿eh?

Paciencia. Todo pasa.

Y dentro de toda esa gama de desaforados, blancos como quesos que se tiran en las playas de la Costa Brava para tostarlos hasta la lengua, hay que dividirlos según sus grupos étnicos. No es difícil. Siempre conservan ciertas costumbres básicas.



Tomemos en primer lugar a los ingleses. Claro que ahora hay que dividirlos según el nuevo sistema. Los de antes y los de ahora. Por ejemplo...



Té hindú, si tiene.



Haschisch nepalés, si es posible.

Y algún petitorio contra la guerra, si tiene...

El alemán, en cambio, marcha decidido a conocer todos los monumentos que hay que conocer, y para ello...



¡Achtung!



¡Feuer!

CLICK CLICK CLICK CLICK



Y el americano...

Guau. Esto me recuerda Texas... Y aquello me hace pensar en California. Yeeaa. Y aquello es igual a Tuscaloosa.

¡Es increíble! ¡Hay muchísimos españoles que no hablan inglés!



Y el japonés aparece un poco diferente a la imagen que nos dejó Toshiro Mifune. Claro que a lo mejor lo que ocurre es que los samurais se acabaron por falta de subvención nacional.

¡Haito! ¡Haito!

Y así sigue la lista. Sumen a esa ensalada algunos miles de holandeses, belgas, franceses, marroquíes, hindúes, suizos, noruegos, suecos, dinamarqueses, etcétera y tendrán una pálida idea del lío que es esto.



En fin, yo vine a caer en medio del lío sin poder esquivarlo. Las rutas de la madre patria están más atestadas que un cine portuño en un estreno con Brigitte Bardot. Los hoteles son tomados por asalto.



Lo mejor, claro, es ir a un camping. ¿No es así?

Sí. Los hoteles están todos repletos.



Aquí hay uno.

Medio deprimente, ¿no?



Firmen aquí. ¿Tienen seguro de vida?

No. Planeé vivir hasta los noventa.



Ah. Y no crean que la gente se aparta de sus costumbres porque venga de vacaciones. No. El ser humano es en relación a sus costumbres lo que la tortuga con su caparazón.



Y si no, miren.



Todo el día sol. ¡Qué no daría por una lluvia!

Sí. Yo también le decía a mi marido. Hubiera preferido Italia, pero los hombres...



¿Qué te ocurre, Hans? Tienes mala cara.



Estoy cansado. De noche hay tanto silencio que no puedo dormir. Y de día, si no estoy en la oficina tampoco puedo. Me muerdo de sueño.

En fin, la mentalidad de cada uno es la mentalidad de cada uno, frase verdaderamente original que...



¡Socorro!



¿Y eso? Parece que alguien se ahoga... o será un turista que mordió a un tiburón.

(Ah, sí. Allí la veo. Y parece que se ahoga nomás. ¿Qué hago?)



(En fin... Tarzán lo hacía así en las películas...)



Ay... ¿Quién sacó el mar?



¿Qué ha hecho? ¿Por qué saltó desde allá arriba?

Porque la oí gritar... Creí que se estaba ahogando...



Oh, no. Me asustó esa araña de mar.

¿Araña de mar? Ah, ¿esa?



¡Ya está! ¡Nada mejor que el karate para estas cosas!

¡Oh, qué maravilla!



¡Nunca fui salvada antes en mi vida!

Y tal vez no lo vuelva a ser nunca más, especialmente si el próximo salvador se tira de cabeza...



¡Venga conmigo! ¡Papá se pondrá muy contento de conocerlo! ¡le gustan mucho los valientes!

Entonces, mejor que lo dejemos para otra ocasión.



Pero fue lo mismo que pedirle al obelisco que cantara algo, y poco después...

¡Papá! ¡Quiero presentarte a este joven! ¡Me acaba de salvar la vida!

Yeaaaaa. Interesante. Yeaaaaa.



Chócala, chico. Eso que tienes en tus manos es la pata de Tex Rogers, un buen tejano, sí señor. ¿Eres de Texas?

No... De un poquito más abajo...



Es una pena. ¿Así que no eres tejano? Lo siento por ti. Debe ser muy doloroso, ¿verdad?

Bueno... uno se acostumbra con el tiempo.

¿Así que te has hecho amigo de Bárbara? Eso está bien. La chica necesita un chico. Y yo a mi chica le doy todo lo que quiera menos el derecho a vetar y mi caballo, claro.

Bueno, yo...

Hijo, nunca me discutas mucho. Mi padre usaba el revólver cada vez que le servían el café tiblo. Yo no tomo café pero uso el revólver cuando me sirven menos de medio litro de whisky. O cuando alguien hace llorar a mi chica.

Y ahora vete a pasear con mi chica. Yo voy a dormir un poco la siesta como hacía en Texas. Y para eso nada mejor que...

CLICK

Ah. Igual que en casa...

MUUU MOUUUUU! MUUH-MUUU!

Ay, Tino... ¡Estoy toda loca! ¡Nunca corrí una aventura tan emocionante como hoy! ¡Y nunca conocí un hombre tan fascinante!

Je, je, je. Y eso que estoy un poco fuera de estilo.

¡Tino, cástate conmigo!

¿Eh? Un momento, flaca... Calma, no sea cosa que se te caigan los frenos de los dientes...

¡Casémonos! ¡Te amo! ¡Eres apuesto, viril, valiente, loco, salvaje, diferente...!

¿Yo? No. Palabra. Soy de lo más dulce y gentil que te podés imaginar.

¡Te llevaré a Texas y te regalaré caballos!

¡Odio los caballos! ¡Siempre me tiran al suelo!

¡Te regalaré coches!

¡Manejo mal!

¡Veleiros!

¡Sufro de mareos!

¡Te amo! ¡Estoy loca por ti!

¡Ah, eso no! ¡No me echas la culpa a mí!

¿Qué ocurre aquí? He oído a mi chica aullar como un coyote de mi vieja Texas.

¡Tino no quiere casarse conmigo, papá!

¿Mi chica no es suficientemente buena para ti, chico? No me gusta que mi chica lllore. Cuando mi chica llora me pongo triste y saco el revólver y...

Suficiente, viejo. No se gaste más. Entiéndolo las indirectas.

Y ahora me voy a dormir. Mañana hablaremos, ¿eh?

Seguro, chico.

(A rajar esta misma noche. No me voy a quedar cerca de esta pandilla de chillados.)

Y tú no le saques los ojos de encima, Pecos. ¿De acuerdo?

Sure.

(¿Será posible que me meta en líos por el simple hecho de despertarme cada mañana? ¿Y ahora qué hago?)

También... en España venir a hacer-te el Don Quijote.

Sin embargo, como ves, no es culpa mía, Cristina. No es culpa mía, ¿pero cómo salgo del lío?

¿Y esto?

¡Cristina! ¡Amore! ¡Senza te la vida es un plato de spaghetti sin salsa! ¡Y yo quiero salsa en mis spaghetti! ¡Carísima! ¡Casémonos!

¿Y esto?

Y... me lo encontré mientras daba un paseo. Y no me lo pude sacar de encima desde entonces.





¡Ma qué aceite! ¡Los tornillos les tienen que cambiar! ¡Todos!



SONRISITAS



- ¡Perdona, querida! Ha sido un empujón sin querer...



- Tire esas píldoras sobre el piso dos veces por día y agáchese a recogerlas una por una...

Un **TECNICO de iade**
merece más confianza

...Y GANA MAS!

estudie EN CLASES PERSONALES
O POR CORRESPONDENCIA

MECANICA AUTOMOTRIZ

Carburación - Electricidad

ELECTRONICA RADIO TV

Transistores

ESCUELAS
TECNICAS **iade**

CLASES PERSONALES,
INFORMESE EN:

Tel. 37-1404 - 22-7376 - 47-4847

CABALLITO: Av. Parral 1082 - ONCE: Rivadavia 2465 -
CENTRO: Av. de Mayo 1385 - CONSTITUCION: Pasaje Ciudadela 1218 (Alt. Salta 1650) - POMPEYA: Av. Sáenz 1443 -
LOMAS DE ZAMORA: H. Yrigoyen 8951 - AVELLANEDA:
Av. Mitre 60 - SAN MARTIN: Moreno 15 - RAMOS MEJIA:
Ardoino 140 - SAN ISIDRO: Av. Santa Fe 30 - BELGRANO:
Cabrillo 3161 - QUILMES: H. Yrigoyen 95 - LA PLATA: 55
Nº 657 - ROSARIO: Rioja 1459

URUGUAY: MONTEVIDEO: Mercedes 832

CHILE: SANTIAGO: Londres 55 - VALPARAISO: Blanco 968
CONCEPCION: Colo Colo 557

**nuevos
cursos**

por correspondencia
como en la misma escuela

CONTABILIDAD Y ADMINISTRACION DE EMPRESAS.
DIBUJO, DECORACION, PUBLICIDAD.
CIDAD. PERIODISMO, CASTELLANO, MATEMATICAS, ALTA COSTURA, MECANICA, ELECTRICIDAD Y CARBURACION, ELECTRONICA, RADIO, TELEVISION, TRANSISTORES, INSTALACIONES ELECTRICAS, MOTORES ELECTRICOS, REFRIGERACION, AIRE ACONDICIONADO, CONSTRUCCION DE EDIFICIOS, AGRONOMIA, AGRICULTURA, FRUTICULTURA, HORTICULTURA, GRANJA, APICULTURA, AVICULTURA, MAQUINARIA AGRICOLA, FLORICULTURA

CUPON PARA CURSOS POR CORRESPONDENCIA

Solicite gratis el
"LIBRO DE LOS OFICIOS, LAS ARTES Y EL EXITO"
Escuelas Técnicas IADE
Casilla Correo 14 Suc. Ramos Mejía (Bs. As.)
NOMBRE
APELLIDO
DIRECCION
LOCALIDAD
Curso que me interesa

LA RENEGADA

Por **FRANK FORDER**

Dibujos de **HAUPT**

Bueno, Jacques, me parece interesante lo que te propones; pero muy riesgoso. Nosotros no te podremos ayudar en nada y tendrás que valerte por ti mismo.

Para mí se han hecho los riesgos, señor director; usted quería una nota vital sobre los guerrilleros palestinos, ¿verdad? Pues la tendrá.



No digo que no me interesa; el diario publicará todos tus artículos. El problema es cómo los mandarás a París.

Desde Jordania, supongo; algún "fed-dayin" de "Al Fatah" se encargará de llevarlos a Ammán, y de ahí, en el primer avión a Francia.



Bien, Jacques, no puedes negar tu ascendencia árabe, ¿eh? La sangre siempre tira. Cuidate y vuelve con vida. Y recuerda, objetividad en los artículos; el diario no se embandera con nadie. Y no te retengo más...



(Objetividad... Objetividad... Tra'aré, bajo una apariencia imparcial, de trabajar para nuestra causa; mi patria no es Francia sino la patria de mis padres y de mis abuelos.)



Esa noche, en el aeropuerto de Orly, Jacques ascendía a un jet junto con otros pasajeros.



Horas más tarde el avión descendía en el aeropuerto de Beirut, Líbano; aquella sería la primera escala hasta Ammán, Jordania.



Inmediatamente Chabli se puso en contacto, en Ammán, con alguien cuyo nombre le indicaran amigos jordanos de París.

El Comité Central nos dijo quién era usted y cuánto interés tenía en conocer la organización de "Fatah"; el objeto de su viaje es enviar notas periodísticas a su periódico. ¿verdad?



Bien, se lo citará, dentro de un tiempo, en un lugar determinado desde donde lo llevaremos a nuestro campamento. Queda entendido que usted no tendrá ningún privilegio especial...

... salvo el de no tomar parte en ningún combate.



Un tiempo más tarde, una misteriosa voz le dio a Chabli una dirección y una hora determinada.

A las once, en la mezquita de Al Azir, alguien lo encontró para guiarlo hasta nosotros.



¡Alto! ¿Quién está ahí?

"Tachia Phalestin".



Ahmed, no te conocí. ¿Quién es tu amigo?

Un amigo de Palestina, periodista.

... por eso vine hasta aquí; para entrevistarlo a usted y para conocer la guerrilla de "Al Fatah".

Amigo Chabli, usted puede ser más útil a nuestra causa con una pluma que con un fusil.

Esa noche el culto francés, acostumbrado a los mejores hoteles europeos, tuvo que pasar la al raso mientras en el fuego se cocía un succulento manjar.

Tendremos un plato delicioso, compañeros: Abu Ahmed ha cazado una culebra en el desierto.

La fina perspicacia del periodista lo descubrió enseguida; y ávido de conocer, se acercó a conversar con él.

Mi historia no interesa a nadie, señor periodista; cada uno de nosotros tiene la suya...

Al contrario, deseo conocerlos a todos. Contaría le aliviaré. Le prometo no escribirla a París, si ése es su deseo.

Hoy se cumple un año. Una noche como ésta, cuando asaltamos una patrulla que vigilaba el camino que corre paralelo al Jordán, caímos prisioneros y fuimos enviados a Haifa, a un campo cerca de la ciudad.

En el campamento militar femenino de Haifa había también una escuela de enfermeras del ejército israelí.

He aquí una radiografía que muestra lesiones óseas en una mano, descalcificación y deformaciones.

Y una joven estudiante...

Tú, claro, como vienes de Alemania, hablas varios idiomas además del hebreo. Yo soy sabra de Haifa y no conozco más que el hebreo y el inglés, además del árabe.

No importa, Deborah; las dos seremos grandes amigas. Tú serás enfermera y yo una recluta pero ambas somos israelíes y luchamos por nuestra patria judía.

El aprendizaje de Deborah finalizaba y unos meses después recibía su diploma; ahora podría trabajar en serio como tanto había deseado.

¡Enfermera Scholtz...! ¡Enfermera Thamar...

Y al día siguiente la flamante enfermera fue citada al despacho de la teniente Kohath.

Enfermera Thamar, la unidad tres, de la cual usted formará parte, deberá partir al campo de prisioneros cercano a la ciudad.

¡Quiere decir que deberé cuidar enemigos!

Deborah estaba indignada. Eso no era precisamente lo que había soñado tantas noches. ¡Cuidar enemigos de Israel!

Usted ha recibido entrenamiento militar y la primera consigna del soldado es la obediencia, como bien lo sabe, muchacha. Según las convenciones de Ginebra y la Ley de Jehová, debemos también cuidar al enemigo; pero será por poco tiempo.

El tono severo de la teniente y sus aclaraciones terminaron por convencerla.

Hemos recibido información de que un grupo de prisioneros de "Al Fatah" ha llegado muy malherido de una escaramuza y deberá ser inmediatamente atendido.

Bien, teniente. Me reportaré a la unidad tres.

En un calabozo del campo yacía un prisionero desmayado.

Ha perdido la conciencia y tiene una profunda herida en la frente. Pero ¿quién le ha hecho ese vendaje? ¡Mire cómo sangra!



¿Por qué eres tan dura? Yo sólo quería saber si se sentía mejor.

¡Bah! En cuanto esté curado lo llevarán a la comandancia para interrogarlo, y no lo veremos más.



Soy maestro en El Gohr. ¿sabe? En el valle del Jordán. Dejé todo para unirme a la guerrilla. ¡No, no me mire así! Me hace daño la manera tan dura de mirarme que tiene.

Mi dureza no tiene que importarle: somos enemigos y lo cuido porque me lo ordenaron. En realidad preferiría partirle en dos la cabeza en vez de tener que curársela.



Pero el pulso de la muchacha comenzó a vacilar cuando debía darle sus inyecciones; algo en el joven la turbaba.

No sé qué me está pasando hoy que no puedo certar con la vena, se me escapa...

Yo sé lo que le está pasando, Deborah. Sea franca con usted misma y confíesele lo que la hace equivocarse tan a menudo. ¿Se equivoca también con los otros prisioneros?



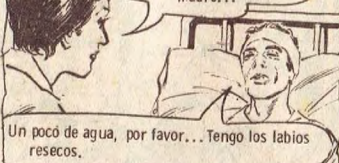
Y cuando la muchacha se quedó sola...

(Habrá que darle una inyección de cafeína y coramina para mantener el aparato cardio-respiratorio. ¡Oh, Dios, haz que pueda hacerlo reaccionar! Es mi primer paciente...)



Pero el caso presentaba dificultades y la curación parecía prolongarse; el joven pasaba largos períodos adormilado y Deborah era la encargada de vigilarlo. Una mañana lo oyó murmurar, en la semiconciencia, unas palabras

¡Habla árabe! Llama a su madre...



Un poco de agua, por favor... Tengo los labios resecos.

En efecto, era su primer paciente y tenía equivocarse u olvidar sus conocimientos.

Reaccionó muy bien, pero no habla ni una palabra. ¿Entenderá el hebreo? Prueba de decirle algo en inglés, Deborah.

Si es un árabe no hablará más que árabe, es lógico. Además, ¿qué quieres decirle? Nosotros no tenemos nada que decirle a él.



¡Qué hermosa es usted! ¿Habla también árabe?

Sí, lo aprendí en Haifa. Pero hableme de usted.



Los días pasaban y el médico del campo no lo daba de alta; la herida parecía haberle afectado algún centro nervioso relacionado con la memoria, porque cuando venía el comandante a interrogarlo recordaba muy poco de su pasado.

Debe tomar toda su medicina; si no no se va a curar nunca.



¿Quiere enviarme cuanto antes a la muerte? ¿Tanto me odia?

¿Qué quiere decir?

Que usted no me es indiferente, y yo tampoco a usted, si tanto se turba. Pienso en usted más que en mi gente, y me avergüenzo de ello.



Pero el comandante Rabinsky comenzaba a impacientarse con la lenta recuperación del guerrillero; tenían planeada una ofensiva y el Estado Mayor necesitaba urgentemente datos respecto a "Al Fatah".

La mandé llamar, enfermera, para preguntarle confidencialmente por qué su informe y el del médico son tan negativos. ¿El prisionero no ha recobrado la memoria? El parecía ser el jefe del grupo.



Este... Hasta ahora nada... Un blanco completo.

¡Qué fatalidad! Los otros no saben lo esencial, y eso que tratamos de emplear todos los métodos de persuasión. Por eso lo necesitamos tanto a éste.



¡El enfermo de la cama quince te mira de un modo, cuando pasas! ¡Cuidado, no te vaya a hacer la corte!



¡No digas tonterías, por favor! ¡Un gentil, un árabe! ¡Si supiera ella lo que me está pasando, cómo me despreciaría y con razón.

No te preocupes, Deborah; o decir que muy pronto la mandarán a la enfermera jefe Benjamín para que te reemplace junto a él. Así te sentirás más libre.



¡No! ¡Dí que no es cierto!

Pero el impacto había sido demasiado fuerte y la hizo palidecer; la enfermera Benjamín descubriría pronto lo que el médico, con toda su habilidad profesional, hasta entonces no había llegado a descubrir.



¡Dios mío! ¡to enviarán al interrogatorio! ¡Pero qué pienso, si parece que me pusiera de parte del enemigo!

Tenemos poco tiempo para hablar y aprovechó que está la sala vacía; esta noche la enfermera jefe Benjamín vendrá a reemplazarme.



¡Oh, no!

Escúcheme con atención: no sé su nombre, pero sé que no ha perdido la memoria; lo que me dijo de su pasado lo prueba. En cuanto se enteren ellos, está perdido.



No se preocupe, no se enterarán. Soy muy hábil cuando quiero. Pero, Deborah, eso significa... ¡Mírame.

¡Mi amor, te quiero tanto!



¡Mi vida! Aunque todavía no sé tu nombre, qué extraño...

¿La historia clínica del paciente quince, Thamar?



Estará registrada bajo su número de entrada. El dos mil ciento once, enfermera.

Ha perdido la memoria, ¿verdad? Habrá que ver si es cierto o es un truco. El comandante tiene apuro en interrogarlo.



¡Sí, ya sé... ¿Lo trasladarán a la cuadra o lo dejarán en la enfermería?

El doctor lo dará de alta mañana a más tardar. Pero queremos aislarlo de sus compañeros; quizás la soledad lo haga reflexionar sobre su pasado.



Y aquella noche...

Escucha, querida, antes de que llegue alguien; quiero saber si tu amor sabrá resistir una prueba difícil.



Ya el quererte me hace sentir culpable. Y sigo sin saber tu nombre.

Me llamo Abu Youssef y soy nativo de Jerusalén; maestro de escuela y guerrillero. ¿Será tu amor tan fuerte como para huir conmigo?



¡Qué me estás pidiendo!

"¡Qué horror! ¿Habrá escuchado nuestras palabras?"

Thamar, repórtese luego a la sala de enfermeras. Tengo que hablar con usted.



Sé que no tengo justificativos, sé que soy una traidora, me siento lo bastante lúcida como para verme cómo soy. Pero huiré contigo.

¡Sí, vendrás conmigo! Un "seh" no casará y será mi esposa ante Allah.



¿Podría ir a ver al paciente quince, doctor? Fui a llevarle la comida y pareció decirme algo de su pasado. Quizás el aislamiento lo haya hecho reflexionar.

¡Excelente, enfermera! Claro que... es un poco tarde... Las once de la noche ya... Pero, en fin. Allí vamos.



Al doctor lo tomó completamente desprevenido: un muchacho de veinticinco años podía muy bien contra un hombre de cincuenta, sobre todo si aquél había recibido un entrenamiento intensivo de yudo en la guerrilla.

¡Rápido, Deborah! Amordázalo y áptale las manos y los pies.



¿Con estas vendas que traje aquí?

(No, Benjamín no sospecha, o aparentemente no sospechar, nunca se sabe... ¡Pero huir con Youssef! ¡Eso sería deserción! ¡Traicionaría mis principios!)



Algún día habrá paz y podremos trabajar juntos en lo que realmente nos atrae, sin soldados que enterrar, ya sean judíos o árabes.

Siempre seguiré siendo judía, Youssef: por lo menos quiero conservar mi religión.



Y en efecto, el preso parecía estar en una disposición de ánimo mucho más transigente.

¡Bueno, muchacho! Me dicen que te sientes mejor. No hablarás el hebreo, pero entenderás el inglés, ¿verdad? Lástima que yo no hable tu lengua.



Recuerda: si encontramos a alguien, tú, ni una palabra. Y cúbrete el rostro de algún modo; con el pañuelo, como si te sonaras la nariz. ¡Ah! Usa este gorro blanco.



Tu "pretendiente" está encerrado en el calabozo de aislamiento; pero ni una palabra de que te lo dije.

(Buscaré el modo de llevarle yo la comida esta noche; así podré hablarle. ¡No me digas! ¿Y a mí qué me importa?)



Lo principal, una vez que hubo tomado esa decisión, era encontrar un disfraz conveniente para Youssef.

¿Puedo entrar, doctor Weinsbein?



DR. WEINSBEIN

Acérquese, doctor. Quisiera conversar un poco con usted; me siento tan solo aquí...



Tú serás la que hable. Vamos a ver al centinela de la entrada que tiene... bueno, un fuerte ataque de gripe.

No se dijeron ni una palabra durante el trayecto; la suerte parecía favorecerles en todo.

Pero al salir de la cuadra al patio...

¡Alto ahí!

(¡Qué hago! ¡No conozco el santo y seña!)

¡Ni un paso más o disparo!

(Me armaré de valor o estamos perdidos. ¡Somos el doctor Weisbein y la enfermera Thamar...)

¿Tienen una orden escrita del comandante del campo para salir?

No... El caso que vamos a ver es de tanta urgencia que no...

Pero en ese momento, unos gritos sacudieron el silencio del campamento.

¡Socorro, no los dejen escapar! ¡Soy el doctor Weisbein!

(¡Maldición! ¡Se ha quitado la mordaza!)

¡Los brazos en alto y contra la pared!

¡Corre, Youssef! ¡Huye...!

En aquel momento el instinto de conservación fue más fuerte que su amor, y el muchacho no quiso oír el grito de la joven al caer: pero antes de ocultarse detrás de unos enormes cajones, algo en él le dijo que quizás no la vería nuevamente.

¡BANG!

¡Atención, atención! ¡Un preso acaba de fugarse y está escondido en el patio! ¡Registren el área!

Estuve oculto detrás de los cajones sin tener noción del tiempo; afortunadamente había un hueco en éstos por el que puedo hacerme invisible a los focos de luz.

¿Y Deborah?

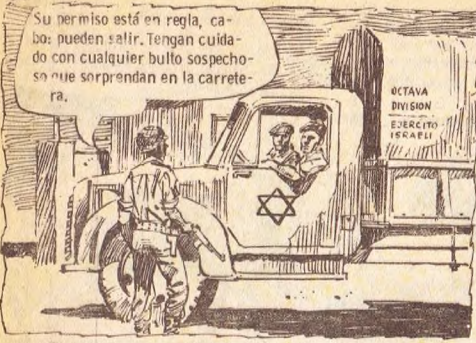
No pude verla, pero sí que la llevaban adentro malherida.

¿Y cómo pudo huir usted?

Poco antes de la madrugada los soldados se dirigieron al otro patio, y yo me pude deslizar hasta un camión estacionado; me oculté en él, y...

¿Listos, Ari?

Su permiso está en regla, cabos; pueden salir. Tengan cuidado con cualquier bulto sospechoso que sorprendan en la carretera.



Bien, bien, me temo que en unas horas estaremos soportando la aburridísima charla de dos horribles muchachas de madame Saphir...

Con lo poco que me gusta a mí ese tipo de horribles muchachas, sobre todo cuando tienen... ah... sus curvas bien repartidas...



La caída, a esa velocidad y, con lo fragoroso del camino, fue dolorosa; se arrastró rengueando a las matas del campo y pudo ocultarse tras ellas.



Durante las noches caminaba por la planicie, y de día se ocultaba tras las escasas algarrobos que crecían, o en alguna cueva; bebía en los charcos, cuando los encontraba.



Su alimento eran raíces y los frutos de la algarroba. No podía encender ningún fuego porque lo hubiera descubierto alguien, y de noche se helaba. Por fin, un atardecer llegó a las márgenes del Jordán.



(¡Gracias, Allah, porque del otro lado está mi salvación!)



Pero no vio aquella inesperada compañía.

¡Eh, hombre! ¡Venga acá!

(¡Ahora debo correr al río!)



La cuestión de apresurarse; nunca se sabe si un campesino o un pescador israelí está armado o no.



(Estoy... a... salvo...)



(Este hombre respira... Lo llevaré a la aldea cargado sobre mi mula.)



El paso seco de la mula lo despertó.

¡Eh, buen hombre, en nombre de Allah...!

(¡Habla árabe! Pero podría ser un espía...)



Estamos en Tibne, amigo; dirígete al imán, quien te prestará su ayuda.

Necesito un medio rápido para ir hasta Es Salt, campesino: algún camión de suministros, por ejemplo.



Descansa, hijo, de tu largo viaje. ¿Quieres más café?

Ante todo, quisiera que me ayudaran a regresar a Es Salt del modo más rápido.



Dentro de dos horas sale un camión para el sur, con una carga de aceitunas, higos secos y leche de cabra; se detendrá en Es Salt, y allá podrás quedarte. ¿Tienes dinero?



Sabe muy bien que en los campos de prisioneros no nos dejan nada que nos pertenezca.

¿Te bastarán diez dinares? Te doy algunos donativos de la mezquita. Ya los devolverás algún día.



...y así fue como pude volver sano y salvo. Todos conocen a los guerrilleros en el valle del Jordán; y conducirme adonde estaban fue muy sencillo.

Y... ¿aún la recuerdas a Deborah?



¡Sí, la recuerdo! Día y noche, noche y día. ¿Cómo quiere que la olvide? Daría cualquier cosa por tener noticias de ella. Aunque... me temo que ya no esté viva.

¡Quién sabe! ¿Dijiste que darías cualquier cosa por saberlo?



El entrenamiento proseguía; Chabli participaba pasivamente en cada simulacro de ataque o defensa, a veces sacando fotos, otras tomando notas.



Esta nota es muy interesante, Pierre; la publicaremos en primera plana. Pero aquí me pide... qué extraño... que averigüe el paradero de una muchacha... Deborah, Thamar.

Será algún amorío de Chabli. Siempre dije que era muy enamorado.



No sé. No parece eso. Dice que hay que pedir noticias a Tel Aviv. ¿Podríamos cablegrafiar a nuestra agencia allí?

Cómo no, señor director. ¿No hay más datos?



Aquí dice que, hace un año, era enfermera en el campo de prisioneros de Haifa y que fue malherida, al tratar de huir, por los guardias israelíes. ¡Qué extraño...!



Sí... sí... comprendo... Difícil de conseguir... Pero intenten con la Cruz Roja Internacional.



¡Noticias de Tel Aviv! La muchacha vive; fue acusada de alta traición, juzgada y se la condenó a veinte años de cárcel. Pero al cabo de un año, debido a su buena conducta, la pena le fue conmutada a diez años.

Envíen enseguida una carta a la Embajada Francesa en Amman; de allí se encargarán de pasarla a "Al Fatah". Con todo... no entiendo.



Pero las comunicaciones en tiempos de guerra son difíciles; además la burocracia de la embajada retuvo la carta, y Chabli se aprestaba a partir sin noticias.

Lo extrañaremos, amigo Chabli; en este tiempo hemos llegado a ser grandes amigos. Y creo que debemos mirar el futuro con optimismo; pero hemos hablado ya sobre eso largo y tendido. ¿Publicarán todos sus artículos?



No lo sé. No he recibido ninguna noticia de París en este tiempo. Pero antes de partir quisiera despedirme de un viejo amigo.



Amigo, me voy. Yo mismo me ocuparé de buscarle noticias de Ceborah.



¡Salud, Ahmed! Un camión que venía de Ammán me dejó por la carretera.

¿Traes el correo?



Cartas para los muchachos, y para las chicas... de sus novíos, probablemente.

A ver... Quisiera ver si hay algo a mi nombre.



Mustafá Hehnan... Alí Hoyey... Aixa Abdullah... Jacques Chabli.

¡Por fin! Noticias de París.



Vive, amigo Youssef: sólo que tu amor deberá ser lo bastante firme como para saber esperar. ¿Podrá resistir la ausencia?



¿Cree usted que pueda fallarle ahora, sabiendo que yo estoy aquí por su sacrificio? Ninguna mujer podría llegar a reemplazarla.

Además, ¿por qué pensar en ocho o diez años? Las guerras son así: los plazos de la ausencia se alargan o se acortan según el destino, y no según la voluntad de los hombres.

¿Qué edad tienes ahora, Youssef? ¿Veinticinco años? A esa edad se puede esperar.



Usted es periodista, sabe escribir; cuénteles al mundo sobre nuestras vidas. Cuento mi historia, si le parece interesante.

Algún día te mostraré París. Mejor dicho... ¡los llevaré a los dos al mejor "bistrot" de la Concordia, a comer una sopa de cebolla y beber una botella de un buen Beaujolais!

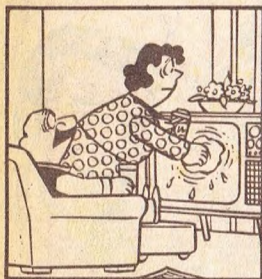
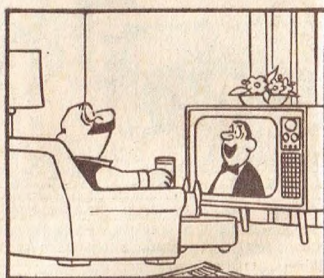
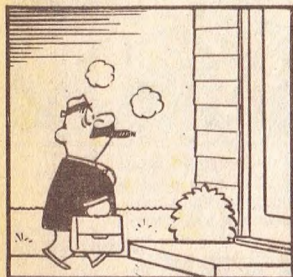


Y de vuelta a Francia...

(Me pregunto si algún día los pueblos podrán, o sabrán, entablar un diálogo. Y comunicarse unos con otros, sin fusiles ni ametralladoras "Klasin kof" de por medio...)



JUAN CEPILLO



EL ZAPATO DE CRISTAL

Por LOUISE M. ALCOTT

Dibujos de EYRÉ

ADAPTACIÓN



Jessie hizo un gesto de desesperación al tiempo que miraba a su hermana Laura.

¡Será una fiesta estupenda, pero no podré ir.

¿Por qué no? Estoy segura de que serás la más linda de todas.



Y por sobre todas las cosas quien más te rendirá pletesía será Charles Butter.

Ni me mira, ni me habla. Para él yo no existo.



Es un presumido, un jactancioso.

¡Pero adorable!



Laura y Jessie Delano vivían en la mayor pobreza desde hacía más de un año. Habían quedado solas en el mundo luego de la muerte de sus padres.

Mi vestido está gastado, mis adornos ya son viejos, los guantes han perdido el color y mis zapatos... ¡Ah, mis zapatos!



Eso me desespera. ¿Es que a Charles sólo le agradan las muchachas bien vestidas? Nosotras también vivimos en el lujo. Pero después de la muerte de nuestros padres...

¡Por favor, Laura!



Tu belleza, Jessie, hará el milagro, te lo aseguro, de transformarte en la más elegante. Los jóvenes te admirarán, hermana.



Es que Charles te hace sufrir y eso no me gusta.

No puedo obligar a Charles a que me quiera.



Tienes que ir a la fiesta de Fanny Fletcher.



Jessie era una excelente ballarina. Tenía veinte años. Laura, en cambio, pintaba en los veinticinco y su existencia era bastante desgraciada. Débil físicamente, siempre debía guardar reposo y no salir de la vieja y pobre casona.

¡Prométeme que vas a ir!



Además no puedes desairar a la señora Fanny Fletcher.

Las dos muchachas ganaban algún dinero pintando una, dando lecciones de danza la otra. Justamente Fanny Fletcher era la profesora de Jessie y la que le conseguía alumnos entre la gente rica.



Eso era cierto. Jessie tenía que ir, aunque su elegancia no estuviese en el punto que ella deseaba.

Mientras tú estés en la fiesta vendrá a hacerme compañía la señora Loretta.



Una sonrisa pícaro iluminó el rostro de Jessie.

Estoy segura de que con la señora Loretta vendrá su simpático sobrino, ¿no es cierto?



Laura entristeció súbitamente.

¡Sí. También vendrá John. El es muy bueno, muy galante, un muchacho que merece la mejor suerte.



John te ama, Laura. Se le ve en los ojos. Te mira con verdadera devoción.

¿No será... lástima?



Jessie se abrazó a su hermana.

No digas tonterías, Laura.



Eres muy buena, Jessie.

Charles Butter era sobrino de la señora Fanny Fletcher. Altivo, buen mozo, elegante, se jactaba constantemente y con mucho desenfado de sus éxitos románticos con las muchachas más bonitas de la aristocrática ciudad de Boston.



¿Una fiesta, tía?



¡Sí. Y quiero que vengas.

¡Oh, qué aburrido!



Detesto tus actitudes, Charles. No me agradan las personas con aire de superioridad. La fiesta de esta noche es un poco para presentar a Jessie Delano. Deseo que algunas personas...



"...importantes la vean bailar. Jessie Delano es una auténtica artista."

¿Te he dicho alguna vez que Jessie está enamorada de mí? ¡Es una audacia! ¿No sabe ella que a mí me gusta Mary?



¿Quién te ha dicho que Jessie está enamorada de ti?

Lo sabe todo el mundo, tía. En fin. Espero que también hayas invitado a Mary.



¡Sí. La invité. Charles, es necesario que cambies. Tus poses de persona importante te están granjeando muchas antipatías.

¡Yo soy como soy, tía, y nadie me hará cambiar!



(¿Debo ir? ¿Se ofenderá mucho la señora Fanny si no fuera?)

Si Jessie Delano hubiera sabido que ella iba a ser el motivo principal de la fiesta que había organizado la señora Fanny Fletcher, se habría desmayado de susto.



Jessie estaba realmente indecisa.

(No puedo fallarle. Es una señora muy buena. Me ayuda. Desde la muerte de nuestros padres es la única que se ha portado bien con nosotras.)



(Además... estará Charles en la fiesta. Y eso también es muy importante.)



Jessie se probó su único vestido de fiesta.

(¡Ah, qué desastre! ¡Voy a parecer la Cenicienta!)



Jessie tenía orgullo. Mientras vivieron sus padres ella era la muchacha de Boston que vestía más elegante. Después llegó la miseria y arrasó con todo.

(A Charles le gustan las chicas elegantes.)



Jessie enfrentó a Laura.

¿Te parece que estoy presentable?

Nunca te he visto tan linda, Jessie.



Jessie tomó una heroica decisión.

¡Iré. ¡Sí. Pero me quedará poco tiempo. Buscaré una excusa y me ausentaré enseguida. La señora Fanny sabrá comprender.



¿Cómo estoy? ¿Se nota que todo lo que llevo puesto es ya viejo?

Dos horas después paraba el carruaje de la señora Fanny Fletcher frente a la casa de Jessie y Laura.



La señora Loretta, que ya había llegado para acompañar a Laura, hizo un gesto de admiración.

Pareces una reina.

Las dos hermanas se besaron y se abrazaron como si estuvieran por separarse para siempre.

Deséame mucha suerte, Laura.

Me vas a hacer llorar, Jessie.

Se besaron una y otra vez.

¿No desentonaré?

Te reverenciarán como si fueses una princesa.

Laura enjugó las lágrimas.

Yo tengo la culpa. Si pudiera moverme normalmente, ganaría más dinero y nuestras penurias económicas serían menores.

La simpática señora Loretta terció con gran vehemencia.

No se quejen de nada. Tienen juventud y eso es maravillosamente importante.

Apenas Jessie se fue, Laura se puso a llorar.

Soy una carga para Jessie. ¿Es que nunca sanaré yo?

Por favor, querida. No hagas una tragedia de una tontería.

La buena señora le tomó las manos con ternura.

¡Alégrate! Dentro de media hora llegará John. Y es portador de una gran noticia.

No me hagas preguntas. Lo sabrás a su debido tiempo.

John es muy bueno.

¿Vendió su novela?



Cuando Jessie llegó al carruaje de la señora Fanny Fletcher, se sorprendió.

¡Oh, señora! No pensaba que usted en persona viniese a buscarme.

Tengo que hablar contigo, Jessie.

Te quiere mucho, Laura.

Siente lástima por mí.

Laura abrazó angustiada a la señora Loretta.

Es muy doloroso vivir así como yo vivo, señora Loretta. No sé hasta dónde aguantarán mis fuerzas.



El carruaje se puso en marcha.

Jessie, siempre he creído que tú eres una gran bailarina a pesar de tu juventud y de tu inexperiencia. Hoy a mi fiesta irán dos famosos...



Me da la sensación de que no te fascina la idea.

Es que...



...críticos de arte. Quiero que los conozcas.

¿Bailaré delante de ellos?



¿No te enloquece la idea de que puedas ser con el tiempo una gran bailarina?

El arte exige muchos sacrificios, señora.



Jessie tenía una cómica expresión de miedo.

No. Esta noche no. Pero arreglaré de manera que durante cualquier día de la semana que viene vengan a mi casa a verte bailar...



Tú eres fuerte, decidida, batalladora. Ni la pobreza, ni los más serios contratiempos han logrado mellar tu espíritu indomable. Al contrario, tienes tiempo para el sacrificio.



Los hermosos ojos de Jessie se entrecerraron. Un rubor cubrió sus mejillas.

Lo que pasa, señora, es que yo deseo casarme joven y tener hijos. Creo que la danza, tomada con seriedad y el matrimonio pueden...



La señora Fanny la miró en profundidad.

¿Acaso estás enamorada?



Jessie no supo qué contestar.

¿Se trata de mi sobrino Charles?



Jessie se mantuvo en silencio. La señora Fletcher movió la cabeza con preocupación.

¿Estás enamorada de mi sobrino?



Por unos segundos la señora Fanny Fletcher se encolerizó.

¡Ridículo! ¡Tremendamente ridículo! Estás en camino de ser una gran bailarina y sólo piensas en un muchacho petulante, sin sesos en la cabeza...



El romanticismo te aleja de la realidad. Voy a hacerte una pregunta muy dolorosa: ¿sabes si Charles te ama?

No. No lo sé.



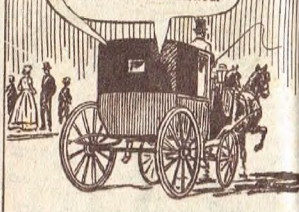
Es mi sobrino, lo quiero mucho, pero debo reconocer que Charles ha sido criado con poco tino por sus padres. Se cree la persona más importante del mundo y no es más que un chiquillo atrevido.



Se produjo un largo y molesto silencio. Jessie lo rompió con palabras dichas en voz baja.

¡Perdóneme si la he decepcionado, señora! Quizá esté un poco aturdida. No sé.

Eres una romántica.



¿Y si no te amara?

Me sentiría desesperada.



¡Santo Dios! ¡Cómo se complican las cosas!



Mientras tanto, John llegaba a casa de Laura. No era buen mozo, pero tenía facciones nobles y una mirada penetrante y franca. Hablaba con vehemencia. La señora Loretta dijo, para dejarlos solos, que "iba a preparar el té más rico del mundo".



John miró a Laura con dulzura.

No es una noticia sino son tres. ¡Tres estupendas noticias, Laura!



Laura se animó. Parecía ahora menos pálida.

Primera gran noticia: vendí su cuadro. Causó una gran impresión. Me dieron una buena cantidad de dólares.



Segunda gran noticia: mi novela será publicada dentro de dos meses.

¡Gracias a Dios!



Y le ruego: he logrado que una eminencia médica de Europa venga a verla, Laura.



Laura clavó sus ojos húmedos por las lágrimas en los de John.

Contésteme con sinceridad, John. ¿Cree usted que yo puedo ser curada?



Lo que usted necesita es tener más confianza en sus fuerzas y borrar la sensación de que está condenada a vivir encerrada entre estas cuatro paredes.



¡Usted necesita sol, aire, moverse de aquí!



Estoy seguro que vencerá, Laura. ¡Venceremos!



Jessie entró a la imponente residencia de la señora Fletcher con acentuada nerviosidad. Apenas penetró a la amplia sala donde se estaba bailando, las miradas se concentraron en ella.



No debí venir, señora.



Cuando mis padres vivían toda esta gente que ahora me mira con altivez, me rendía pleitesía. Parece que la...

¡No, Jessie, no! Estás creando fantasmas.



Nadie te mira mal. Ni nadie desea despreciarte o humillarte. Eres Jessie Delano. Antes, ahora y siempre. No te olvides de eso.



Si bien la belleza y la distinción de modelos de Jessie eran destacables, su vestimenta parecía mucho más vieja y gastada al comparársela con las que lucían las demás muchachas.



(¡Estoy segura que me van a crear un vacío intolerable!)

Charles bailaba con Mary.

Ha llegado la Cenicienta. Tu tía tiene predilección por ella.

Dice que es una gran bailarina.



Después llegó Robert y se inclinó ceremoniosamente.

¿La célebre bailarina Jessie Delano se digna bailar esta noche conmigo?



Jessie se dijo: "Robert es un excelente muchacho". Miró hacia donde estaba Charles que seguía junto a Mary: "En cambio, Charles se está portando muy mal".



Y tú, ¿qué piensas?

Bueno... a mí no me interesa el ballet.



¿Acaso sientes celos?

¡Oh, no! Estoy bien segura de tu amor.



Jessie sonrió. Había recuperado la tranquilidad.

¡Encantadísima!



Todo el mundo afirma que Jessie está enamorada de ti.

Habladurías, Mary.



Pronto Jessie tuvo que admitir que se había equivocado. Sus amigas de antes se acercaron y la rodearon.

Estás muy linda, Jessie.



Pensó: "¿Podré bailar bien con estos zapatos viejos y gastados?" Tembló asustada.



...hasta que Charles, adelantándose, se agachó y lo recogió. Con rapidez lo exhibió. Había en sus labios una sonrisa burlona.

¿Quién de ustedes, encantadoras damas, ha perdido este zapato tan "distinguido"?



Y se produjo lo inesperado. Cuando la música cesó y los bailarines comenzaron a retirarse en medio del salón apareció un zapato. Un zapato viejo, gastado. Al principio se oyó un murmullo de estupor...

Se oyeron risas débiles al principio.

¿Es que nadie desea recuperar su "encantador" zapato?



Risas generales.

No sea tímida, "dama misteriosa", y ofrézcame su delicado pie para que yo le calce este "angelical zapato".



Avergonzada y sin ser vista, Jessie se escurrió del salón y fue hasta donde estaba la señora Fanny.

Quiero irme de aquí, señora.



Porque ese zapato que Charles tiene en la mano es mío.

¡Qué horror!



Y los jóvenes, en una diversión bastante desagradable, comenzaron a pasarse el zapato unos a los otros.



Cuando Jessie llegó a su casa se echó a llorar en brazos de Laura.

¿Qué te ocurre, Jessie?

¡Soy muy desdichada... muy desdichada!



¿Por qué?

He sufrido la más terrible de las humillaciones.



Charles lanzó una carcajada.

¡Exactamente, la Cenicienta!

¿Qué piensas hacer?



Con voz entrecortada por el llanto explicó todo lo que le había ocurrido.

Bueno... Fue un accidente sin importancia.

¡Nunca debí ir a esa fiesta!



Al día siguiente Charles se reunió con sus amigos.

Yo sé que ese zapato era de Jessie.

¡Jessie, la Cenicienta!



Comprar un zapato de cristal y llevárselo a Jessie.

¿No te parece una broma demasiado pesada?



Nos vamos a divertir mucho.

En fin, lo que tú digas.



30

Tres horas más tarde, el regio coche de la familia Fletcher se detuvo frente a la vieja casa de Laura y Jessie. Esta, que estaba asomada a la pequeña ventana lo vio.



Otros coches fueron deteniéndose detrás. El primero en descender fue Charles, que llevaba en la mano un precioso zapato de cristal.



¡Charles! ¡Y sus amigos! Y trae en la mano un... ¡un zapato de cristal!



¡Los amigos de Charles se están riendo! ¡Me imagino! Es una de las bromas de... Charles.



Charles llamó a la puerta y Jessie abrió. El se inclinó cortemente.



¿Aquí vive Jessie Delano?

Los amigos de Charles miraron a Jessie con lástima. En el fondo no les gustaba la pesada broma de Charles.

Yo, el príncipe, te doy el zapato de cristal que perdiste anoche en el baile real.



Jessie se irguió. Sus ojos relampaguearon. Miró a Charles con altiva dignidad.

¡Yo seré la Cenicienta, Charles, lo acepto, pero tú nunca podrás ser un príncipe! ¡Fuera de aquí!



Charles quedó un poco desorientado.

¡Acepta todo esto como una broma!

¡No es una broma, es una burla!



Apareció Laura. Pálida, trémula, angustiada.

¡Fuera de esta casa, Charles Butter! Y jamás vuelvas a poner los pies en ella.



Sé que alguna vez, quizá dentro de poco tiempo, sentirás una gran vergüenza por todo esto que acabas de hacer.

Laura se acercó a Charles y lo empujó hacia la salida. El zapato de cristal cayó sobre la alfombra raída.



Charles y sus amigos se fueron en silencio. La broma de mal gusto no había salido tan bien como ellos suponían.



Las dos hermanas se miraron en silencio. Laura estaba erguida, firme, fuerte, desafiante. Ahora no parecía una muchacha enferma.



¿Te das cuenta, Jessie? En el fondo John tiene razón. No debo estar tan débil como supongo. A pesar del esfuerzo que acabo de hacer no me siento agitada...



Jessie tomó del suelo el zapato de cristal y lo contempló unos instantes.

Tienes que olvidar a Charles. El no te quiere.



¿No te enojas si te pido, Laura, que me dejes a solas unos momentos?

No. No me enojo, Jessie. Pero recapacita a fondo. Charles no te ama.



Cuando Jessie quedó a solas contempló una vez más el zapato de cristal.

(Laura tiene razón. Ahora, de pronto, me doy cuenta de que nunca quise a Charles. ¿Cómo se puede amar a un muchacho que jamás conocí de verdad?)



Y con fuerza arrojó por la ventana el zapato de cristal, que cayó sobre el mullo césped.

(Fue un espejismo de amor.)



Alguien llamó a la puerta.

¿Será él otra vez?



¿Es suyo este zapato de cristal? Yo soy Paul Best y vivo en la esquina de esta cuadra.

Jessie abrió la puerta y se enfrentó, de pronto, con un muchacho apuesto, simpático. Tenía en la mano el zapato de cristal que ella, momentos antes, había arrojado por la ventana.



St. Este zapato es mío.

Con timidez Jessie tomó el zapato entre sus manos. No sabía por qué pero, de golpe, se sentía muy contenta.



Paul Best miró con embeleso a la bella Jessie.

Es un gran placer para mí conocerla, señorita.



después sonrió.

¿Siempre acostumbra a perder usted los zapatos por la ventana?



Rieron.

Nunca olvidaré este zapato de cristal. Me ha permitido conocer a la muchacha más hermosa del mundo.



Todo esto parece un milagro, Paul.

Es un milagro, querida.

Se vieron muchas veces. Congeniaron enseguida. Jessie dejó de llorar. Un año más tarde se casaban.



También Laura y John se casaron. Laura fue atendida por un especialista y recuperó el vigor perdido. Ahora salía, vivía en plenitud.

A ti, John, te debo lo que poseo.

Mi gran satisfacción es que ya te sientas bien y seas feliz.



Pasaron los años. Una tarde, Jessie, paseando por Boston, se encontró con Charles. Se miraron largamente.

Es difícil reconocermé, ¿no es cierto, Jessie? Sí. Estoy muy desmejorado. Nada me sale bien. Siempre creí que iba a ser dueño del mundo...



Envejecido prematuramente, sin ilusiones, buscando una meta que no hallaba, Charles era la sombra de aquel muchacho buen mozo y arrogante que todos adulaban y también envidiaban un poco.

¿Y Mary?

No la vi más.



Antes de despedirse, Jessie le dijo con ternura, limpiamente, sin ningún resentimiento.

Gracias, Charles.

Gracias, ¿por qué?



Por el zapato de cristal.



Lo vio partir. Y sintió una inmensa tristeza Jessie.

(¡Pobre Charles!)



Y nunca en su vida se desprendió Jessie de ese zapato de cristal que significaba dos cosas importantes para ella: haberle permitido descubrir que no amaba a Charles y haberla ayudado a conocer a Paul Best, su esposo.



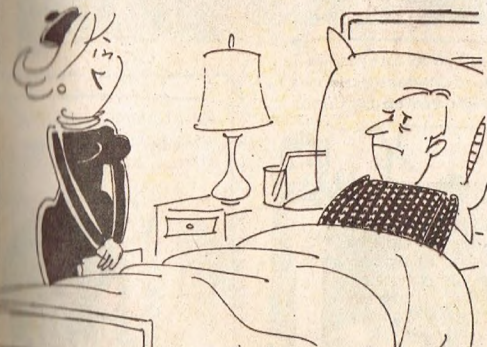
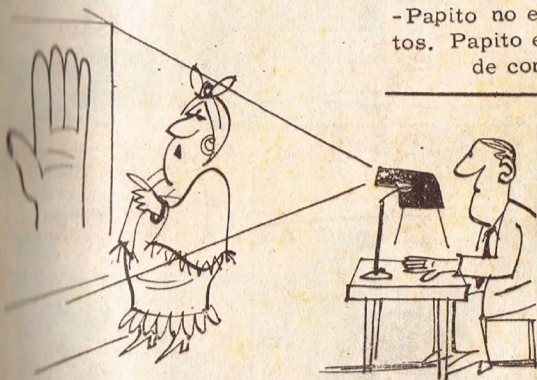
FIN

Carlos Eyra

**AHORA
RÍASE**



-Papito no está jugando a los caballitos. Papito está buscando sus lentes de contacto...



-Te he extrañado tanto, que ayer compré un lavaplatos.

-¿Dónde has estado, idiot...?
¿Cuanto ganaste querido?

TIFFANY THAMES

Por PAT TOURET
Y JENNY BUTTERWORTH

HOJAS MUERTAS

En un hospital francés, una niña,
víctima de un accidente en el
Grand Prix, lucha por su vida...

¿Hay novedades?

Los médicos ya terminaron de
operarla...

¿Cómo está la niña?

Es joven y saludable. Vivi-
rá.

Y usted también
debe hacerlo,
demoiselle.

De regreso al hotel...

No sé qué decir, Tiffany...

No digas
nada, Jo.

¿Qué haces?

Preparo las valijas. ¿Qué
otra cosa puedo hacer?

Rex está muerto.
No hay razón pa-
ra que permanez-
ca aquí. Volveré
a casa...

Dos semanas después,
en Londres...

¿Cómo está Tiffany, Jo?

Igual...

Perdió todo interés en la
vida... Parece como si la
persiguiera un fantasma.

¿Dónde está ahora?

En el parque. Pasea,
alimenta a los pája-
ros... medita y llora

(Dicen que si uno atrapa una hoja muerta, sus deseos se convertirán en realidad...)



(¿De qué me sirve? ¡Todo lo que quisiera no podré obtenerlo, ahora que Rex ha muerto!)



¡Monstruo! ¡Me hizo perder esa hoja! ¡No podré obtener mi deseo!



¡Oh, lo siento! ¡No estaba mirando...!



Bueno... Perdóneme por haberla insultado.

Ya sé. Estaba pensando, supongo. He notado que los adultos suelen hacer eso a menudo.



¡Oh, mire! ¡Ahí cae otra hoja! ¡Debo agarrarla!



¡La tengo! ¡La tengo!



¡Señorita Susanne, venga aquí de inmediato!

¡Vamos a tomar la merienda, ahora!



¿Qué hace con esa hoja en la mano? ¡Arrójela ahora mismo!



¡Su madre se enojará mucho si la ve con la ropa sucia! ¡Y cuántas veces debo decirle que no hable con desconocidos?

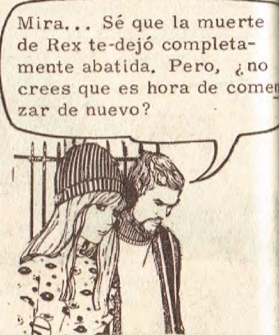


(¡Pobre niña! ¡También ella perdió su hoja de la suerte!)

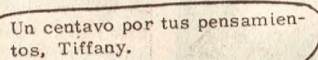


No te vayas. Tengo que hablar contigo.





Más tarde...



(¿Cuáles serían sus deseos?)



¡Vamos, Susanne! ¡Sabes que tu madre no quiere que hables con desconocidos!



¡Ella no, lo es!

¡Se llama Tiffany Thames, y es amiga mía! ¡Pregúntele a mi padre!



¡Oh, perdóneme, señorita Thames! ¡Por supuesto, si usted es amiga del señor Westlake, las cosas cambian!



(¡La muy zorra! ¡Sabía que no la defraudaría!)

Ha muy difícil desde que... usted sabe,



(¡Pero si no lo sé!)

Ellos tienen amigos diferentes ahora. Y, por supuesto, las amigas del señor Westlake nunca vienen a casa.



(¡Pobre niña! ¡Parecería que sus padres están separados!)



Si se quedan aquí, iré a alimentar a los patos.



Bueno, pero no te acerques mucho al agua.

Susanne se parece al padre. El señor Westlake siempre tuvo espíritu aventurero.



(¿Westlake? ¡El nombre me resulta familiar!)

Supongo que se deberá al espíritu artístico. ¡Es una lástima que eso conduzca a una tragedia, a menudo!



Es hora de irnos niña.



¡Oh, caramba! ¡Siempre nos quedamos poco tiempo!

Adiós, Tiffany. La veré mañana, si es que no llueve.



Me encantará volver a verte.

(Westlake... Westlake... ¿Dónde vi ese nombre?)





...mm... Te daré todos los
detalles de la sepa-
ración de los Westlake. Una
revista que publicó un artí-
culo bien completo.



Aquí lo tienes.



EL ÉXITO DE BEN ARRUIÑÓ
NUESTRO
MATRIMONIO



...la historia de siempre... Un
matrimonio entre adolescentes,
hace diez años, ambos muy in-
maduros...



Entonces, una
mañana...

... ¡zas!, se levantan,
y el marido se convier-
te en un personaje fa-
moso.



Sí, y todo eso, como
siempre, trajo apa-
rejada la pérdida de
vida privada, los
periodistas...



La esposa de Ben Westlake no pudo
soportar su éxito. Pensaba que él
malfa con todas las mujeres que
hallaba a su paso.

Sí...



Quizás tuvie-
ra razón.



¡Caramba! El espíritu humano
es horrible!

¡Y la pobre Susanne
es la única que su-
fre las consecuen-
cias!



Más tarde...

"Carrousel" presentará
una nueva línea de vesti-
dos. Quieren que tú lo ha-
gas.



¡No, Guy! ¡Todavía no! ¡No
puedo enfrentarme...!

¿Tiffany? Tengo algo importan-
te para ti. Voy para tu casa.



Pero tendrás un a-
compañante: Ben
Westlake.

¿Ben Westlake? ¿Y qué papel hará en una nota de modas?

Es sólo una atracción. Sabes que él está en boca de todos, ahora.



¿Qué les digo? ¿Aceptarás el trabajo, o no?



Diles que lo han
(Por lo menos así podré comen-
cer al padre de
Susanne.)



¿Quién soy?



¿Susanne? Ayer te extrañé.

Los patos se están muriendo de hambre.

Quise venir, pero mamá me llevó a comprar los regalos de Navidad.



Pensaba que a todas las niñas les encantaba comprar los regalos de Navidad.

¡A mí no me gusta!
¡Lo detesto! ¡Y también odio a la Navidad!



¿Por qué, Susanne?

¡Porque me falta algo!



¿Y es muy preciado?



¡Quiero que mi papá vuelva a casa! ¡Quiero que todo vuelva a ser como antes!



¿Qué pasa, Susanne? ¿Por qué lloras?



¡M-me lastimé, Nanny!

Mira, tengo que hacer unas fotografías la semana que viene... con tu padre.



¿Va a verlo?

¡Dígale que lo quiero!
¡Pídale que vuelva a casa!



¡Ya volviste a ser la misma! ¡Estás inquieta como una ardilla!



Es curioso, Jo, pero me siento como si, al volver a trabajar, estuviera traicionando a Rex...



...pero, al mismo tiempo me siento mucho más cerca de él.



Tiffany y Guy se preparan para trabajar...

La revista "Carrousel" comenzará con una serie de vestidos de noche.



Muy interesante...

...y, por lo que veo, también lo es Ben Westlake.

¡Que no se te ocurra ninguna tontería, Tiffany!



Ya te quemaste las manos una vez, recuérdalo bien. Y ese hombre es dinamita con las mujeres.



El trabajo comienza...

¡Bien! ¡Sonrían un poco!



Señor Westlake, quiero hablar con usted. ¿Dónde podemos encontrarnos?

Me siento halagado, por supuesto...



...pero, ahora, muñeca, otros asuntos me tienen muy ocupado. Dejémoslo para otro momento, ¿eh?



Créame, señor Westlake, lo que menos me interesa son sus tontos "flirts"...



Sólo quería conversar con usted sobre Susanne, pero parece que me equivoqué.

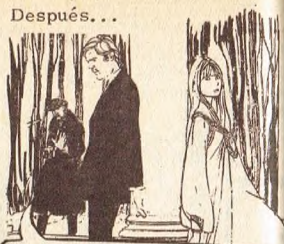


¿Susanne? ¡Pero...!

¡Por Dios! ¿No pueden dejar de charlar por unos minutos, y seguir con el trabajo?



Después...



Bien, ya hemos terminado. Vamos a casa, Tiffany.

¡Espere, señorita Thames! ¡No se vaya! ¡Quiero hablar con usted!



¿De veras?

Le aconsejo que pruebe con otra, señor Westlake. No creo que nosotros tengamos mucho en común.



¡Usted dijo que quería conversar conmigo sobre Susanne, y va a hacerlo!



¡Pobre niña!

¿No se da cuenta que su hija lo idolatra, que se está muriendo porque usted rompió su matrimonio?



¡Epa! ¿Qué está haciendo?



¡Es hora que usted sepa toda la verdad, señorita Thames!

¿Adónde me lleva?



A un lugar que conozco, cerca de aquí. No se alarme.

Lyn y yo solíamos ir allí hace unos años, cuando sólo éramos un par de esforzados estudiantes de arte escénico con muchos ideales.



¡Ha pasado tanto tiempo de eso...!



Lyn, su esposa... Usted la sigue amando, ¿no?

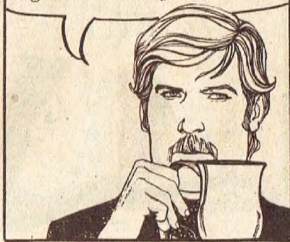


Es la única para mí, y siempre lo será.

¿Y por qué se separaron?
Otras mujeres?



¡Eso es lo gracioso del asunto! ¡No las hay... excepto en la torturada imaginación de Lyn!



Todo comenzó como un ardid publicitario. Usted sabe, el cuento del "irresistible símbolo del sexo", y todas esas tonteras...



Pero Lyn comenzó a tomárselo en serio. Cada vez que llegaba tarde a casa, ella pensaba que había estado con otra.



-Vinieron las escenas de celos, acusaciones injustas, sospechas infundadas. Antes de ser famoso, había vivido feliz. Después, todo se convirtió en un infierno.



¡Oh, hola! ¡Guy estuvo llamando durante tres horas seguidas! ¡Dice que espera que mañana vayas a trabajar!

¡Oh, lo haré, que no se preo-
cupe!



¿Y cómo está el Casanovas?



Ben Westlake es un hombre solitario, que quiere recobrar a su esposa e hija...

... ¡y yo voy a ayudarlo!



Al día siguiente...

(Susanne se ha retrasado mucho hoy. Quizás haya ido de compras con su madre.)



Susanne... ¡Oh!



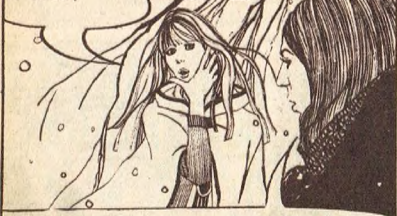
¡No! ¡No soy Susanne, señorita Thames! ¡Soy la madre!

¡Esto es por querer robarme a mi esposo!



¿Robarle a su esposo?

¡Usted se debe haber vuelto loca!



¡Oh, muy astuta! ¡No crea que me engañará!

¡Por favor, señora Westlake! ¡La gente está mirando!

¡Que miren! ¿Qué demonios me importa?



¡Oh... no! ¡Sólo resbalé!



¡Vi a esa mujer! ¡A personas así habría que encerrarlas en un manicomio!

¡Eso te enseñará a no meterte en los asuntos ajenos, Tiffany!



También planea quitarme a mi hija, ¿no, mal dita arpía?



¡Pero...!

¡No lo conseguí! Primero la mataré! ¿Me oyó? ¡La mataré!



¡En cuanto a usted, le advierto que se aleje de Ben... y de mi hija!

¡Aaaaay!



¡Señorita! ¡Señorita! ¿Se hizo daño?



Ella no tuvo la culpa. Gracias, de todos modos.



(¡Todavía no has tenido la última palabra, Lyn Westlake! ¡Ya lo verás!)



Jo, quiero que me hagas un favor...

¡Si se trata de un asesinato, no cuentes conmigo!



Tienes que escribirle una carta a Lyn Westlake, contando los detalles de un supuesto romance entre su esposo y yo.





La noche siguiente...

¿Está segura que mi marido
verá a Tiffany Thames hoy?



¡Sí!

Tenemos que darnos prisa.
Ellos ya deben estar allí...



Escóndase aquí, Tiffany.
cree que he salido. No
haga ruido...



(Llegaron a tiempo. Ben estará
aquí de un momento a otro.)



Buenas noches, Tiffany.



¡Oh, Ben querido...! ¿Qué
bueno es volver a verte!



En el dormitorio
de Jo...

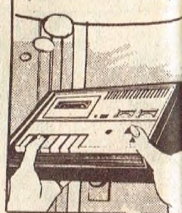
¡Caramba! ¡Te extrañé
mucho!



(¡Bruja maldita! ¡Tiffany
Thames, lamentarás esto!)



(¡Toda la prensa
hablará de ti...!
¡Ya lo verás!)



¡Bésame, Ben! ¡Dime
que me amas!



(¡Si no me equi-
voco, ahora viene
el gran momento!
¡Espero que Lyn
esté escuchando!)



Tiffany, eres una chi-
ca encantadora, y me
gustas mucho, pero lo
nuestro no resultaría.



¿Qué quieres decir, Ben?



Lo que te dije el otro día...

... sólo hay una mujer para mí: Lyn, mi esposa.



(¡Ben! ¡Oh, santo Cielo! ¿Qué he hecho?)



Entonces, la sigues amando, ¿no?

¡Claro que sí!



¿Y querías que vuelva?



¡Más que nada en el mundo!



Bien, señora Westlake, ya oyó lo suficiente. Puede salir, ahora.

¡Lyn! ¿Estuviste ahí todo el tiempo? ¿Oíste todo?

¡Sí, Ben! ¡Lo oí!



Y no era lo que esperabas, ¿no?

¡Ben... yo... yo...!



¡He sido tan estúpidamente celosa...! ¿Podrás perdonarme alguna vez? ¿Volveremos a empezar?



¡Oh, Lyn, querida mía! ¡Apenas sé puedo creerlo!

¡Y-yo tampoco!



Bueno, es una lástima interrumpir una escena tan tierna, pero creo que un café no vendría mal.



¡Usted! ¡Usted fue la que tramó todo!



¿Qué inten aba hacer?



Bueno, alguien tenía que mostrarle la realidad de las cosas, Lyn.

Y la próxima vez que se sienta celosa...



...escuche esto.

¡Solo hay una mujer para mí: Lyn, mi esposa!



¡Sí! ¡Es la única verda

¿Por qué lo hizo? Después de todo, ni siquiera nos conoce.



Es verdad...

... pero sí conozco bien a Susanne, su hija. Y ella significa mucho para mí.



Díganle que consiguió lo que quería. Es una especie de regalo.



Días después...

¡Susanne!

Tiffany... yo... Vine a despedirme de ti.



Papá debe rodar una película en Grecia, de modo que mamá y yo iremos con él.



Pero, ¿qué es esto? ¡Lágrimas! ¡Pensé que te sentías feliz...!



¡Sí! ¡Lo estoy! ¡Es maravilloso que papá haya vuelto a casa!

Entonces, ¿por qué lloras?



¡Es que... tú también estabas triste, y hubiera querido hacer algo por ti! ¡Pero, ahora...!



¡No te preocupes! ¡Ya me hiciste un gran favor! ¡Gracias a ti, he vuelto a tener confianza en la vida! ¡Adiós, Susanne! ¡Te deseo mucha suerte junto a tus padres!



Fin

PÁGINA ALEGRE



- ¿Te das cuenta por qué venden esa crema de afeitar en aerosol tan barata?



-No, mamá. Ya puedes agregar algo más a la lista de cosas que Antonio no sabe hacer.



- ¿Le diste propina el mozo, querido?



-Aún así no me siento segura, Ricardo.

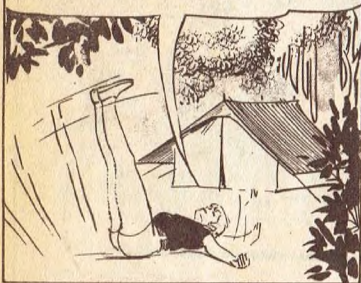
EL GUARDABOSQUE NO ES NECESARIAMENTE UN SOLITARIO

Por PAUL MONIER

Nelson White recordaba algunos fines de semana y todas esas pequeñas vacaciones que incluían las fiestas de Navidad, o Pascua. Días que olían a carpa, fuego de leña, bosques o montañas solitarias. Pero esta vez era distinto...

Dibujos de MARTHA BARNES

¡Hace una mañana maravillosa! Uno...dos... ¿Me oyes, Nelson? Tres ... cuatro...



¡Vamos, despierta! Se supone que vinimos a practicar vida sana, al aire libre, y...

Ah, estás despierto... Pero, ¿qué haces? ¿Otro de los informes para el gerente de tu empresa...?



No, Viola.

Es simplemente mi diario de "campaña", en fecha de hoy dice: "Estoy harto de todo esto...! Los quince días que llevamos viajando hacia el oeste por los peores caminos, armando y desarmando la carpa..."



"...comiendo porquerías que ella se empeña en cocinar y todo lo demás, me agotaron la paciencia..."

Pero, tú aceptaste, Nelson... Debías tomar unas vacaciones de verano y cuando yo propuse...



...ir a visitar a mi tío Yull, en San Francisco...

¡Yo dije sí, vamos! Pero imaginaba que vendríamos como todo el mundo, por la carretera principal, parando en buenos hoteles, comiendo bien...



¡Y me equivoqué! Tu manía por el "camping" hizo de mis vacaciones un calvario. ¡Pero se acabó!

¡Nelson!



¿Significa que las otras veces...? Cuando hacíamos lo mismo los fines de semana y en las fiestas... ¿fingías pasarlo bien, entonces?

Sí, Viola. Compartía tu extravagancia porque era la única manera de estar a tu lado. Lo hacía por tí. Si no iba yo, buscarías la compañía de tus amigos "acampantes".



ahora estás harto. Conmigo pero harto...
¿No entiendes que ya no me quieres?



Fue hacia él tierna. Como un perrito sorprendido en culpa. El le conocía esas jugarretas. Estaba dispuesto a ser fuerte. Trató de no ablandar su corazón y...

¡Debes entender que haremos el resto del trayecto como personas normales!



...de amarme, Nelson White!
Esta natural prueba los sentimientos a la gente. Cumpliré tu orden, antes haré el último desayuno...

Sólo sirves para dirigir la empresa de tu padre, en Boston. Eres frío y calculador como una computadora. Yo también me equivoqué contigo...

¡Seguro! Deberías haberte buscado...



... ¡un guardabosque!



¡Acertó, amigo! Me atrajo el fuego...



Eso es lo que dicen todos los manuales de "camping", señor: el fuego ahuyenta a las alimañas y atrae a la gente. ¿Tomará café con nosotros? Estará caliente en un momento...

Me temo que entonces tampoco ustedes lo tomen. Vine a decirles que aquí está prohibido encender fuego. Giant Redwoods es un parque nacional y me pagan para hacer cumplir los reglamentos.



Viola Brown vio cómo la bota aplastaba las ramas rojas. Indudablemente ése era su día malo. Pero Nelson no discutió la multa que hubo de pagar...



Este es su recibo, amigo. Pero no tengo vuelto para su billete...

¡Olvidelo, señor... Yelmo Walker! Es su nombre, ¿no? Figura aquí, en el sello, bajo la firma.



Nos íbamos, de todos modos. Su llegada fue providencial: sirvió para confirmar mis ideas y convencer a esa terca mujer que es mi novia.

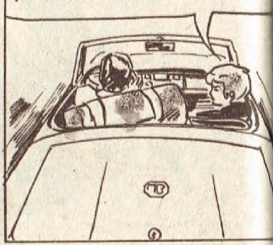


¿Desprecias a Yelmo Walker como a mí, Viola?

¡No podría despreciar a nadie como a ti, Nelson! El cumplía su deber...



¿Viste sus ojos verdes? Estaban llenos de naturaleza, miraban plácidamente y serianamente... Un guardabosque conoce la mejor manera de vivir. Y tú...



No digas nada irremediable. Cuando en San Francisco, tu tío me conozca, aprobará mi manera de ser. El es también un hombre de empresa. Apurando la marcha llegaremos esta noche.



Llegarás solo, Nelson White...

¿Qué dices?



¡Me reiré de ti cuando vuelvas asustada por alguno de los mil peligros que te acechan ahí, en el bosque...!



Si me asusto haré "auto-stop", Nelson. Cualquiera sería mejor compañía que tú...



Que bajaba. Y bajó. Con la mochila don guardaba la carpa y todo lo demás. Con una expresión tan resuelta que él no quiso discutir...



¡Cometes una tontería, Viola! Una chiquitada estúpida...

Detrás de la palabrota de él sonó el motor del auto cobrando velocidad. No quiso verlo por se en la primer curva. Miró el bosque...

(¿Realmente me asustaré...?)





La palabrita de Nelson le sirvió. Pero la recibió en masculino. El otro no tardó en aclararse. No; el "auto-stop" era también uno de esos mil peligros que la acechaban. Abrió el mapa...

(Atravesando el bosque puedo llegar a Sacramento. Hay un sendero marcado aquí...)

(A buen paso puedo llegar allí esta noche. Luego un ómnibus me dejará en San Francisco. ¡Preharé a Nelson que no soy una chiquilla tonta...!)



(Todo es cuestión de consultar de tanto en tanto la brújula... Siempre hacia el sur; no podré equivocarme. Giant Redwoods es un parque nacional; no hay péli...)



La buscó en vano; la hojarasca parecía habérsela tragado. Ahora conocía el segundo de los mil peligros. Miró hacia atrás: bosque. Hacia adelante...

(¡Bosque...! Yo, Viola Brown, lo reconozco: estoy perdida.)



(No desesperar y consultar el "Manual de Buen Acampante"... Capítulo quinto, eso es... "Ante situaciones imprevistas"...)



"...juntar ramas secas y encender fuego."
(¡Fuego! Claro que sí...)

Puso ramas verdes sobre las
secas encendidas...

(¡Humo, mucho humo!
El vendrá.)

¿Otra vez?

Lo siento, señorita... llame a su novio; debo confeccionar otra boleta de multa...

No lo encendí para cocinar, señor... Yelmo Walker, ¿no?

Sí, Yelmo Walker... ¿Para qué entonces?

Necesitaba ayuda... Me perdí. Estoy sola. Nelson y yo... Bueno, mi novio y yo discutimos... Se fue. Ni siquiera me dejó dinero para pagar una simple multa.

Y tengo hambre, señor Walker. Mucho hambre.

De acuerdo, sígame.

Tardaron una hora hasta la cabaña del guardabosque. Un sitio confortable. No muy lejos de uno de los caminos secundarios. Cerca de un lago. Yelmo Walker no tuvo que cocinar, como todos los días...

Se creará en el mejor restaurante de Nueva York. ¡Aliste la mesa!

En realidad no lo hace mal, señorita...

Viola es mi nombre, señor Walker; Viola Brown...

De acuerdo, Viola. Llámeme Yelmo, a secas. ¿Qué hará después? Pasan autos por el camino vecino, alguno podría...

¿Sin dinero ni posibilidad de encender fuego? Piénselo mientras salgo a realizar mi recorrida reglamentaria. Volveré antes del crepúsculo.

(No está mal. Claro que no. Pero en las grandes ciudades habrá montones de chicas como ella... montones.)

No, Yelmo. Soñé durante años con largos días de camping en sitios solitarios. Buscaré un lugar por ahí y...

Lo pensaré, Yelmo.

¡Sus ojos verdes... ¿Te los contagió el paisaje de tu bosque, amigo y salvador mío? Me miras repleto de soledad... y de salud. Estás inundado de vida sana y alre-puro...)

El sol recorrió su diario derrotero placidamente. Cuando enrojecía las copas más altas de los árboles, él volvió...

Gire su cabeza noventa grados a la izquierda, Yelmo Walker...

¿Qué resolvió, Viola?

¡No!

¡No puede acampar aquí! Los reglamentos...

Leí los reglamentos, en ese libraco que tiene sobre su escritorio. No dicen nada al respecto. Y lo que la ley no prohíbe, está permitido.

Hice algo más: atendí una llamada. Informaban sobre la humedad y el pronóstico del tiempo. Lo anoté todo ahí, en ese cuaderno.

Gracias.

Pero yo no necesito un ayudante, Viola. Siempre me arreglé bien solo.

Lo sé. Se le nota. Ama la soledad y el silencio de la naturaleza plena. Eso hace buena a la gente. Le quita ambiciones...

Y pensó en Nelson White. Claro que sus ojos marrones no eran los verdes de Yelmo. Él sabía cuál era la mejor manera de vivir...

Hice aún algo más... Una llamada. A San Francisco. Debía avisar a mi tío que estaba aquí...

¿Hizo eso?

¿Lo asombra saberse cerca de la sobrina de tan importante hombre?

Me asombra que a esa sobrina le guste la soledad.

Descuide, él la pagará. Se llama Brown como yo... También pagará las comidas que usted me proveerá. Su nombre completo es...

...Yuli Brown.

¿Yuli Brown? ¡Seguro que la pagará! Hay muchos Brown en San Francisco pero sólo uno es el dueño del más grande emporio industrial.



Pues sí, me gusta. Y también la gente solitaria que vive a plena naturaleza, todos los días del año...

¿Qué opina de eso su novio?



¿Nelson White? Nada; se burla. Dudo que siga siendo mi novio luego de esta aventura que resolví correr en sus dominios de guardabosque. ¿Cuánto hace que vive aquí?

Diez años. Sólo una vez por año voy a Sacramento, por cinco días.



¿Alguien muy importante lo lleva ahí?

Sí... mi madre. Cinco días a su lado compensan la soledad del resto del año. Las cinco noches me besa antes de decirme buenas noches...



Se quedó frente a él. Quieta. Sumisa. Hipó notizada por esa mirada verde y profunda. Una vez le había dicho a Nelson que se había equivocado con él y Nelson había dicho que debía buscarse...

(Pídemle que te bese y lo haré, Yelmo Walker. ¿Acaso eres tú el que debía encontrar...?)



¿No olvida hacer algo, Viola Brown?

Sí...



Claro que sí, Yelmo... Buenas noches. ¿Algo más?



Sí, algo más: apagar el fuego. Sólo porque yo estaba a su lado para controlarlo le permití encenderlo...



Buenas noches, Viola. Que duerma bien.

(Dormiré mal... Porque tengo que encontrar la forma de atraer tu soledad.)



Nelson también le había dicho otras cosas: que era una chiquilina, a veces. Pero eso no lo recordó. Se sentía bien allí. Solo, o semi-acompañada. Había hallado al hombre que gustaba de las mismas cosas que ella.



(Pensabas reír cuando me vieras regresar asustada, Nelson...)

(...pero acaso flores al saber que di con el que necesitaba. Sólo me resta saber hasta dónde es solitario un guardabosque.)



acompañarme en la recorrida habitual? Seguro que puede, Viola. Pero necesito un caballo. Iremos a

¡Magnífico!

¿qué pensativa. ¿Por qué?

Me editaba... Comparaba una carpa con una cabaña de guardabosque.

¿Se perdió alguna vez en el bosque, Yelmo?

Jamás. Lo conozco casi de memoria. Parte de mi oficio es hallar a los que se pierden.

Son casi la misma cosa, ¿verdad?

Casi.

Ese es el lago Clear. Suelo pescar truchas los domingos, mi día de descanso.

También a mí me gusta pescar...

Esa noche la dejó encender fuego y estuvo a su lado tomando café. Mirándola con sus ojos verdes y mansos. Hablándole de las cosas del bosque y muchas otras que a ella le encantaban. Sí, Yelmo no era Nelson White. Nelson sólo podía hablar de cifras y futuros negocios...

Aunque a veces me habló de amor, pero claro, no en el lenguaje que yo prefería...)

Buenas noches, Viola...

¿preguntaba una cosa... ¿No extraña a su madre?

Sí, por supuesto...

Pero pronto iré a verla y...

...y le dará las buenas noches más o menos así... Buenas noches, Yelmo Walker.



En la mañana volvió a llevarla a la recorrida de costumbre. Caminaron el bosque, bordearon el lago. Ella quiso subir al mirador que dominaba el paisaje...

Uno se siente dueño de todo...



O más solo que siempre.

¿Le pesa la soledad?



(No contesta. Sigue mirándome con ojos casi suplicantes... No estaba segura de amar a Nelson; no estoy segura de poder enamorarme de tí, Yelmo...)



¿Aceptaría mi ayuda?

¿Su ayuda?



Sí; usted me ayudó a conocer este pequeño paraíso. Desearía devolverle el favor. ¿Cree que puedo?



Bueno, supongo que sí... Yo, en esta soledad, sin hablar con nadie... Me cuestan las palabras, Viola.

Lo sé. Lo advertí enseguida. Pero a mí no. Yo puedo decir que...



¡Suéltela, amigo!



"...junto a tu inconsciencia de chiquilla, Viola."

Bien pudiste quedarte en San Francisco, o regresar a Boston, solo. ¡Estoy a gusto aquí!



¡Nelson! Te equivocas... ¡No es él quien me tiene! ¿Cómo sabías que estaba aquí?

* Nelson se quedó. Almorzó con ellos, en la cabaña. Y cuando la noche llegó...

Me voy a dormir. ¡Apaga el fuego antes de ir a pedirle una cama a Yelmo!



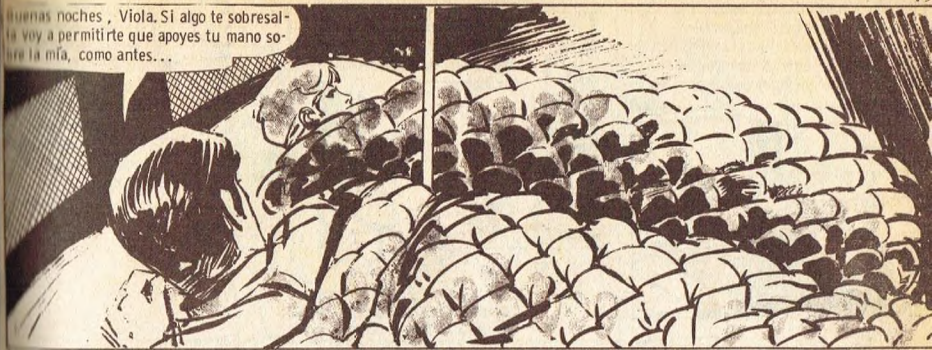
Resolví ir solo a conocer a tu tío Yull. El me avisó de tu llamada. Entonces vine. Entre los mil peligros que te previene figuraba éste: la soledad de un guardabosque.



¿Olvidas quién compró esta carpa? Pasa mos juntos quince días y quince noches, querida... ¿Me haces el favor de alcanzarme mi bolsa de dormir?



Buenas noches, Viola. Si algo te sobresalta voy a permitirme que apoyes tu mano sobre la mifa, como antes...



Conocía esa ternura de Nelson. La usaba cada vez que discutían, para hacer las paces y convencerla. No le gustaba del todo su presencia en la carpa. Estaba habituada a su perfume caro, que ni aún en las excursiones campestres dejaba de usar. Tuvo un vago temor...

¡No lo haré! No buscaré tu mano jamás...



¡Voy a pedirle a Yelmo Walker que me salve de tí! El entenderá; ya sabe que somos parecidos, los dos...

¡Viola, chiquilla tonta...!



(El la dejó entrar y quedó afuera, como custodiándola... Debió contarle un lindo cuento ella. Yelmo debe suponerme un canalla.)



(Pobre Viola... Le gustan los tipos así, que viven a plena naturaleza. Lejos de las ambiciosas ciudadanas y vulgares...)



(Viniste a convencerme, Nelson. ¡No lo conseguirás! Si me quedaba corriendo el riesgo de volver a ti y ser la de antes: sólo auténticamente yo cuando salíamos a acampar los fines de semana, o para las fiestas...)



¿La aceptará?

¡Sí. Entiende perfectamente que nadie podría ayudarme como usted. Viví diez años aquí, solo..., demasiado solo, Viola Brown.



Para no tentarse a las viejas costumbres. Ahora Yelmo había aceptado su ayuda. Sólo le faltaba decirle: "Te ayudaré quedándome contigo aquí, en tu cabaña de guardabosque..."

(...puedes ser el hombre que necesito, Yelmo. Solitario como yo, amante de la naturaleza y el silencio...)



(Entraron y están en la otra habitación. Habían junto al escritorio de Yelmo. Si me acerco a la puerta oíré mucho mejor...)



Ahora creía saber dónde estaba la verdad. En la mañana despertó y lo vio montando guardia, en la puerta de la cabaña...

Buenos días, Yelmo. Gracias por cuidarme de él.

(Aún no despertó. No dejó la carpa en toda la noche...)

Pero la Providencia la envió y ahora sé que puede acabar con mi soledad...



¡Buenos días!

¿Qué historia le contó, Yelmo?

Me dijo que quería estar lejos suyo, señor White. Que no lo dejara acercarse en toda la noche. Tuve que hacerle caso...



¡Jamás apreciaré un amanecer en el campo! Nelson White nació para el gris de la ciudad. Vive aterrorizado a su libreta de entrevistas comerciales. Nunca cambiará. Respecto a mi oferta de ayuda...

¿No vienes a preparar el desayuno, Viola? Confieso que no sería capaz de encender siquiera el fuego...

¡Vaya usted, Yelmo! Dígale todo lo que pasa entre los dos. ¡Yo prefiero no verlo!



Entiendo; es una linda muchacha. Usted no debe ver muchas como ella en este lugar...

No es eso; sucede que prometió ayudarme... Venga, tomaremos café en la cabaña. Ella se metió en el cuarto que usó para dormir.

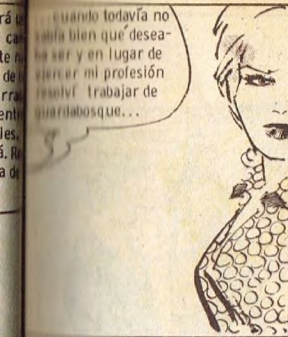


Pidiendo a su tío Yull que acepte mi postulación al cargo vacante de contador en su comercio industrial de San Francisco. Estudié eso en Sacramento, hace diez años...



... y yo necesito de la ayuda de Viola Brown, señor White. Es la única que podría ayudarme a dejar todo esto...

¿Cómo?



cuando todavía no sabía bien que deseaba ser y en lugar de ejercer mi profesión resolví trabajar de guardabosque...

Me gustaba la soledad, el paisaje callado... ¡Pero me harté! Odio este sitio y por eso envié mi ofrecimiento a Yull Brown. ¿Cree usted que ella me ayudará?



No lo sé, Yelmo. Uno nunca sabe para qué lado tomará una mujer como Viola... Dígame que me voy; que ya nada tengo que hacer aquí. Adiós y suerte.

subió a su auto y encendió el motor. Por ese ruido no pudo oír el otro: el que hizo la campanilla del teléfono...

...habla Walker... ¿De San Francisco? Bien... ¡Ah, señor Brown...! Si Nelson White estuvo pero acaba de marcharse... ¿Su sobrina? Sí, ella está aquí...



Quiere hablarle, Viola. Por favor, antes de cortar dígame...

Sé lo que debo decirle, Yelmo. Ahora sé qué ayuda pretendía de mí...



Viola... ¿Estás bien? Sí, yo envié a tu novio allí. Un muchacho excelente... Haremos grandes cosas juntos. ¿Sabes si pasó mi mensaje a Yelmo Walker?



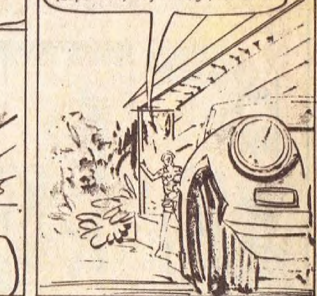
Creo que no, tío. Te dejo con él; dile tú mismo que aceptas su postulación al cargo de contador... Será bueno que sepa que nadie debió ayudarlo a conseguirlo...

(No es tan mal tipo después de todo. Me ayudó a mí; a saber cuál era el tercer peligro de los mil que me vaticinó Nelson...)



Gracias, señor Brown... Estaré allí a fin de mes, cuando llegue el relevante...

¡Espérame, voy contigo, Nelson!



El paró y le abrió la portezuela para que subiera. Reía, pero no con burla. El guardabosque los vio alejarse por el camino que se perdía detrás de los árboles y se sintió más solitario que de costumbre...



...era una hermosa muchacha. Debe haber millones como ella en la ciudad... millones...

(El tercer peligro era perder al hombre que amo. Y yo te amo, Nelson. Por eso tuve miedo anoche y por eso estoy segura que voy a besarte antes de un kilómetro...)



MARTHA BARNES/71.

Mientras tanto se fingía enojada y contestó, cuando él comentó que habían olvidado la carpa:

El señor y la señora White pueden comprar otra en Boston, para los fines de semana y los días de fiesta... ¡Hay tantos, Nelson!



Fin

UNA SONRISA



-Daniel bajará dentro de un rato. Aún no ha terminado de vestirse.



-Sugiera algo que él no pueda comparar con lo que yo cocino...



-¿Cuál de nosotros es el sexo opuesto?

EL FARO

Por EDMUNDO CORTÉS

Dibujos de MORAGA

En Soledad, esta casi desierta frente a la costa australiana, el poniente sol, con sus rojos fulgores, parecía incendiar la exuberante vegetación y los acantilados, a orillas del mar, dominados por un faro.

Voy allí...

¿Adónde?... ¿Allí donde están las rocas?

¡Pero no! Al faro. ¿Lo ves allí lejos?

Lo veo, pero me pregunto qué vas a hacer en ese faro.

Vivo allí, con mi padre.

¿En el faro?

Sí, mi padre es el guardián.

¿Y el resto de la familia?

Murieron todos: madre y hermanos. En un naufragio...

¿Y cómo se salvaron tú y tu padre?

El y yo vinimos en otro barco.

¿De dónde?

De Australia. El venía a trabajar aquí como picapedrero.

¡El destino!... Pero, ¿cómo se produjo ese naufragio?

Durante una furiosa tormenta frente a los acantilados.

¿Y el faro? ¿No estaba allí tu padre?

Había otro guardián y esa noche no funcionó la maquinaria.

Ya veo: la fatalidad...

La observó de reojo. ¡Qué extraño tipo de mujer! ¿Dónde había encontrado a otras semejantes? ¿En las Hawaii, en Singapur o en el archipiélago malayo? Su errabunda existencia de marino, a través de los cinco océanos, lo obligaba continuamente a olvidar...

¿En qué piensas? ¿Todavía en la fatalidad?

¡Oh, no! Esta vez pienso en ti.

¿Y qué piensas de mí?

Me pregunto de qué color es tu piel. Mestiza no eres, o, muy bien...

...mestiza, en que la raza blanca ha predominado sobre la amarilla.

Sí, por parte de mi abuelo materno...

Eran pequeños, sombríos y en almendra con expresión vivaz y ardiente. Los pómulos, algo sobresalientes, y la nariz, un poco achatada, evocaban para Johnson el Extremo Oriente.

Pareces también nativa de Australia.

¿Eres de origen asiático?

¿Será eso lo que me fascina en ti... o el color de tus ojos?

¿Has estado en Sidney?

Entonces habrás bailado en el Hotel Victoria.

Sí, me llevé una vez un amigo.

¿Cuándo?

Y, en efecto, la elevada estatura, los castaños cabellos y las manos finas y largas, así como el traje ajustado a la moda y que moldeaba la esbelta figura, eran propios de las nativas de Sidney o de Melbourne.

Por supuesto. Varias veces.

Hace un mes.

Y no me digas que, bailando allí, no encontraste un amor...

¿Te preocupa tanto eso?

Casi todas las mujeres de Sidney que se aburren van al Hotel Victoria a bailar, y...

Había oscurecido casi de pronto y, desde el alto de los acantilados, la luz potente del faro rasgaba, sobre la lámina violácea del mar, las incipientes tinieblas.

¡Mira allí arriba!

Ya veo, el faro...

Parece un ojo que en plena oscuridad
todo lo mira y todo lo ve.

¡Linda noche para navegar! ¿Qué me
ibas a decir?



No recuerdo... ¡Ah, sí! Que el baile para esas
mujeres es un pretexto.

¿Cómo lo sabes?



He vivido
en Sidney.

¿Eres celosa?



Ella lo miró fijamente, y los ojos en al-
mendra se iluminaron con el reflejo som-
brío de una llama interna.



Horriblemente. Y con un marino...

Se detuvo. Era tarde y debía volver a bordo.

¿Dónde está tu barco, que no lo veo?



Ahora veo. ¿Es un barco de guerra?

Sí, un crucero.



¡Qué lástima!



¿Por qué "¡qué lástima!"?

Porque me hubiera encantado navegar
contigo.



¿Lo dices en serio?

Yo hablo siem-
pre en serio.



¡Oh, Alha!

Había trepado insensi-
blemente por un estre-
cho camino casi hasta
la altura de los acanti-
lados. Se miraron en
los ojos y, en un ímpe-
tu se abrazaron y besa-
ron amorosamente. Ya
había caído la noche y
millares de lentejuelas
de oro tachonaban la
bóveda celeste. Alha se
atretemeció.

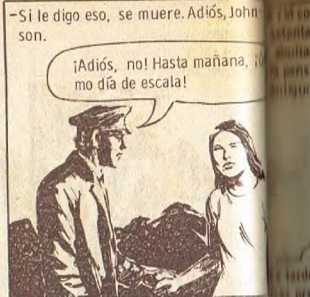


Bañadas en un haz potente de luz, ambas figuras
se destacaron en medio de los peñascos.

Mi padre nos ha visto,
seguramente.

¿Crees tú? ¿Des-
de allí arriba?





... con sorna y se llevó la pipa a la boca. Representa-
 treinta años. Con su enmarañada y canosa cabellera,
 abultadas cejas y su barba asimismo canosa,
 le pensar en alguna divinidad oceánica esculpida por
 antiguos.



Ahora te
 la preparo.

... tarde y no
 has preparado
 comida.



¿Y el ron?
 ¡Tráeme el
 ron!

Ahora te lo
 traigo.

La mirada oblicua y la voz bronca de su pa-
 dre la hacían temblar íntimamente. Desapa-
 reció por la escalera y a poco reapareció con
 la botella de ron y un vaso.



Lléname
 el vaso.

... Alha y él lo vació casi de un
 golpe. Alha. ¡Ven! ¿Qué te has creído?
 Soy ciego?



... padre, te iba a preparar la comida...

¿Eres mi hija o una mujerzuela que
 se echa en los brazos del primer des-
 conocido?



Padre, me he
 enamorado.

¿Cómo es posible?...
 ¿Desde cuándo lo co-
 noces?



Nos conocimos
 esta tarde.

... un marino del crucero
 que llegó ayer?



Sí.

¿Y tú crees en el a-
 mor de un marino?



¿Por qué no?

Una mujer en cada puerto. ¿Conoces ese,
 dicho?



Lo conozco.

... prohibo que te vuelvas a encontrar con
 ese hombre.



... te lo prometo, padre,
 que te obedeceré.

Si lo vuelves a ver, ¡pobre de ti!



Mátame si quieres, pero lo veré, padre.
 ¡Lo veré!

Las cóleras paternas eran terribles, pero
 aquella pasión repentina daba a la mucha-
 chada una fuerza de ánimo a toda prueba.



Bajo a preparar
 la comida.

Se esperaba ella otro estallido y, cuando se volvió antes de bajar, vio a su padre silencioso y con las manos juntas, como oprimido súbitamente por un indecible peso.



Al día siguiente, poco antes de mediodía, Alha, desde el mirador circular del faro, espiaba los peñascos. Dieron las doce en su reloj, y luego la una, y luego las dos. ¡Nadie!



Si es el crucero lo que esperas ver...



El anciano sonrió.

Zarpó a la madrugada. Yo mismo le señalé el camino.



Alha se cubrió el rostro con las manos y, entre los dedos, corrían las lágrimas.

No llores, Alha. Piensa en tu viejo padre que te necesita.



Por la tarde, Alha bajó al pueblo y, como impulsada por un presentimiento, entró en un almacén de comestibles. Allí, la vis-pera había conocido a Johnson.



¡Ah, señorita Alha! ¡Qué suerte!

¿Alguna novedad?



Sí, un mensaje para usted.

¿Para mí?

¿De quién?



El almacenero se distrajo por atender a una cliente y Alha, roída por la impaciencia, se estrujó las manos. Por fin la cliente se marchó.

Me despertó en plena noche.



¡Ah, señorita Alha! Lo hubiera mandado al diablo, pero tratándose de usted...

Por favor, ¿qué dijo?



Parecía desesperado de no poderla ver.

¿Es todo?



No. Quiere que lo espere. Volverá pronto.

Gracias. ¡Mil gracias!



A punto ya de salir, volvió atrás.

¿Para dónde zarpó el barco? ¿No se lo dijo?



Ella se ensombreció.

Para Sidney...



Padre, ¿qué tienes?
¿No te sientes bien?

Pasaron algunos meses. Johnson estaba constantemente en los pensamientos de la muchacha, que se desesperaba de no verlo y de no recibir noticias.

Me he enfriado.
Tengo mucha fiebre.

Acuéstate.

Sube. Es hora de encender el faro.

Mientras ella subía, él la llamó.

Dame la pipa.

No; estás enfermo y no debes fumar.

¿Lo quieres mucho a tu viejo padre?

Trato de ser una buena hija.

¡Cuidado, que hay tormenta!

Ya arriba, Alha suspiró. ¿Lograría alguna vez escaparse de aquella cárcel? Sentíase, con todo, otra mujer, gracias al almacenero.

(¡Dios quiera que pronto vuelva Johnson!)

Se había sentado al pie de la maquinaria sin haberla puesto en movimiento. Llovía ya y de vez en cuando un relámpago zigzagueaba en el cielo tormentoso.

¿Qué es esto?

Acababa de ver, disimulado en la máquina, un pequeño sobre. Lo abrió con una llave escondida en un hueco de la pared y no contuvo una exclamación de sorpresa.

¡Una carta para mí!

En el sobre, ya abierto, se leía, en efecto: "Miss Alha. El faro. "Soledad. Además de la carta, contenía un pequeño medallón de plata con el retrato del marino. Leyó en voz alta.

"Viajaremos juntos a Sidney y nos casaremos allí."

A Alha le temblaban las manos. Siguió leyendo en voz alta como si esos cristales inmensos, testigos de su estupor y de su emoción, pudieran retener las palabras de semejante carta.

"Llegaré durante la noche del lunes, 1° de octubre."

Guardó únicamente el sobre en el cofrecillo, y lo volvió a colocar en el mismo lugar donde lo había encontrado.

(La noche del lunes, 1° de octubre...
¡Ah, Dios mío! Es esta noche...)

Se había desencadenado la tormenta. Con creciente furia golpeaba el aguacero los cristales del faro. Los relámpagos, más frecuentes, rasgaban las tinieblas exteriores y cada trueno parecía repercutir hasta en las entrañas de la Tierra.

¡Johnson!
¡Johnson!

Estrechaba en sus manos el medallón de plata. Parecía un amuleto.

(Esto nos traerá suerte.)

Puso en movimiento la maquinaria y el haz de luz exploró el océano.

(Gracias a mí Johnson no se estreñará en los acantilados.)



A las tres de la mañana, como se aplacara un poco la tormenta, se acordó de su padre que estaba enfermo.

(¡Pobre papá! Es imperdonable lo que me ha hecho.)



Bajó a verlo con el remordimiento de haber demostrado tanto.

(¡Qué raro! Antes respiraba fuerte. Y ahora...)



Tomó la mano del anciano. Estaba helada.

¡Padre! ¡Padre mío!



Lo volvió a llamar con insistencia, lo sacudió de los hombros y, como su padre emitiera un débil lamento le dio de beber.

¡Vive! ¡A Dios gracias! Pero, ¿cómo llamar a un médico? ¿Cómo dejarlo solo? ¡Qué horror...! ¿Y ahora?



El amanecer fue radiante. La isla, de un verde esmeraldino y como recién lavado, resplandecía en el aire diáfano y tibio, y el océano se dilataba a lo lejos, apacible y azul. Apareció un hombre entre los peñascos.

¡Johnson!

¡Alha! ¡Qué felicidad!



¡Oh, si usted supiera, Johnson!



Mi padre se está muriendo...

¡Su padre!



La muchacha, sollozando, se echó en los brazos del marino.

Comprendo, Alha, su dolor.

Veo que no me ha olvidado... Yo tampoco, Johnson.



Voy a buscar un médico. Quizá lo salve.

¡Allí, Johnson! Al pie de los acantilados... pregunte por el doctor Smith...



El le enjugó las lágrimas con el pañuelo y salió de prisa.

¿Me reconoces, padre? Soy Alha.



¡Sí, hija, te reconozco y ¡que Dios te bendiga!

Dejó caer la cabeza y se quedó inmóvil, como muerto, pero a poco llegó Johnson con el médico y los enérgicos cuidados de éste reanimaron al enfermo.

¿Queda alguna esperanza, doctor?



No se aflija, Alha, y confíe en Dios.

A las pocas horas, el enfermo ya fuera de peligro, dormía placidamente. Alha, con las manos juntas como si rezara, interrogó a Johnson con la mirada.

Ahora, Alha, no nos separaremos más.



¡Oh, Johnson! ¡Nunca he creído tanto en Dios!

Fin

ELLAS Y EL VESTIR

POF



- ¡Qué vestido más bonito lleva usted, vecina! Yo tuve uno igual hace unos diez años.



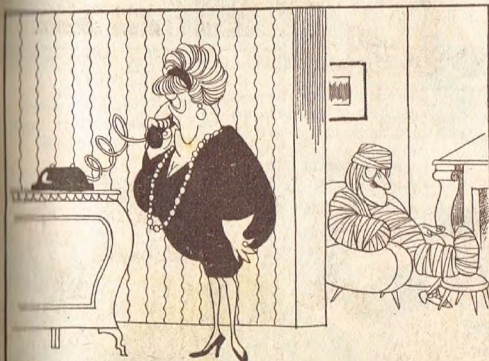
- Enferma no estoy, solamente no sé qué vestido ponerme.



- ¿Usted dijo que el vestido le queda como un guante...? Pero no aclaró si era de box.



- Esto le dará una idea de cómo quedará en su cuerpo, señora.



- Sí, señora modista, hágame el vestido nomás. ¡Mi esposo está de acuerdo!



- ¿De qué minifalda me hablás? ¡Simplemente me he mojado con la lluvia!

EL SUEÑO EN LA NIEVE

Por ROBERT O'NEILL

Dibujos de ENIO

Eran las siete y treinta de la tarde cuando el tren lanzó su última señal de aviso en la estación central de Ginebra. Las personas que aún estaban en los andenes se apresuraron a dirigirse hacia las puertas.



¡Apúrese que lo vamos a perder!

¿Y cree que eso me pondría triste?

No me haga más difíciles las cosas, por favor. Suba.

Ya que me lo pide con tanta gentileza...



Aquí está nuestro camarote.



¿En el mismo conmigo, inspector? ¿Qué dirá su esposa?

Mi esposa no dirá nada por la sencilla razón que no tengo, señorita Desnoes. Siéntese aquí y no se mueva.

Usted habla como un policía de televisión. ¿Le gusta la televisión?



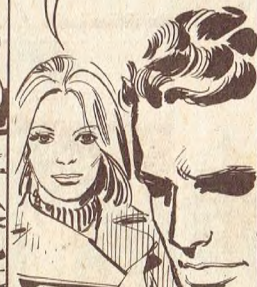
El inspector André Rickett buscó las llaves de las esposas y las abrió. Luego volvió a cerrar su pulsera sobre el barrote de la cama.

¿Y yo tendré que viajar así hasta Marsella?

Yo soy un hombre que gusta de dormir tranquilo, señorita.



¿Y tiene miedo que huya?



Una vez ya lo hizo justamente porque el policía que la detuvo no le colocó esposas. Yo no pienso cometer ese error.

Jacqueline Desnoes no contestó nada. Se recostó en su cucheta y encendió un cigarrillo. El tren se había puesto en marcha con una sacudida. Cerró los ojos.

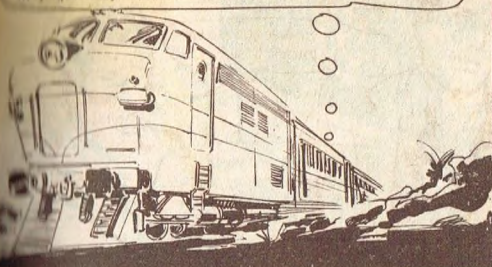
(Bien. Ya se acabó todo. Una vez pude escapar pero ahora creo que no podría. Este inspector parece un lobo y no me dará ninguna oportunidad... Además, ¿para qué?)



(Y en Marsella me espera el juicio. Y luego la sentencia. Cuando menos cinco años... Cinco años. Me los merezco, claro. Fue una estupidez tremenda haberme llevado ese dinero de la oficina. Pero fue una tentación muy fuerte...)



¿Y ahora? El dinero será devuelto. Me arrestaron en Alemania y fui devuelta a Francia. Me escapé. La historia se vuelve a repetir y aquí estoy rumbo a Marsella encadenada a un barrote.)



(Dios mío... Si se pudiera volver atrás...)



¿Qué le pasa? ¿Está llorando?

No... es el humo del cigarrillo.



(Mírala. Parece dulce e inocente... y esos grandes ojos de chiquilla que tiene. Comprendo por qué Legrand se confió. Tal vez tratará de hacerme a mí una jugada por el estilo...)



Encendió un cigarrillo y su rostro pareció más despiadado que nunca. Tenía ojos grises durísimos y una boca filosa como un cepo de acero.



(Pero yo no soy un chiquillo romántico como Legrand...)

No. El no era un chiquillo. E incluso no entendería por qué error o por qué apuro lo habían enviado a esta tarea ridícula. Ni siquiera un criminal peligroso, apenas una infeliz mujer que había robado unos millones de francos.

(Algún jefe apurado que no encontró a nadie más a mano...)



(En fin, veamos lo que dicen los diarios...)



(Nevadas. Continuas nevadas. Las más fuertes que se recuerdan en los últimos cinco años...)



(Cinco años... Cuando salga tendré veintisiete. ¿Qué haré entonces?)



Las horas se fueron alargando, mientras el tren seguía devorando distancias. El pausado ritmo de la marcha comenzó a mecer a ambos, al hombre y a la mujer, cada uno perdido en sus pensamientos.





¿Mató alguna vez a alguien?

Es usted demasiado curiosa. Sí, maté a cuatro hombres en esos años. Fui herido seis veces y tres me fracturaron el cráneo.

¿Le parece una vida horrible. ¿Cómo la soporta?

La soporto tan bien como cualquier otro la suya. Yo sería infeliz vendiendo tomates. En cambio me siento bien en la policía.

¿Y nunca se casó? ¿Por qué?

Porque la única mujer con la que me quise casar terminó invitándome a su boda... con otro, claro. A ella no le gustó la idea de vivir en un pequeño departamento con poco dinero. Desde entonces me compré un libro de cocina y deje de pensar en esas cosas.

¿Y usted? ¿Qué es lo que la hizo robar?

¿A mí? Se va a reír cuando lo piga.

Me hizo robar el hecho de ser una empleada mal vestida y tener veintidós años. Soñaba con vestidos de Dior, zapatos de Jourdan, comer en Maxim's y esquiar en Saint Moritz. Leía revistas de moda y soñaba.

Un día me pidieron que fuera al banco a depositar un cheque. Eran muchos millones y caí en la tentación. En vez de endosarlo, lo cobré y de allí fui directamente al aeropuerto y huí a Berlín. Y el resto ya lo sabe.

¿Disfrutó el dinero?

Luego comencé a comprender la locura que había hecho y tuve miedo. Un día me arrestaron y fui entregada a un policía francés. Tenía tanto miedo de volver a Francia que en un descuido suyo salté del tren.

Pero aquí estoy otra vez. Me arrestaron en Suiza, me entregaron a usted y esta vez ni deseos de huir tengo. Estoy cansada y quiero terminar con esto.

Algo. Me compré hermosos vestidos y fui a buenos restaurantes y eso no tardó en perder su sabor. Nada es igual a lo que se sueña.



¿Tiene familia en Marsella?



No. A nadie.

André Rickett llamó. No le gustaba saber mucho de la gente con la que tenía que luchar. Muchas veces debajo del delincuente se encontraba el ser humano con su vida dolorosa o sórdida o incluso bella.

(Y si uno se pone tierno todo lo que se le viene encima es de irse al diablo.)



¿Le molesta si nos quedamos un rato aún aquí?

No. ¿Quiere un cigarrillo?



Gracias.

Todo pareció volar en ese momento en medio de un espantoso fragor de hierros aplastados y maderas hechas pedazos. Se oyeron gritos espantados...



¿Eh?



¡Ahhhhh!



¿Se ha hecho daño?



Mi... mi brazo... Creo que se ha roto...



Déme su mano... La voy a esposar... No quiero que...

No sea estúpido. No puede...

...las vueltas alrededor de André Rickett
tuvo la sensación de que una explosión
de oscuridad lo acababa de envolver.



Abrió lentamente los ojos... con esfuerzo...
Los párpados pesaban como losas de mármol,
grandes losas dolorosas que sin embargo él
sabía que tenía que levantar. Y las levantó...



Alrededor suyo todo estaba blanco de nieve. Alguien
había hecho un techo rudimentario de madera de
un vagón sobre él. Estaba cubierto de abrigos y
un dolor salvaje le mordía el brazo. Lo miró. Esta-
ba entablillado y vendado.

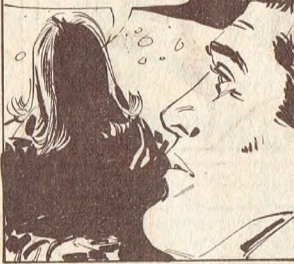


(¿Y ella? Se habrá escapado...)



Una voz lo sobresaltó...

Ah, al fin despertó. No se mueva. Aquí
traigo un poco de café.



¿Usted? Yo creí...



¿Que me había escapado? Ya le dije que
no pensaba hacerlo. El tren descarriló por
culpa de una avalancha de nieve. Hubo
muchos heridos y hemos tenido que hacer cu-
ras de emergencia. Por suerte yo seguí un
curso de enfermería de urgencia y pude ayu-
dar.

Se señaló el brazo.

¿Fue usted?

¡Sí. Tiene una fractura fea. Lle-
vará un buen tiempo sin poder atar-
se la corbata.



Sorpresivamente él sonrió...

No se preocupe. Usaré pu-
lveres de cuello alto.



Vaya sorpresa, señor Rickett.

Ahora resulta que usted sabe son-
reír. Y cuando sonríe es un hom-
bre muy guapo.

Bah. No me diga ahora que le
gustan los policías.



Se acurrucaron ambos bajo los
abrigo apilados. Un viento frío
y cortante soplaba alisando la
nieve y haciéndolos tiritar.

¿Han avisado a alguien para
que vengan a auxiliarnos?



¡Sí. Y además se han colocado lu-
ces en los rieles para evitar que
otros trenes choquen con el
nuestro.

Luego quedaron en silencio otra vez mientras el viento aullaba como un lobo. Jacqueline se estremeció.



Tengo tanto frío.

El la rodeó con su brazo y la atrajo junto a su pecho. Ella reclinó la cabeza con un suspiro. Rickett murmuró como si fuera un niño al que hay que tranquilizar.

Cálmate. Ya vendrán a buscarnos y tendremos más café caliente cuando lleguemos...



Se interrumpió. Ahora ba de recordar lo que sería aquel "cuando lleguemos". Ella sonrió.

No te preocupes. Eso tiene que llegar de momento a otro. Y no quiero escapar más de ello.



Rickett la abrazó más fuerte hasta hacerla gemir. Buscaba palabras para consolarla, para decirle que todo iría bien aunque él sabía que nada iría bien. Sintió su cara junto a la de él...



Esto lo va a hacer más duro aún.

No pensemos en eso. Faltan mil años para que todo eso llegue.



No tantos, por desgracia. No tantos. Pero tienes razón. Pensemos en otra cosa.



El viento se sumó a la noche, el frío a la soledad. Eran dos seres solos en un universo extraño y sin ruidos. Y ellos estaban allí, olvidados de los hombres y de los tiempos y de todo.

Cuando era niña tenía una muñeca sin cabeza. Se la saqué yo misma una vez que estuve furiosa. Tengo muy mal carácter, ¿y tú?

Yo nunca jugué con muñecas pero mi carácter no es mucho mejor.



¿Y esa mujer con la que te ibas a casar? ¿La querías mucho?

Sí. Fue mi primer amor y duró demasiado para que no me hiriera.



¿Y tú? ¿No hubo alguien?

Hubo alguien. Siempre hay alguien. Pero no tuvo mucha importancia. Algo que vino y pasó y que hoy ni puedo recordar casi.



Tal vez es lo que te ocurrirá conmigo. Tal vez no puedas recordar mi cara dentro de poco.

No digas eso.



Pareces tan duro como el pedernal. ¿pero creo que tienes un corazón como manteca. Mi querido policía. No entiendo cómo esa mujer fue tan tonta como para dejarte.



Eso porque no me has visto mal afeitado.

¡Seguía ululando.

Tengo sueño.

¡No te duermas ahora. No es conveniente. Podrías congelarte... Habla. Dí algo. Piensa en voz alta.

No puedo...

Hazlo. ¿Qué te gustaría hacer?

¿Qué me gustaría? Conocerle. Rasgar esa gran corteza de hierro que tienes y saber cómo eres. Conocerle a ti y a tus gustos: Verte reír. Verte comer. Verte enojado por no encontrar algo en un cajón...

Me gustaría tanto...

Oigo algo...

Sí... Es una sirena.

Creo que han llegado los auxilios.

¡Allí hay dos más! ¡Vayan y tráiganlos! ¡Lleven camillas!

Bien, señor.

El sueño se acabó. Volvemos a la realidad.

Sí.

Pero antes... bésame, André. Bésame.

El viento soplaba más fuerte aún. Se oían voces y pasos y gritos. Y muchas luces encendedoras comenzaban a destellar en la noche.

Perdonen que los interrumpamos pero venimos a salvarlos... aunque no sé si eso les interesa.



Tomaron el café en la Canebière, en Marsella, cinco horas más tarde. Estaban silenciosos y mustios en la madrugada. De cuando en cuando un estremecimiento sacudía a Rickett.

Debes ver a un médico. Tienes fiebre.

Luego iré.

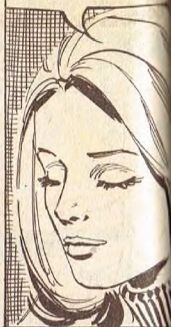


Jacqueline, yo quiero decirte...

No, no digas nada.



Sé lo que sientes y yo también lo siento pero no quiero que me digas nada: Que no haya palabras. Siempre es más fácil así.



Me siento tan, tan triste.



Yo también. Te lo juro... pero también un poquito feliz. Será un regalo muy hermoso que me llevaré conmigo.



Un reloj de pared hizo sonar su campana. Ambos lo miraron.

Tenemos que irnos. Nos esperan en el departamento.



Salieron a la gran avenida aún silenciosa y gris. Las chimeneas de las fábricas del puerto, allá a lo lejos, comenzaban a humear y la sirena de un barco sonó tres veces.

¿Oyes? Tal vez es un barco que zarpa.

Sí.



Tal vez hacia alguna parte donde hay mucho sol.

Tal vez...



Luego callaron y siguieron caminando. Ella lloraba tan suave que era difícil darse cuenta. Tal vez él también. Su rostro estaba duro y lívido como el de una estatua de piedra... y la piedra a veces puede deshacerse casi por nada. Le apretó la mano.

Te quiero. No lo gvides.



Ella asintió con la cabeza sin mirarlo y siguieron caminando. A lo lejos la sirena sonó tres veces más y luego calló. Una cortina metálica se alzó ruidosamente...



FIN

MOMENTO HUMORÍSTICO

SALA EGIPCIA



«No encuentro a mi mamá...

- ¿Por qué no quieres que peleemos
delante de los chicos? ¿Quieres que
lleguen a grandes con una falsa im-
presión del matrimonio?



- ¡Oh, no crea! ¡Por fin disfruto plenamente un
verano!

PASIÓN Y GLORIA DEL GENERAL BELGRANO

Por
MARÍA ALICIA DOMÍNGUEZ

Dibujos de PEREYRA

Un hombre se moría en su casa del sur de la ciudad de Buenos Aires, lacerado el corazón por incurables dolores. Había mucho de enigma y santidad en la vida que se apagaba, desde la predestinación del nombre: Manuel José Joaquín del Corazón de Jesús Belgrano.



Y su inmenso amor a la patria. Ahora, próximo a la ribera insondable, pensaba:



Yo llevé mi amor a la patria a todas partes como si fuese una antorcha.

¿Ellos? Por favor que pasen pronto. Me hará mucho bien recibirlos, hablarles.



Fray Cayetano Rodríguez avanzó hacia el amigo de los días de Mayo, con los brazos tendidos, como bendiciéndolo.

Has podido llegar a Buenos Aires, hijo. Bendito sea Dios.



El día era de junio, muy triste en la atmósfera nublada y en los acontecimientos que iban desarrollándose. La patria no atinaba con la mano firme que debía empuñar el timón de su suerte.



Cuánto había sufrido el corazón de este hombre; enemigos descubiertos y ocultos, pasiones, escollos. Cuántas veces pudo ser vencido por el desaliento en una encrucijada del camino. Su fe lo mantuvo firme.



Sonaron pasos leves en la estancia próxima, y una mujer diligente se aproximó al enfermo con un frasco de cordial y unas palabras:

General, es hora de su medicina; fray Cayetano Rodríguez y misía Mariquita Sánchez vienen a visitarlo.



Yo le había escrito al doctor Agustín Molina diciéndole "qué horizonte feo seme presenta, cuando no hallo quien reemplace a Belgrano". Hemos sufrido mucho, mucho por ti...



la voz antes que la señora que lo acompañaba entrara en la habitación, y deslizó al oído del general otras palabras:

...espero que perdonarme por haber escrito esto, a causa de la injusticia que te rodeaba en momentos tan aciagos y tristes que hubiese deseado no existir.



La mano blanca del enfermo se tendió al amigo, mientras sus ojos azules se llenaban de lágrimas.

Gracias, padre, por haber padecido conmigo.



Ahora la voz suave, muy débil, se alzó con esfuerzo para saludar a la joven señora entumecida que se acercaba a él. Hundido en la vieja butaca de cordobán, sonreía con la serenidad de los enfermos de muerte que no muestran sorpresa ya por las cosas de este mundo.



...piernas reposan muy vendadas sobre un cómodo sofá. Plateada la frente austera, dolorosa, sobre la que caía un mechón oscuro. La sala de recibimiento era sencillísima, con algo de celda, la blancura de las paredes, y una ventana con una ventana de rejilla.



Mariquita, Mariquita Sánchez, la musa de nuestra juventud, la valerosa novia de Thompson, retoño rebelde de nuestra Colonia, ¿pensar que volvemos a encontrarnos con tanta pena: usted por la muerte de su marido, yo por el dolor de la patria!



...lo interrumpió con un jadeo casi imperceptible. Fray Cayetano se inclinó hacia él con grave ternura:

No te canses, hijo.



Belgrano se llevó la mano al corazón.

Todo mi cansancio está aquí. Muero de un amor inmenso que no ha tenido tiempo de fructificar. Aquí baten sus alas desesperadamente, queriendo romper la cárcel.



— General, nadie ha dado tanto a la patria. Pero Belgrano sacudió negativamente la cabeza.



¡Tanto que hacer, en tan poco tiempo!

...los días de Mayo y la bandera azul blanca y tucumán y Salta?

...los días de Mayo! ¿Se acuerda, padre, del primer aniversario de la independencia?



¡Los niños rodeando la pirámide con sus flores! La voz de las campanas, todo aquel cielo azul y hermoso que nos alegraba como una promesa. Y después... siempre amenazados de zozobrar con la patria, sosteniéndola a flote.



Dios me perdone, pero no deseo llegar al fin de este año veinte.

Tú eres muy valeroso; la materia te vence sólo en apariencia.



El general Belgrano volvió sus ojos hacia la ventana, aspirando con ansia un poco de aire. Sus sienes brillaron rodeadas de luz. Era la dorada siesta y de tanto en tanto una ráfaga evocadora de follajes y pájaros derramaba en la estancia tibia languidez.

Para distraer la melancolía del instante, Mariquita Sánchez recordó las medallas que Belgrano le había regalado con motivo de las batallas de Tucumán y Salta.



Eran para ella un recuerdo inolvidable.

Sí, usted también amó, ama a la patria. En su salón entonamos el Himno por vez primera. ¿Se acuerda, fray Cayetano, cuando usted, admirando los versos de Vicente López, rompió los suyos sin leerlos?

¿Cómo iba a competir con el autor de "Triunfo argentino"?



Así amábamos a la patria, limitaciones mezquinas, egoísmos personales. Ella no antes que todo. Ahora,

Pasará esta inquietud, tendremos días gloriosos.



Belgrano sonrió con tristeza.

Usted ha de gozarios; es joven y conserva su entusiasmo, aunque la veo de luto y sé que lleva un duelo severo.



Recordó entonces el general con voz siempre débil, lo que había significado para los jóvenes patriotas el ejemplo de Mariquita Sánchez rebelándose contra la injusticia de los padres que querían casarla contra su voluntad con un español cuando ella amaba a su primo Martín Thompson.

La instó a no encerrarse dentro del luto; ¡él había dejado atrás tantas cosas, olvidándose de sí mismo! La miró al fondo de los ojos turbios de llanto, y al resplandor azul de la mirada varonil pareció disiparse en la mujer la nube que los arrasaba.



El doctor Readhead, señor general.



Quiero saludar a ese dignísimo caballero.

Entró en la sala un hombre delgado, de frente amplia y mirada recta. Había acompañado a Belgrano en su viaje de calvario desde el norte. Fray Cayetano sabía que impedido que pusieran cadenas al general.



Las piernas estaban tan hinchadas que no era posible cometer semejante iniquidad con este enfermo.

Lo atendió sin tener en cuenta honorarios, sin economizar su tiempo, su dedicación tierna, casi dolorosa, ante el héroe humillado por la controversia política.



Esta visita le ha hecho bien, mi general. Pero debe descansar ahora.



Hasta pronto, hijo. Dios te bendiga.

Mariquita inclinó su cuerpo en una reverencia; hubiese querido arrodillarse ante el héroe vencido; le tomó una mano y la besó.

Siempre he rezado, siempre rezaré por usted.



Iba a decirle "doctor Belgrano", como en los tiempos en que era jovencita y él frecuentaba los salones de su padre, el corregidor Sánchez de Velazco, y de su madre, la imperiosa doña Magdalena Trillo.



Las mujeres estaban entonces enojadas del abogado de Salamanca. ¡Qué tantas lindas niñas enrojecidas al ofrecerle el refresco de horchata, el "agrio" de naranjas o la fragante jicará!



Martín, alegre como era, había depositado muchos besos en las manos de María, replicando:

¡Me he padecido un amor imposible. Belgrano no ama a ninguna mujer; no se casará nunca.



El lo habían nombrado ella y sus jóvenes amigas, más una, secretamente enamorada del joven doctor.

Alguna vez, quizá, se enamorará sin que lo quieran.



Se alejó ella mientras fray Cayetano y el enfermo hablaban en voz baja.

Mi hermano, el canónigo, velará para que se cumpla esa parte de mi testamento.



¡Qué dolorosamente amaban su perfil espejado entre el reloj de bronce antiguo y la imagen de talla rica! Y él siempre lejana, siempre ausente, como alguien que llega del mar y sigue pensando en otra orilla.



Ella quiso iluminar aquel secreto que se murmuraba en los salones, aquel misterio que contribuía a volver más fascinante la persona de Manuel Belgrano.



¿Puedes decirme por qué?

Delicado y cortés con aquellas muchachas que eran encanto de las tertulias, pero sin mostrar jamás preferencia por alguna. Mariquita le había dicho una vez, jugando, a su novio:

Martín, si no te quisiera desde que tengo uso de razón, me hubiese enamorado del doctor Belgrano.



No vive sino para la idea de la libertad. Todos sus amigos lo saben; él mismo lo ha dicho.



Lo llamaré entonces el novio de la libertad.

Y ahora mientras se despedía quizá para siempre, pensaba Mariquita Sánchez:



(Todos conocemos su desdichado amor en Tucumán.)

Solo otra vez, volvió a su pasado, al recuerdo de un ayer que nunca moría en su corazón. Le pareció ver a Buenos Aires, en 1806, durante las invasiones inglesas. Y antes en 1799, cuando como secretario del Primer Consulado, fundó la primera escuela de dibujo.



La voz del enfermo era casi un susurro, mientras se llevaba la mano a los ojos, despidiéndose de fray Cayetano Rodríguez.

Dios te bendiga, hijo mío.



Y la Escuela de Náutica. Capitán de milicias urbanas en 1806, sargento mayor del regimiento de Patricios, ayudante de campo durante la segunda invasión inglesa.



De ese amor por el orden, había nacido en su pensamiento aquel símbolo, durante las noches paraguayas, al mirar el cielo tembloroso de estrellas.



Defendiendo la tierra se me descubrió el nuevo amor: el amor de la libertad. Cuánta lucha por ella desde que en las columnas del diario "Correo del Comercio" fundado por mí, debía pensar en todo: temas económicos, financieros, crediticios, bancarios, arte, ciencia, seguros, industrias.



¡Cómo para pensar en sí mismo! Y se habrían ido los años luchando en los campos de batalla del Paraguay, del te.

Yo era un hombre de paz y de pluma.



Cuando el alba tiñe de celeste los caminos del cielo, Belgrano pensó en los colores que debían vestir a la patria niña, porque el amor necesita de símbolos para afirmarse.



Sonrió con melancolía recordando sus propias palabras:

Es preciso enarbolar la bandera y no olvidándola crear sus colores.



Había entonces en su alma la oscura impaciencia del amor cuando a las seis y media de la tarde, el 27 de febrero de 1812, a orillas del Paraná, levantó la enseña frente a las baterías Independencia y Libertad.



El ejército y el pueblo querían unidos en los colores del cielo. ¡Saludemos a nuestra bandera!



¡Viva la patria! ¡Viva el general Belgrano!

Luego, la marcha al norte. Aquel 25 de mayo de 1812, cuando la bandera ondeó desde los balcones del cabildo y luego fue llevada a la catedral jujeña, donde se la bendijo por primera vez.



de hoy en más el símbolo militar y
de nuestro pueblo.

tiene el color celeste del cielo en la
quebrada.



¿Qué etapa crucial de sufrimiento! ¿Có-
mo anunciar la libertad a aquellos
hombres y mujeres que parecían he-
chos de tierra, con su expresión quie-
ta y su mirar inmóvil?



No entendían. Las indias llevaban sus collitas
a la espalda, chupando naranjas; los indios
conducían sus burritos cargados de leña, al
parecer indiferentes, mascando coca.



escribiendo a Rivadavia: "Es-
ta gente han nacido para esclavas". Has-
ta que fue encontrándoles la huella que
los llevaba a sus corazones endurecidos.



Debió ser la Madre de los Cielos quien
le puso en los labios palabras que con-
vencían y se apoderaban de la volun-
tad de todos: hombres, mujeres, mu-
chachos, niños...



Les anunció el reino de la libertad.

Llegó el último día de los reyes y empieza el
primer día de los hombres.



En las noches, en su campamento, desvelado, concibió el
destino: había que huir, quemando todo al paso, a fin
de abrir un camino de hogueras ante el enemigo.



El alma de los viejos jefes indios, quiere que oigamos al jefe rubio.

La Pachamama está siempre a su lado.



En manos de Dios el destino de la patria;
vamos todos hacia Tucumán.

¡Todos, todos, viva la libertad!



Qué cuadro, qué pueblo grande, ése tan pequeño, que no vaciló en
quemar sus casas, cargar los niños en brazos, poner en carros a
los viejos, y en racimo apretado de fe, seguir al que lo guiaba.



La luna grande sobre los cerros parecía acompañar al pueblo valeroso que dejaba atrás las hogueras de su sacrificio para que el enemigo no encontrase sino ruinas, despoblado.



Belgrano había guardado la bandera después de recibir una nota de reconvención del Triunvirato de Buenos Aires. La nota decía:

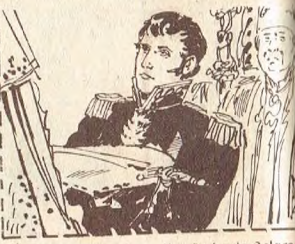
Se ha comprometido Usid Tucumán a ser político. Procure en lo sucesivo anticiparse al gobierno.

Una herida más; una de las tantas que su amor patrio recibiera.

Guardo nuestra bandera. La volverán a ver el día de una gran victoria.



¡Tucumán, Salta! Las horas de la gloria. Campanas, flores, vivas a la libertad. El alto de la Cruz en el calvario de una vida. ¡Con qué gratitud dejó sobre el altar de la Virgen de la Merced su sangre obsequiado por el gobierno a sus victorias.



Para sí nunca jamás quiso nada. Los cuarenta mil pesos en bienes del Estado, también obsequio del gobierno, los donó para la fundación de cuatro escuelas.

Cuando Belgrano era secretario del consulado lo que más lo preocupó fue la educación del pueblo. Pensó también en la instrucción que debía recibir la mujer.



La criada fiel y silenciosa llegaba hasta Belgrano con la cucharada de medicina y su diligente y ansiosa guntá.



Nada; gracias. No me traiga luz todavía. Me gusta mucho la hora del crepúsculo.



Esa hora íntima y algo triste, era la que el enfermo dedicaba después de rezar su rosario, a la evocación de los recuerdos, sobre todo de uno, de aquel inolvidable por tan amado.



Pensó ahora: ¿dije que nunca ansí nada para mí? He mentido sin querer... me equivoqué al afirmar.

Hubiese deseado un hogar, una esposa... ella y mi hijita.



recuerdo hacía
a su cerazón
y se lle-
la mano al pe-
de tocó
caldón. A la
luz casi
vía el ros-
noble, hermo-
los ojos tan
suya, la boca
de ida.



Después dos mechones de ca-
bello entrelazados: los rubios
de la madre y los más oscuros
de la niñita.

Dolores, Manuelita Mónica...
nunca volveré a verlas.



Aquel relicario frío era un límite que dolía mucho,
sobre todo al pensar en las imágenes vivientes de
las dos. Tucumán le había dado la gloria y el amor,
un alto en su camino doloroso.



...empezó aquel sentimiento inadmisible
entre sus principios, tan en contra de su espí-
ritu. ¿Por qué? Qué difícil comprenderlo. Esas
cosas pertenecían a un orden muy diverso del
que organizaba las batallas.



¡Cuántas mujeres, cuántas niñas
adorables pudieron ser amadas por
él! Y qué fácil le hubiera sido con-
stituir su hogar como San Martín, co-
mo Lavalle, como Paz.



¡El, tan rígido, tan formal, tan austero y re-
ligioso, enamorándose como un oficial, de Do-
lores Helguera, apenas la vio, apenas ella le
tendió su mano y le manifestó su gratitud de
tucumana por la defensa del norte!



hermosa. Por supues-
te él había visto
mujeres hermo-
sas no sólo en Buenos
Aires, sino también en
París, en Francia, en
Alemania. Sintióse
atraído muchas veces,
pero experimentó la
falta absoluta de sí-
mpatía que produjo su amor
fallido.



Aquellos ojos oscuros
que parecían rogar al-
go y estaban como ve-
lados por lágrimas con-
stantes. Aquella vez un
poco ronca, asordina-
da. Y también la gracia,
el encanto con
que ella tocaba en el
clave las tonadas tris-
tes del norte, las vida-
litas del amor y la au-
sencia.



¿Había un destino para el amor? ¿Era
posible salvarse de su fuego, o sentir
la ardor cuando todo se despidió y na-
da era posible? La amó al verla y ella
se enamoró. Fue un reconocerse en el sa-
ludado.



Solamente más tarde preguntó quién
era.

La señora Dolores Helguera.

¿Señora?



Estaba casada con un militar español que la ha
abandonado. No se sabe ahora dónde se encuentra.



Celos, dolor, afán caballeresco de compasión y sobre todo un amor que todo lo invadía, a tal punto que sus compañeros y subordinados viéndole menudear la visita a lo de Helguera, se sonreían.



El general Belgrano va a ver a su debilidad.

Nunca lo hemos visto enamorado... hasta ahora y a tal punto.



No fue debilidad ni sólo apasionamiento, un regalo hecho por la vida al hombre y al feroz de muerte y a la mujer desgraciada fervorosa.



¡Su nombre tan semejante a su destino pobre Dolores!

Pobre general Belgrano - comentaron los que lo querían - está viviendo la única página feliz de su vida tan difícil. Fue un amor de esos que apenas se atreven a existir en la realidad, estrecho de miedo, de presagios.



A él lo atormentaba su conciencia extremadamente religiosa, y a ella, la hacían sufrir sus escrúpulos de mujer. Manuelita Mónica nació en Tucumán el 4 de mayo de 1819, a poco más de un año del día en que iba morir Belgrano lejos de ella y de su madre.



Un mes antes, el 25 de mayo de 1820 el testamento del general contenía esta cláusula reservada: "Una vez pagadas las deudas, se consagra el sobrante a la educación de una hija de poco más de un año que está en Tucumán".



¡Estaba tan enfermo cuando recibió la orden de arresto con destino a Buenos Aires! Este fue el último tirón a las raíces de su alma.

Yo quería tanto a Tucumán... Hubiese dejado mis huesos aquí y me tengo que ir.



Su fe religiosa no lo abandonaba mientras cruzaba el país incendiado por la política contradictoria. En Córdoba lo trataron muy mal las autoridades gubernativas. Ningún dolor le fue ahorrado.



Su amigo fiel, el médico Redhead, su capellán y el hermano de Dolores lo confortaron sosteniéndolo al llegar a Buenos Aires, hundida en la anarquía.



Por fin estamos en su casa, general Belgrano.

La despedida fue desgarradora. Ella veía irse a su amado, a su héroe, enfermo de muerte afrentado; él dejaba a la compañera posible de su soledad, y a la criaturita de su sangre.

Adiós, Dolores, en alguna parte volveremos a encontrarnos.



Perdón, señor general; traigo una lámpara; están ahí el general Aráoz de Lamadrid y don Manuel Antonio Castelli.



El médico hizo una seña a sus compañeros y después de traer una silla donde lo ayudaron a sentarse, fue entrado a pulso en el hogar. Y ahora estaba inclinándose a la tierra, dócil a su llamado.

saludaba a los amigos, cuánto lo había agudado en su vida difícil...

Que pasen, por favor.



Después de saludarlo, fingiendo optimismo, Lamadrid y Castro se sentaron junto al enfermo. Y como de pronto lo vieran como ausente, interrogó don Antonio Castro, en voz muy suave:



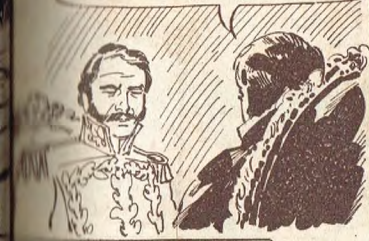
¿En qué piensa, mi general?

Pienso en la eternidad adonde voy y en la querida tierra que dejo. Dios quiera que los buenos ciudadanos trabajen en remediar sus males.



Se quedó mirando a los amigos con aquella sonrisa y triste de su resignación, que tanto los conmovía.

Nuestro sueño no puede morir; no morirá.



Como si aquellas palabras energicas galvanizaran su debilidad, Manuel Belgrano se irguió en su sillón y repitió, enérgico:



No morirá; vendrán los que han de salvarlo.

Al separarse de los amigos volvió a tener aquella expresión que le habían admirado en tiempos difíciles. Luego, solo otra vez, se puso a rezar:



Mis ríos, acuérdate de mi patria.

El 20 de junio de 1820, amaneció envuelto en brumas de frío y de melancolía, agravadas por la tensión política; tres gobernadores se sucedían en el mando. La noticia llegó a Belgrano profundizando en él su obra destructora.



El amor - que fuera en su vida el más fuerte - consumaba su crucifixión. Cerró con verdadera sed de reposo aquellos ojos ya perdidos en horizontes ulteriores.



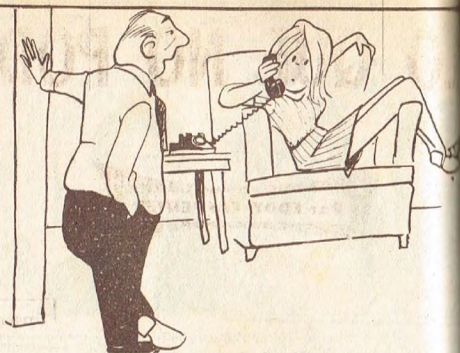
El médico y los amigos se inclinaron para recoger las últimas palabras de Manuel Belgrano:



¡Ay, patria mía!

Fin

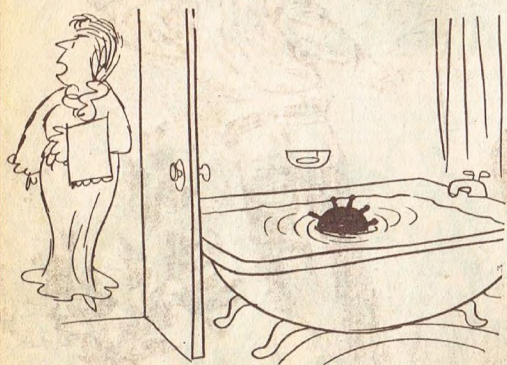
ELLAS Y NOSOTROS



-Tu madre quiere que termines tu estudio, da charla y cuelgues, así puede usar el teléfono para charlar estupideces ella...



-¿Quieres decir que no me has notado nada diferente en los ojos esta mañana?



-Teodoro, ¿me preparaste el baño?

TÚNEL DEL AMOR



-Nunca conocí a alguien que se quisiera tanto a sí mismo...

LO QUE NO PODÍA MORIR

Por EDDY CARPENTER

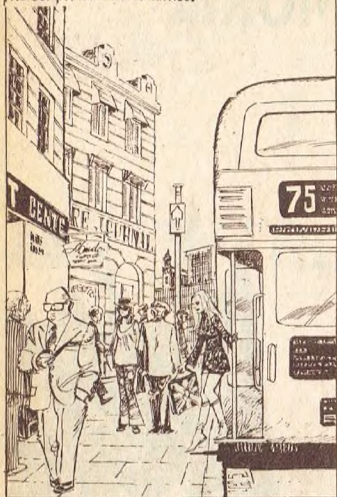
Dibujos de FERNÁNDEZ



Con un soplo de aire comprimido, el ómnibus se detuvo en la parada de Fleet Street, cerca del periodismo británico.

¡Qué temprano es! Será porque hoy es el último día antes de mis vacaciones?... ¡Bah! Caminaré mirando vidrieras para no ser la primera en llegar a la oficina.)

¡Qué preciosa! Debe ser carísimo, pero no pierdo nada con preguntar.)



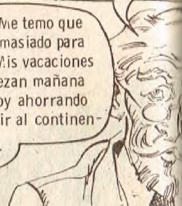
Laca auténtica, señorita. Hace más de doscientos años que los chinos perdieron el arte del mueble en miniatura. Y fíjese bien: cada herraje parece hecho por un joyero.

Muy barato, señorita. Por ser una chica encantadora, se lo da en diez guineas.



¿Y el precio?

¡Oh! Me temo que es demasiado para mí. Mis vacaciones empiezan mañana y estoy ahorrando para ir al continente.



Sin embargo no conseguí borrar la imagen del mueblecito en miniatura: desde chica había deseado tener uno.



Buenos días, señorita Prescott. ¿Preparando sus vacaciones?

Supongo que sí. Aunque a veces me pregunto si sería mejor que darme en Londres y comprarme algo que realmente me gustara.

Pero ese día iba a ser afortunado para Diana Prescott.

Antes de que salga de vacaciones, la junta me ha autorizado para hacerle este pequeño regalo como premio a su eficiencia.

No tiene nada que agradecer: es una de las pocas instrucciones del directorio que me es agradable cumplir... Y puede irse, si lo desea. Medio día le será útil para efectuar alguna compra con su aguinaldo.

¡Vaya si quería hacer una compra!

¡Es un amor! Lo pondré en la repisa, para verlo desde mi cama, pero antes le sacaré la tierra que ha juntado en lo del anticuario.



¡Veinticinco libras! No sabe cómo se lo agradezco, señor Scobie.

De pronto hubo un click y una pequeña gaveta se abrió inesperadamente.

¡Oh! ¡Con cajoncitos secretos y todo! ¡Y hay un papel adentro! ¿Qué será?



¡Es una carta de amor! Debe de ser vieja, porque el papel está poniéndose amarillento. Me pregunto qué significará el escudo de armas que lleva como membrete.)



...nunca recordó que George, un compañero de trabajo que tenía pasión por la heráldica: era todo un perito.

¡Hola, George!... No, todavía estoy en Londres... Sí, es un pequeño problema de heráldica que tengo.

Sí... sí... no... las flores de lis no son doradas sino en "gules". Y el cuadradito azul se llama "campo azul". ¿Estás segura de que la corona tiene cinco picos?



No hay duda. Pertenecía a la casa de Crécy, de la que quedan dos sobrevivientes: Philippe, duque de Crécy, y Henriette, marquesa de Crécy, que se casó con un plebeyo apenas acabada la guerra. Un tal Lefevre, un industrial enriquecido.



...Henriette, esa es la que busco. Mucho gracias, George. Sabía que podía contar en ti, en tus conocimientos. ¡Hasta la vuelta, y que el tiempo le sea leve!

¡Diviértete mucho, Dianna.

Veinticuatro horas más tarde, Dianna paseaba por la Rue de la Paix.

¡Por fin puedo mirar boutiques como una mujer cualquiera, sin tener que anotar detalles para el diario...! Hasta creo que me compraré algo.)



...era la periodista seguía viviendo. Me informase mejor que en Keller, la marroquinera de fama mundial.

Es de vibora de coral, legítima. ¿Qué le parece?



Preciosa, pero demasiado cara para mí... ¿Conoce usted a la señora de Lefevre, nacida marquesa de Crécy?



...no se lo había imaginado, nadie que se prestara de elegante dejaba de ser cliente de Keller.

¡Por supuesto! Nunca viene a París sin visitar nuestra casa.



¿"Viene" a París? ¿En dónde vive normalmente?



En su castillo sobre el río Loire. Si mademoiselle quiere puedo preguntar la dirección exacta en la gerencia.

No alcanzó a tirar del llamador.

¡Hola! Usted debe venir a ver a mi madre; a mí nunca me visitan chicas tan... bonitas...



Al día siguiente, Dianna corría hacia Nesle-Vallée en un pequeño automóvil alquilado.

(Debería estar rumbo al Mediterráneo y aprovechar mis vacaciones, en vez de estar metida en asuntos que no me incumben... ¡Pero qué le vamos a hacer! No puedo resistir la curiosidad.)



Durante unos segundos que parecieron siglos, Dianna no pudo contestar. Jamás había conocido hombre que irradiara tanta masculinidad, y que la mirara de esa manera.

Este... Busco a madame Lefevre.



Pues yo soy Louis Lefebre, y como me temía, viene usted a ver a mi madre.

Mucho gusto... Mi nombre es Dianna Prescott y en realidad no conozco a su madre; vine porque encontré algo que creo le pertenece.

Entonces no se negará a tomar una sidra conmigo. La fabricamos en el castillo a la manera de Normandía.

Bueno: tengo la garganta llena de tierra del camino.

¡Qué barbaridad! ¿Toda esa sidra me tengo que tomar? Se me va a trepar la cabeza.

No lo creo: la sidra de Normandía suave como manos de mujer.

Porque usted debe ser inglesa. Por acento; además, porque sólo en la tierra se dan mujeres con esos ojos en donde uno quisiera sumergirse como en agua clara.

¿Por qué supone que "tomamos" whisky o gin?

Supongo que les diré lo mismo a todas las chicas que conoce, ¿no?

No crea que conozco a tantas. Estoy finalizando mis estudios de ingeniería industrial, y no me queda mucho tiempo libre.

Dianna sintió que la sangre se le agolpaba en la cara y se maldijo a sí misma.

Pero no hablemos de mí sino de usted. ¿Por qué vino a Nesle-la Vallée?

Ya se lo dije. Encontré algo que, creo, pertenece a su señora madre y vengo a devolvérselo. Por otra parte, soy una periodista en vacaciones.

El discreto tañido del gong preanunció el almuerzo.

Quiero presentarle a la señorita Prescott, mamá. Ha venido desde Inglaterra para devolverle algo que dice que le pertenece.

No le crea una palabra, señora: estaba de vacaciones y venir acá o a otro punto de Francia me daba lo mismo.

Me temo que haya hecho usted el viaje inútilmente, mi querida. Nunca he estado en Inglaterra, de modo que mal podría haber perdido algo allí. ¿De qué se trata?

Preferiría mostrárselo después de almorzar, señora.

Veo que está mirando el cuadro sobre el aparador... Sí, es un Rouault legítimo; papá lo compró cuando era un pintorzuco desconocido.

Papá era así: sabía encontrar la belleza en donde la hubiera; tenía un gusto seguro. Si quiere, le haré visitar el castillo después de almorzar.

¡Me encantaría! Jamás había entrado en un castillo como no fuera un frío e impersonal museo.

¡Es magnífico!

... de la visita debía cumplir con
que había venido a hacer.

Siéntese, querida; espero que me
explique el misterio del objeto per-
dido.

Es un asunto algo... delicado, señora.
Espero que me perdone por haberla lef-
do.

La reacción de Henriette Lefevre fue notable.
Primero enrojeció hasta la raíz de los cabe-
llos, y luego su cara se tornó blanca como
la cera.

¿Se siente bien, señora? ¿No quiere que
le alcance algo?

... no... Sólo que me explique en
qué la encontró. ¿Ha muerto sir Per-
cy? ¿Es usted su heredera? ¿Acaso su
hija...?

¡Por dios, señora! Ni siquiera sé a
quién se refiere usted: debe de haber
varios "sir Percy" en Inglaterra,
pero yo no conozco a ninguno.

Entonces, ¿cómo llegó esta
carta a su poder?

Marina se lo explicó.

Entonces debe de haber muerto: jamás ha-
bía dejado que esta carta saliera de sus
manos mientras estuviese vivo.

Los sollozos le impidieron seguir hablando.

Por favor, señora. No se ponga así. Es pro-
bante que haya alguna otra explicación. Ade-
más, ¿qué es ese sir Percy? no sé cuánto
para usted?

Sir Percy Felton, conde de War-
wick... el único hombre a quien
amé en mi vida... ¡Oh, no se es-
candalice! Quise bien a mi espo-
so y traté de hacerlo feliz, pero
ni él ni nadie pudo hacerme ol-
vidar a ese amor de mi juventud.
Siéntese, mi querida: voy a con-
társelo todo.

"Fue entonces cuando vi a Percy por
primera vez."

Permítame presentarle al nuevo ata-
ché cultural de la embajada, el con-
de de Warwick.

Lo felicito, joven, por haber veni-
do a este pozo de cultura que es
Francia.

"Fue durante uno de los bailes que, re-
cuerdo, daba mi padre todos los dieci-
nueve de enero: una fruslería como una
guerra mundial no iba a interferir
con la tradición, y menos en ese in-
vierno de 1940 en que la guerra lo era
sólo de nombre para nosotros."

Buenas noches, señor
embajador. Es un honor.

¿Qué le parece si los dejamos hablar
de "su" gran guerra y nos vamos a bai-
lar?

Muy buena idea. De lo contrario
escucharé a mi padre contar por
centésima vez su carga de caba-
llería contra las posiciones "bo-
ches".

"Creo que fue aquella misma noche que nos enamoramos. No hubo flirteo: desde el primer momento, ambos supimos que nos queríamos para toda la vida."



"Me vino a buscar a la mañana siguiente y paseamos por el bosque de Neuilly. Cien veces me dijo que me adoraba y cien veces eludí decirle lo que mi corazón me dictaba."



"Pocos días después, se presentó en casa para pedir mi mano. El y mi padre se encerraron en la biblioteca y por mucho que me forcé, no pude oír ni una palabra de lo que decían."



"Al final venció mi resistencia y en el primer beso leí todo lo que le había estado ocultando. Fue maravilloso."



Espero que ambos sean siempre tan felices como lo son ahora. He fijado la fecha de matrimonio..."



"Pero Hitler lo dispuso de otro modo: en abril de ese año sus tropas invadieron Dinamarca y Noruega, y la farsa se convirtió en una guerra verdadera."



No llores, querida mía: ya verás como esta guerra termina pronto y entonces podremos casarnos. Ahora mi deber es con Inglaterra."



"Durante dos semanas, nos escribimos todos los días... hasta que llegó una carta."



Como usted verá, en ella me decía que me olvidara de él, que nuestro matrimonio era imposible, que no le escribiera más. Fue entonces cuando escribí la carta desesperada que usted encontró y me trajo."



"No tuve contestación, pero en cambio los nazis invadieron Francia, pisándonos los talones mientras huíamos a la zona no ocupada. Un ex-dependiente de mi padre, ahora enriquecido, nos dio alojamiento y nos colmó de atenciones: era Louis Lefevre, con quien me casé en 1942."

No lo quería como había querido a Percy, pero esos amores no se dan más que una vez en la vida y no esperaba encontrar otro."

¿Fue feliz en su matrimonio?



Mucho más de lo que esperaba. Tuvo un marido ejemplar y su muerte un gran dolor para mí.

¿Pero supo más de sir Percy?



Después de la llamada de Dianna a sus oficinas, las dos mujeres quedaron esperando el camión que traería la respuesta.

En las cinco apenas! Pensaba que era más tarde.



No hay nada que retarde el tiempo como una espera, mi querida.



¿Ella era alegría por la partida a Inglaterra, o por el embargo?

¿Sí, señor Lefevre? ¿Ya hizo su equipaje?



¡Mi equipaje se hace pronto: lo que durará mucho tiempo es mi desprecio por usted.

¡Sí, Louis fue a Inglaterra al finalizar la contienda, y ahí se enteró casualmente que vivía encerrado en Warwick Manor, en Devonshire. No averigué más porque no era ya libre.

¿Y ahora? ¿No le gustaría verlo otra vez?



Al fin, la esperada comunicación se estableció.

¿Y...?



Está vivo. En la región lo conocen como "el ermitaño" porque no ha salido de su mansión desde hace más de veinticinco años.



¡No, ése no, Lucie! Ya hace dos años que visto de negro, y me parece que es bastante. Busca el vestido a lunares que compré hace tres años en Dior.



¿Desprecio? ¿Por mí? ¿Y qué he hecho yo para merecerlo?

Bien lo sabe: como una víbora se introdujo en un hogar feliz para deshacerlo.



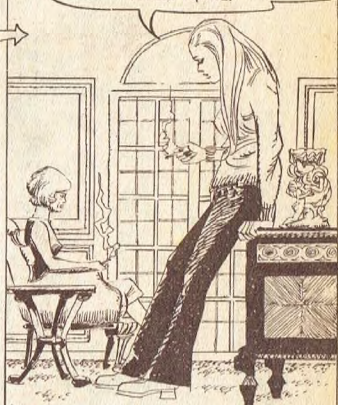
¿Dijo todo lo que tenía que decir?

¡Sí... Podría decir cosas más fuertes, como Celestina, pero prefiero conservar la buena educación que me dio mi padre.



Debe de haber muerto: de lo contrario esta carta estaría aún en su poder.

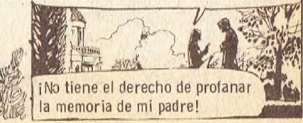
¿Puedo usar su teléfono? Los periodistas tenemos formas de averiguar ciertas cosas con inusitada rapidez.



¡Mi madre quería a mi padre! No solamente lo quería, sino que lo respetaba y veneraba su memoria...! Ahora la ha impulsado usted a una aventura deshonrosa. ¡Ni siquiera quiere llevar más luto! Lo oí decirse a su doncella hace menos de una hora.



¡Pues bien, si ha terminado, le diré unas cuantas verdades que usted se empeña en no ver! Su padre murió hace dos años, y creo que su madre ha llevado el luto suficiente. Aunque usted la crea una vieja, tiene sólo cuarenta y ocho años, y todo el derecho a reconstruir su vida.



¡No tiene el derecho de profanar la memoria de mi padre!

Disculpe. Lo tomé por un hombre y veo que aún es un chiquillo malcriado... Hasta luego, señor Lefevre.

Cuarenta y ocho horas más tarde estaban a la vista de Warwick Manor.

¡Sí. ¿Ven aquellas torres que sobresalen entre el parque? Ese es Warwick Manor... Lástima que no hayan llegado ustedes ayer porque el conde permite las visitas sólo los días lunes.

¿Que permite visitas? ¿Qué quiere decir? ¿Qué clase de visitas?

Turistas... Americanos en su mayoría, que jamás vieron el interior de una residencia inglesa.

Es la única manera que tienen para vivir el señor conde y su fiel Gibson: el gobierno no les cobra impuestos por ser museo y los americanos suelen dejar jugosos dólares en una urna titulada "para reparaciones."

¿Percy viviendo de la caridad pública? ¿Qué puede haber pasado?

Que tu famoso "pretendiente" no es otra cosa que un haragán, que seguramente envió a esta... señorita, para ver si cambia tu fortuna.

No quiero causar una rencilla familiar, pero le juro, señora, que no conozco al conde y que la primera vez que oí su nombre fue de labios suyos.

¡Bah! ¡Quién podría creerlo!

A la mañana siguiente, hicieron su primera tentativa.

No interesa que sean amigos suyos, señora. Así fueran sus propios hermanos, tendrían que esperar al lunes para poder entrar: ésas son mis órdenes.

Parece que tu "cazafortunas" no tiene prisa en cazar la mía. ¿Qué dices ahora?

Los días comenzaron a transcurrir, lentos, interminables. Por algún motivo Louis parecía odiar a Dianna, complaciéndose en zahirirla.

¡Basta! ¡No quiero oír más chocarterías, Louis!... Menos mal que mañana es lunes y la espera habrá terminado.

¡Bah! El misterio siempre ha fastidiado a las mujeres, y él debe saberlo bien.

El lunes, el lugar se pobló de voces nasales que rápidamente hacían el cálculo en dólares de lo que costaría el castillo.

¡Tounterías! Mi ranchou en Texas tiene una casa más grande y mouchísimo más cómoda.

¡Pero quinientous años! Me preguntou qué cera usarán para conservar los pisous tan brillantes.

Lo lamento: arriba están los departamentos privados de sir Percy y él no recibe a nadie.

Haga el favor de pasarle mi tarjeta. Creo que a mí me recibirá.

Por qué tantas vallas y tan misterios? Era el joven de este mundo que lo conocí.

tácticas, mamá; nada más que tácticas.

Lo siento, señora. Sir Percy está desolado, pero no puede recibirla. Le ruega que lo perdone.

Bueno... vámonos... Ya no tenemos nada que hacer aquí.

¿Es que piensa rendirse? ¿Es que va a dejar que se le escape la felicidad sin luchar? ¡Pues yo no!

¡Señorita! ¡Por favor, señorita...! ¡Sir Percy se pondrá furioso!

Lo siento, milord. Se me escabulló y no pude detenerla.

Está bien, Gibson. No se preocupe. Ya que ha llegado hasta aquí, oiremos lo que tiene que decirnos.

¿Qué es esto?

Una carta, sir Percy. Léala.

Me gustaría que me dijese cómo llegó esta carta a su poder, señorita.

Muy sencillo. ¿No vendió usted alguna vez, a un anticuario, un roperto miniatu-
ra con un cajoncito secreto? Por casualidad compré yo el objeto y, limpiándolo, hallé esta carta.

Sí, es la misma carta. Un amor de veinte años atrás.

¿Y bien? ¿Eso es todo lo que tiene que decir? ¿No sabe que ahí abajo...?

Sí, ya me lo dijo Gibson. La señora de Lefevre quería verme. Me appena enormemente tener que ser descortés, pero me es imposible recibirla.

El señor Lefevre ha muerto hace dos años, señor. La marquesa de Crécy es libre ahora.

Pero yo no, señorita: lo que hace más de veinte años me impidió buscarla, se ha agravado; como puede usted ver, estoy parálitico de la cintura para abajo.

¿Y cuándo supo de su mal?

"Hace muchos años, cuando me revisó el médico para ingresar en las Reales Fuerzas Aéreas, halló los primeros síntomas de una parapléjia de los miembros inferiores que iría avanzando con el tiempo y que no tenía curación. Entonces le escribí a Henriette rompiendo nuestro compromiso. No tenía derecho a ..."



Pero ella no te devolverá tu palabra, mi amor. Dicen que soy una mujer muy testaruda, y cuando quiero algo lo consigo.

¡Querida...!



Bueno, supongo que esta noche se terminan mis vacaciones. Deberé reservar pasaje en el ómnibus a Londres.



Buen viaje, señorita Prescott.

No sé cómo agradecerle lo que ha hecho por mí, querida mía; desde ya contamos con usted para la boda. Será muy íntimo, como se puede imaginar.

Me encantaría, pero temo que para esa fecha estaré en los Estados Unidos...



¿Nunca me perdonará que yo le haya dado a su madre lo que tanto ansiaba...?

Preferio no decir lo que opino sobre todo esto.



...mi diario me enviará a entrevistar a dos o tres casas de alta costura para conocer la futura moda norteamericana. Es mi profesión: me especializo en ese tipo de periodismo.

¿Y nunca volverá a Warwick Manor?



Le escribiré. Quizás más adelante...

Despedirse fue mucho más duro de lo que hubiera creído; la encantadora amabilidad de Henriette había terminado por conquistarla. Pero la hostilidad que sentía en Louis Lefevre, no sabía por qué, la lastimaba.

No se olvide de su promesa de escribirnos... ¡Y cuidado con los lobos norteamericanos! Louis, dile algo amable; deja de ser tan hosco, muchacho. ¡Tú siempre tan sociable!



¡Qué disparate! ¡Llorar yo por usted!

Mi querida, ya estoy empezando a sospechar lo que le pasa a Louis. Mejor dicho, hace días que lo sospechaba.

Dianna Prescott no se fue aquella noche a Londres.

¿Te gustaría una boda doble... digamos, dentro de tres meses? Por mamá, sabes...



Estoy empezando a sospechar que lo que más te molestó no fue la ayuda que le presté yo al casamiento de tu mamá, sino...

Adiós, Dianna.

¡Louis, qué raro está! ¿Qué le pasa? Si fuera mujer diría que está a punto de llorar.

WICK MANOR



...la idea de que pudiera surgir un competidor norteamericano. ¡Imagínate, tú un francés, desbandado en el amor...



Fin

Por CRISTÓBAL MARÍA PAZ

LA INQUILINA DE VILLA CELESTE

Dibujos de CAROVINI

Esta historia ocurrió ayer, o puede ocurrir mañana, aquí o en cualquier parte del mundo. No tiene tiempo ni lugar, pero sucedió porque yo no le amé a vos o vos no me amaste a mí.

Augusto Santander leyó de inmediato la carta que comenzaba diciendo: "Señor Augusto, en busca de una casa frente al mar para pasar unos meses en completa soledad y silencio, he dado por casualidad con Villa Celeste..."

Todas las mañanas, al entrar en el escritorio de su planta fabril, en una lejana ciudad de un lejano país, Augusto Santander tenía la correspondencia correctamente abierta y apilada sobre su mesa de trabajo.

Aquella mañana, en cuanto Augusto entró en su despacho, vio sobre su carpeta el sobre de la primera carta de Elsa Montecarlo.

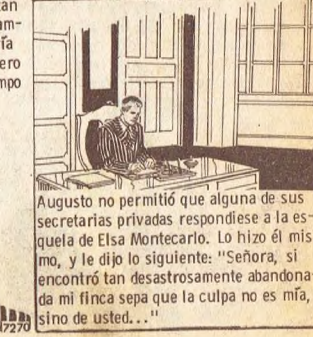
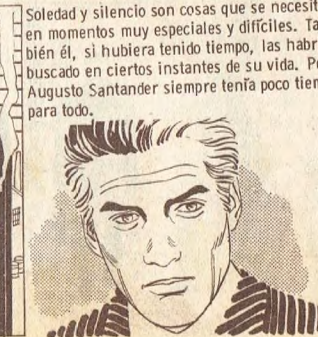
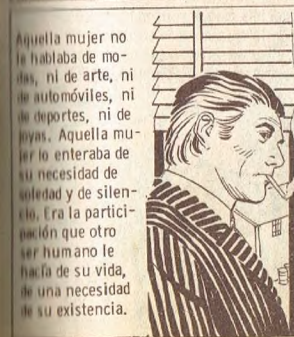
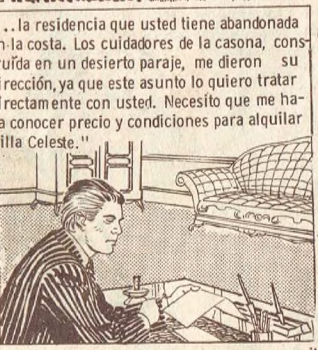
"...la residencia que usted tiene abandonada en la costa. Los cuidadores de la casona, construida en un desierto paraje, me dieron su dirección, ya que este asunto lo quiero tratar directamente con usted. Necesito que me haga conocer precio y condiciones para alquilar Villa Celeste."

Así terminaba la primera carta de Elsa Montecarlo. De repente la vida rutinaria de Augusto Santander, un hombre rico, mayor de cincuenta años, soltero y triste, era interrumpida por la presencia de una mujer diferente de las que había conocido hasta entonces.

Aquella mujer no le hablaba de modas, ni de arte, ni de automóviles, ni de deportes, ni de joyas. Aquella mujer le enteraba de su necesidad de soledad y de silencio, traía la participación que otro ser humano le hacía de su vida, de una necesidad de su existencia.

Soledad y silencio son cosas que se necesitan en momentos muy especiales y difíciles. También él, si hubiera tenido tiempo, las habría buscado en ciertos instantes de su vida. Pero Augusto Santander siempre tenía poco tiempo para todo.

Augusto no permitió que alguna de sus secretarías privadas respondiese a la escuela de Elsa Montecarlo. Lo hizo él mismo, y le dijo lo siguiente: "Señora, si encontró tan desastrosamente abandonada mi finca sepa que la culpa no es mía, sino de usted..."



"...que hasta ahora no se le ha ocurrido ir a sacarla del abandono. Por motivos sentimentales, que usted respetará, no puedo alquilar esa vieja casona de mis abuelas, que yo venero, pero si a usted le agrada vivir en ella, tengo el honor de ofrecerle su abandono, su soledad y su silencio. Tres encantos a los que no les pongo precio porque aún están sin valorar en el mercado. Si le convienen mis condiciones, con hacérmelo saber a través de un telegrama basta. Afectuosamente, Augusto Santander."



"Magda, mi fiel servidora y amiga, y yo hemos limpiado y ordenado el pequeño oratorio que hay en el monte de los fondos de la finca. Todas las tardes voy a estar un momento en él. Encendiendo unas velas y rezo por los viejos señores Santander en este oratorio de ellos, en el que me parece que nadie rezó por ellos."



Por fin Augusto encontró las palabras que necesitaba para armar su respuesta: "Señora moradora de Villa Celeste: repare usted la casona como más le guste. Feliz ella cuya vejez puede ser reparada. Afectuosamente, Santander."



Al día siguiente Augusto recibió un telegrama de Elsa donde decía que aceptaba ir a vivir a Villa Celeste siempre y cuando él cobrase algo de alquiler.



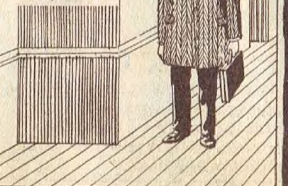
Unas semanas y el millonario volvió a tener carta.



"Perdóname, señor, mis cartas largas, pero ocurre que me sobra tiempo y tristeza."



Después de aquella carta, por mucho tiempo Augusto no tuvo noticias de su inquilina. Y eso le molestaba.



Augusto le respondió enseguida, también a través de un telegrama, informándole que el alquiler sería lo que equivaldría a cinco mil pesos viejos, para nosotros, y que en vez de enviárselo tendría que entregarlo como donación en el hospital vecinal.



"Señor Santander: le solicito amplia y franca autorización para reparar a gusto mío Villa Celeste, por la que usted siente una veneración familiar que me motiona y un desprecio que escandaliza. Perdón por mi sinceridad."



Cuatro cartas de respuesta empezó a escribir Augusto y ninguna terminó por completarlo. Comenzaba a pensar en Elsa, comenzaba a preocuparle cómo sería físicamente esa mujer, comenzaba a esperar las respuestas de ella.



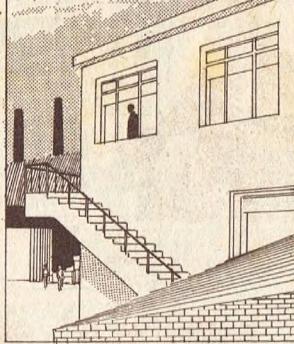
Muchas mañanas llegó hasta su escritorio con la esperanza de encontrar algún sobre en una esquila de aquella mujer que de forma tan especial comenzaba a pesar en su vida.



que no podía entender qué le ocurría. No podía le despertaba tanto interés una muchacha. No podía negar que su expectación de hombre maduro le había permitido descubrir a una mujer toda mujer, profundamente mujer, retratada a través de las cartas que le enviara Elsa Montecarlo.



Toda aquella femineidad, toda la rica vida interior que permitía intuir su manera de expresarse, era lo que entusiasmaba a aquel hombre rico, solterón y adulto y le hacía tejer sueños, que lo asustaban un poco.



No hay edad para que el corazón ame o renuncie a amar. ¡Claro que no! Todo puede ser siempre.



Augusto Santander comenzó a ser atraído por el misterio que rodeaba a su inquilina y a sentir de alguna manera unida a esa mujer.



Y comenzó a pensar en ella y a dibujarla en sueños y a necesitar saber todos los días algo de ella.



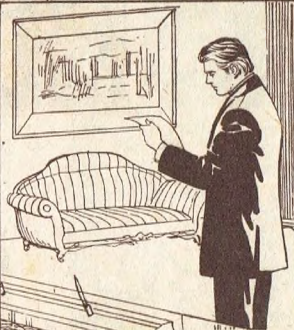
Elsa Montecarlo era nada más que una carta que llegaba de tanto en tanto. El resto lo estaba poniendo él mismo en un juego endiablado por adivinar cosas, por interpretar otras, por suponer muchas.



El motivo del permiso municipal para la construcción de un cuarto, obligó a Elsa Montecarlo a volver a escribirle a Augusto Santander. Se cambiaron varias cartas. En una de ellas la inquilina hizo alusión a su viudez, pero jamás dijo nada de su edad.



continuaba avivándose la imaginación del propietario de Villa Celeste. Muchas veces pensó en llegar a su propiedad por sorpresa y conocer a su moradora, pero no se alivió a hacerlo, hasta que, de pronto, una carta de Elsa Montecarlo lo obligó a tomar una resolución.

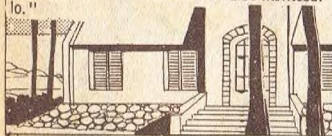


La carta decía: "Señor Santander, ha llegado el momento de separarnos. Extraña separación de dos seres que nunca han estado juntos. Que sea nuestra despedida como fue nuestro primer encuentro, a través de unas líneas."

"Me llevaré con todo derecho un ramo de rosas del jardín que tiene la casa delante y que con tanto esmero ha cuidado mi querida Magda, porque quiero llevarme conmigo el perfume de esta casa al tener que irme muy lejos de ella."



"Mañana encenderé por última vez las velas del oratorio del monte. ¡Quiera Dios que nunca se apaguen! Mi recuerdo por los días transcurridos en Villa Celeste nunca ha de apagarse. Aquí encontré paz. ¿Sabe usted lo que eso significa? ¿Sabe todo lo que vale un poco de paz interior? Adios, señor Santander. Adios por última vez, mi querido amigo. Villa Celeste estará viva en mí mientras yo viva. Gracias. Un apretón de manos. Elsa Montecarlo."



... y por sobre todas las cosas para sondear por última vez la duda, la punzante duda sobre la verdadera edad de Elsa Montecarlo.



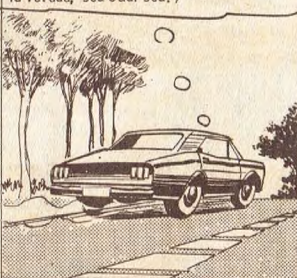
Había luz en la sala principal y se escuchaba música que llegaba desde ahí. Elsa nunca le había hablado en sus cartas que hubiera incorporado un tocadiscos al mobiliario de la casa. Augusto Santander pensó que aquel era un detalle sin importancia y comenzó a subir la escalera.



Entonces, Augusto Santander no lo pensó más. Fue a su casa, hizo que su fiel mucamo Felipe le ayudase a preparar sus maletas y conduciendo él mismo uno de sus automóviles sport tomó el camino de la costa, el camino que lo conducía hacia Villa Celeste y también hacia la verdad de Elsa Montecarlo.



(Nada. No debo pensar en nada. Tengo que seguir viaje. ¡Adelante! Tengo que saber la verdad, sea cual sea.)



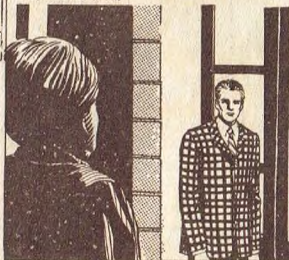
Ya llevaba dos horas de marcha cuando comenzó a serenársele el espíritu. Entonces quería hacer algo para medir con las posibles consecuencias de su viaje.



Eran las primeras horas de la noche cuando Augusto Santander detuvo la marcha del automóvil frente a la larga escalinata de piedra que llevaba hasta las puertas de la casa de Villa Celeste.



Iba a llamar a la puerta, cuando, de pronto, una figura oscura y dulce le salió al encuentro. Augusto Santander sonrió como reconociéndola.



-Usted es Magda, ¿no?...

Sí. Soy Magda. ¿Quién es usted, señor?



Los ojos de la fiel servidora de Elsa Montecarlo se llenaron de sorpresa primero y de miedo después.



Soy Augusto Santander, el dueño de Villa Celeste. Yo nunca antes de ahora la había visto a usted, pero tuve como un presentimiento de saber quién era.





...esperábamos, señor.
Yo quería conocerlas. Yo
quería conocer a Elsa Mon-
tecarlo.

Augusto experimentó enton-
ces un sentimiento de confu-
sión. Le extrañaba que Mag-
da no lo invitase a pasar a la
casa. Le daba la impresión de
que estaba ganando tiempo.

De pronto el rostro alegre e ilu-
minado de un niño rubio se aso-
mó por una de las ventanas
bajas. Augusto alcanzó a verlo
antes que desapareciera rápi-
damente.

¿Qué ocurre?
Nada, ¿por qué?

¿Dónde está Elsa Montecarlo? Quiero
verla.

La señora se fue de la casa esta mañana.
¡Miente!

Volví a correrse traviesamente la cortina
de la ventana y ahora no fue uno solo el
rostro de niño que se asomó sino que
fueron cuatro o seis y hasta quizá siete.
Augusto no tuvo tiempo de contarlos, pe-
ro alcanzó a darse cuenta de que eran va-
rios.

¿Pero, qué demonios está ocurriendo en
esta casa?

Augusto Santander no esperó a que lo invi-
tasen a entrar. Abrió violentamente la puer-
ta de la casona.

El amplio comedor estaba vacío. No estaban
los niños que había visto asomarse. No había
nadie. Solamente el tocacdiscos que continua-
ba funcionando. Una mujer joven salió en-
tonces de uno de los cuartos interiores, cru-
zó el salón y detuvo la marcha del combinado.

El señor es Augusto Santander, el propietario de Villa Celeste...



Yo voy a explicarle, señor...

¿Quién es... usted?



Se le acababa el mundo a Augusto Santander. Aquella mujer era Elsa Montecarlo. Ella misma acababa de decirse. Era una mujer joven, muy hermosa, de mirada triste. La desesperanza lo angustió hasta oprimirle la garganta. Le dolía no poder amar a quien quería amar. En aquel momento de su vida, Augusto Santander necesitaba amar.



Bueno. Me llamo Elsa... Elsa Montecarlo.



Voy a explicarle lo de los niños y los muchachos.



¿Los niños? ¿Los muchachos? ¡No me interesa nada de nada...!

¿Qué ocurre aquí?



De pronto, en la puerta de la casa, había aparecido la figura de una mujer mayor. Acababa de llegar en una vieja camioneta que había quedado estacionada junto al automóvil de Augusto Santander.



Por favor, cada uno a su lugar. Quiero hablar a solas con el señor. Señor Santander: pasemos al escritorio, por favor.



¿Quién es usted?

Soy Elsa Montecarlo.



Un grupo de muchachos, junto a seis o siete niños, salieron de distintos cuartos y rodearon a la recién llegada, como pidiéndole protección. Elsa Montecarlo la enteró de quién era el caballero que los visitaba.

Pero... ¿cuántas Elsa Montecarlo hay?

Dos. Mi hija y yo.



la otra gente, quién es?

De ellos vamos a hablar ya mismo y voy a explicarle por qué le menté al alquilarle Villa Celeste. Estoy segura que va a comprenderme.



Puedo no comprenderla, no esté tan segura.

No importa si no me comprende. Ya no corremos peligro pues tengo techo seguro para todos.



Elsa Montecarlo, la Elsa Montecarlo de las cartas a Augusto Santander, le contó su historia y la de todos ellos. Una historia muy sencilla. Una historia de amor, de ese amor que cada ser humano tiene que tener por todo ser humano.



Magda hace muchos años. Mi hija entonces era muy pequeña. Me consagué a ella. Mi marido me había dejado una fortuna imponente. Desde entonces Magda está a mi lado. Cuando Elisita se enamoró de Claudio, nos dimos muy dichosas de que un hombre, un buen hombre, volviese a entrar en nuestra vida, una casa de mujeres solas.



Claudio era un muchacho excepcional. Alegre, de corazón bueno, de sentimientos limpios. No hacía nunca mal a nadie. Era médico. Lo mataron cuando sólo hacía tres meses que se había casado con mi hija.



El asesino había sido un joven ratero a quién Claudio sorprendió robándole algo del automóvil.



Ahor fue terrible. No teníamos consuelo. Nos encerramos mucho tiempo a llorar la tragedia sufrida. No queríamos ni leer los diarios. No recibíamos a nuestros amigos de siempre. Renunciábamos a vivir. Hasta que una noche Magda sorprendió en los fondos de nuestra casa a un muchacho que había entrado a robar.



En vez de llamar a la policía de inmediato, hicimos pasar al muchacho y hablamos con él. Un ratero como el que teníamos delante nuestro había matado a Claudio. Este se llamaba Tito y era huerfano.

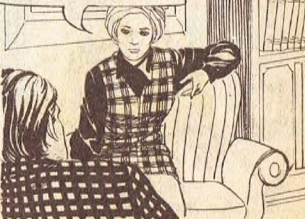


Tito vivía con unos tíos en un barrio apartado de la ciudad. No sabía por qué había entrado a robar. Lo había hecho por hacerlo. El no quería a nadie porque nadie lo quería a él. Y hacía daño por hacerlo, casi sin saber lo que hacía. Tito no sabía elegir entre el bien y el mal.

Tito nos dijo que había otros muchachos que tenían su misma forma de pensar y que se comportaban como lo hacía él y que andaban sueltos por la ciudad, vagando por vagar. No tenían amor. No tenían a quién amar ni quién los amara.



Ese chico, sin quererlo, nos dio una idea. Mi hija, Magda y yo encontramos de pronto un hermoso motivo para vivir: llenar de amor esas vidas vacías de amor y con eso quizá poder evitar otro asesinato como el de Claudio.



Buscamos una casa grande que estuviese lo más alejada posible para reunir a esos chicos. Encontramos a Villa Celeste y yo le escribí inventándole la historia de mi soledad, pero teniendo miedo siempre de que nos descubriese y nos desalojase.



Los trajimos aquí. Vino aquel chico y sus amigos. Después llegaron otros y hasta conseguimos traernos a algunos muy pequeños, que fueron abandonados por sus padres.



Ellos, los mayores, se ocuparon de arruinar a Villa Celeste y nosotros les enseñamos a vivir en familia. Hace poco nos enteramos que la policía detuvo en la ciudad al chacho que mató a mi yerno. Sentimos por él una enorme piedad.



Detrás de estos muchachos siempre hay una familia desorganizada, un hogar que tiene poco de hogar y que los aleja y los llena de resentimientos y los hace egoístas y rencorosos por los dolores que les da la vida y que de una manera u otra sufrimos todos.



Algunos de los chicos que tenemos aquí ya han cumplido diecisiete y diecinueve años y conocieron a chicas de los alrededores y se casaron. Yo he vendido mis bienes y he comprado una granja al sur. Nos vamos a instalar allá. Habrá comodidad para todos.



¿Por qué no compró la granja antes, en vez de venir a vivir a Villa Celeste?

Esto fue un ensayo de lo que vendrá. Primero teníamos que probar que podíamos llevar nuestra idea adelante, que íbamos a ser capaces de vengarnos.



Sí, vengarnos. Muchos se vengaron odiando, nosotros nos hemos vengado amando a los que nos hicieron daño.



¿Vengarse?

¿Tito o cualquiera de los muchachos que tenemos aquí podría haber sido el asesino de Claudio. Nosotros comprendimos su parte de inocencia y los amamos a través de ella. Todo nos ha salido bien hasta ahora. Los chicos nos han respetado, se sienten amados y trabajan y están contentos y ya no les interesa nada por ahí.



Señora, lo que ustedes hacen me parece maravilloso, pero la obra que realizan está al margen de la ley.

Nadie me puede negar mi derecho de amor. Estoy haciendo una obra de bien.



Tienen un hogar en donde estar y una familia, que forman ellos mismos y nosotros; una familia a la que deben respetar y que sufrirá por una mala acción suya.

...le niega ese derecho, señora, pero su obra puede quedar buena cuando sea descubierta por la justicia. ¿Usted cree que cualquiera puede agarrar a un muchacho de la calle y llevárselo a su casa y educarlo a su manera...?



Piense que eso es mejor que seguir dejándolo en la calle.

Usted tiene toda la razón del mundo. Pero el hombre hizo leyes para ordenar su vida y, nos convengan o no, no podemos dejar de cumplirlas.



...necesita especialistas que la asesoren sobre el problema de cada uno de sus muchachos. Les está dando amor que es la base fundamental para que ordenen sus vidas, pero no les niegue la posibilidad de perfeccionar esas vidas a través de abogados que se ocuparán de los problemas legales que deben tener...

...y de médicos que podrán solucionarles problemas que pueden tener en otros planos.

No son delincentes ni son enfermos. Además todo eso costaría dinero y yo ya he agotado todas mis reservas económicas.



La venganza de ustedes es una hermosa lección que le están dando a la vida. Funde un establecimiento modelo.



Vuelvo a repetirle que yo ya no tengo más dinero.

...pero yo sí, y pongo mi fortuna a su disposición para esta obra siempre y cuando ese establecimiento modelo esté ubicado aquí, en Villa Celeste.

¿Por qué haría usted algo así?



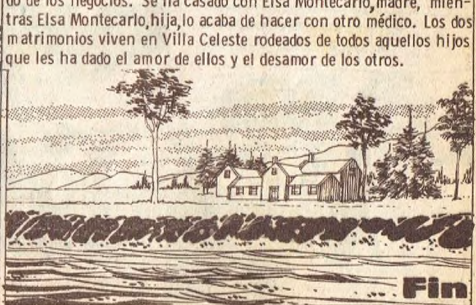
En algún momento de la vida de cada uno se siente la necesidad de hacer algo por los demás. Esta es una buena oportunidad para hacerlo y no debo dejarla pasar.

Además pienso que hacer algo por los otros es siempre una hermosa forma de hacer algo por sí mismo. No hay como dar amor para recibir amor.



Elsa Montecarlo sonrió mirando fijamente a Augusto Santander.

Augusto Santander ya hace varios años que se ha retirado del mundo de los negocios. Se ha casado con Elsa Montecarlo, madre, mientras Elsa Montecarlo, hija, lo acaba de hacer con otro médico. Los dos matrimonios viven en Villa Celeste rodeados de todos aquellos hijos que les ha dado el amor de ellos y el desamor de los otros.



Fin

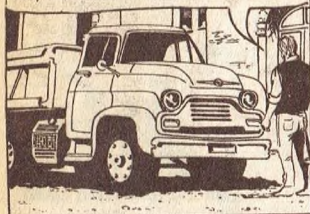
DE PRONTO BACH EN EL CASTILLO DEL LOBO

Por PIER MICHELE

Dibujos de ÁVILA

Papá me despertaba todas las mañanas a las seis. Mientras yo me vestía o apuraba el café con leche él trajinaba con el motor del viejo camión...

¡Y anda este maldito cascojo! ¡Sal de una vez, Francesca!



¿Con qué dinero? Tu puesto de venta de frutas en el mercado de la ciudad apenas nos deja para vivir.

¡Lo sé! Pero algo sucederá. Ganaré la lotería, recibiré un legado de algún pariente olvidado... ¡Algo sucederá, hija mía!



Después el mercado y toda la mañana despachando frutas y soportando a los clientes...

¿Doscientas liras por esta cueva de gusanos, signore Bisso? ¡Cómaselas usted!



Estoy lista. ¿Llegaremos sin inconvenientes al mercado?



¡Puede que sí... si nos ayudan Dios y todos los santos!

Cuando pasábamos cerca del castillo viejo ya no escuchaba a papá. Mis ojos se hundían en ese edificio semidestruido y pensaba...

(Esta tarde iré y el signore Cappolino me dejará tocar el piano. El y yo, solos... con Bach.)



¡Algún día dejaré este maldito trabajo! ¡Y me iré lejos...!



Vivíamos en Piediluco, una ciudad de Umbria. Borgeamos el lago de aguas azules en el día naciente. Y papá se quejaba de la situación...

¡Algún día dejaré este odioso trabajo! Y nos iremos lejos tú y yo.



¿Qué te atrae en Castel Lupo? ¡Es una ruina! Desde la guerra nadie se ocupó de ese lugar sombrío, Francesca. Ni siquiera si ve de atracción a los turistas.

Déjalo solitario, papá. Está bien así.



(Yo me olvido de él todas las tardes, papá. Gracias a Cappolino y a Bach...)



...a Castel Lupo... ¿Por
...un nombre tan feo?
...del lobo" Para mí es o-
... "El Castillo Encantado".)

No tenía que llamar a ninguna
puerta para entrar. Simple-
mente escuchaba. Si el pia-
no sonaba adentro...

¡Aquí estoy, signore
Cappolino!

¡Adelante, ragazza! Te
esperaba...

Vamos, ocupa la banqueta y mués-
trame cómo aprendes rápidamente
mis lecciones.

¡Seguro que lo haré!

...tocaba a
... Y Cappoli-
... se sentaba en
... de los sillones
... escuchar en
... mientras
... gastaba
... lues,

...anochece. Debo irme. Pero maña-
...verá,

Traes vida a esta casa
muerta, Francesca.

Sin tí, acaso yo también estaría muerto.
¿Has guardado bien ese papel que te di?

¡Bravo! Es nuestro secreto. Cuando yo mu-
ra será la dueña de Castel Lupo. Es mi ú-
nica manera de agradecerte la alegría que
trajiste a mi vida...

Sí, signore Cappolino. Y nadie sabe
que lo tengo. Ni siquiera mi padre.

...conserva ese papel, Francesca Bisso! Y no
...de venir por las tardes.

Llegaba a casa de
noche. Papá creía
que había ido a ca-
minar por ahí. Lue-
go de la cena él se
acostaba. Yo saca-
ba el papel y vol-
vía a leerlo...

("Y así, en uso de todas mis
facultades, declaro que es mi
voluntad que Castel Lupo pa-
se a Francesca Bisso...")

...seguro, signore Cappolino. Addio.

...es la ambición
que mantiene
... amistad con e-
...rio. Es Bach.
... piano. Y to-
... el bien que me
... tocar Bach
... el piano del
...tillo del Lobo.)

Era la verdad. Y a veces pensaba que si
mi padre supiese lo del papel, desearía la
muerte de Cappolino. Pero no lo sabía.
Pasó un tiempo y un domingo al anoche-
cer...

¡Llegó el día, hija mía! ¡Nos iremos, nos
iremos!

¿Adónde? ¿Cómo? ¿Por qué?

¡Gané, Francesca! ¡Una fortuna en la
"polla del fútbol"! Siete resultados de
diez... ¡¡fíjate la boleta! Tuve que pa-
gar la copa de todos en la taberna...

La euforia le duró hasta el día siguiente. Otros habrían acertado más. Apenas le tocaron quinientas mil liras. Pero lo mismo resolvió irse...

¡Será Roma! Una semana o dos. Algo es algo. Alista las valijas; salimos en dos días.



(Por él y por mí. Que se resigne a su condición y que nunca me tienta la ambición, Dios mío...)



Y aquella es la Basílica de San Pedro. Tienen una hora para recorrerla. El ómnibus reinicia la marcha desde aquí mismo.



Cuando volví hablaba con un joven...



¡He ahí a mi hija, Vittorio! ¿La recuerdas? Claro que no. Eras casi un niño cuando dejaste Piediluco...

¿No vienes papá?



Estoy cansado, Francesca. ¡Harto de ver ruinas y plazas y museos...! Ve sola. Reza por mí y por ti. Voy a tomar un tra-go por ahí.

¡Es Vittorio Ovietto, Francesca! Su padre vendía verduras en el mercado, pero aquí las cosas le van mejor... Vino a Roma años y acabamos de encontrarnos.



Es usted muy bonita, signorina

¿Bebemos una copa?

Yo no. Vuelvo al ómnibus. La excursión de hoy ya termina. Volveré al hotel y dormiré hasta mañana...



Pero tú quédate, Francesca. Podrás hacer algo distinto a esta odiosa rutina a que nos obliga la compañía de turismo. ¡Beban a mi salud!



Pero, papá, yo...

Me quedé y Vittorio se mostró atento. Me habló de Piediluco y me hizo un montón de preguntas...

Entonces debo suponer que son ciegos los jóvenes del pueblo. Pagaré y caminaremos por ahí.

¿Tiene novio allá?

No.



Es tarde, Vittorio. Papá está solo y...



¡Vamos, déjeme lucir a su lado! Ninguna romana podría compararsele. Yo siempre digo que las muchachas del campo son las mejores.



¿Qué hace en Piediluco todo el día?

Por la mañana ayudo a papá en su puesto de fruta...

Y por la tarde voy a Castel Lupo. ¿Conoce el castillo?

¡Seguro! Un mal lugar. Destruído por la vieja guerra, y solitario. Creo que ahí, todavía...

...un teléfono
...al hotel y
...que cena-
...guerra. Fui-
...un restau-
...del Tiber,
...terrazza a
...un lugar que do-
...el paisa-
...el río...

...sive un hombre excepcional, Vitto-
...un artista. Me enseñó a tocar el
...ano, se llama Cappolino. Me hizo sen-
...tición por la música de Bach. Me
...a olvidar el mercado y todo lo de-

¿Sí? Vamos, ¡cuénteme!

No sé por qué lo hice. Pero le conté todo, a excepción de eso del papel que me había dado el viejo. Vittorio parecía muy interesado en mi relato. Y en mí.

¿Está enamorada de Bach?

O de su música. O de toda esa magia que me envuelve cuando la toco en el piano del castillo...

...también amo a Bach. Tenemos
...en común. O acaso mucho. Lo
...amos cuando sigamos viéndo-
...usted me gusta, Francesca.
...y me sentí golpeado...

Detuvo su auto frente al hotel donde me hospedaba. Bajó conmigo. La calle estaba oscura. Me tomó las manos. Me acercó a él...

Su padre está cansado del itinerario turístico. Mañana vendré e iremos a conocer sitios que no figuran en los viajes guiados.

¿No lo imagina?

¿Por qué hace esto?

¡Francesca!

¡Addio, Vittorio Ovietto! Discúlpeme, no creo en los sentimientos repentinos...

Papá dormía en su cuarto. No lo desperté. Ni dormí bien en el mío. Pensaba en Vittorio...

(Se habituó a la modalidad de la gran ciudad... Debe suponerme una ingenua provinciana... una aventura pasajera... pero es tan atractivo!)



("¿Tiene novio allá?" "Entonces debo suponer que son ciegos los jóvenes del pueblo..." Empiezo a mezclarle a Bach, Vittorio... Y me gusta Bach...")

Cuando bajé para el desayuno, papá me dio la noticia...

¿Podrás hacer tus valijas en una hora, hija? Vamos de Roma.

¿Por qué?



Siempre tuve un deseo, ¿sabes? Y aún me quedan algunas liras del premio... ¡Conoceremos Nápoles! Ya hablé a la agencia. Hay una excursión de cinco días a la ciudad... ¿No te alegras?

Seguro, papá...

Supuse que Vittorio se enteraría cuando llamaría o fuese a buscartos. Lo lamenté. Y fuimos a Nápoles...

Aquella es la Gruta Azul... donde se cuenta que los enamorados...



¿No estás feliz, Francesca? Yo sí. "Ver Nápoles y después morir". Acaso mi ambición de dejar Piediluco no se concretó nunca... Por eso quise venir. ¿Estás o no feliz?

Estaba triste y nada me gustó. Volvimos al viejo pueblo una semana más tarde. Todo seguía igual: papá y su camión terco; la venta de frutas en el mercado; los clientes quejosos y todo lo demás. Pero la primera tarde llegó...

(Cappolino me habrá echado de menos en Castel Lu-po...)

(No oigo el piano... El no me quiere que regrese...)



...a la puerta y nadie respondió. El viejo...
...una criada. La puerta y las ventanillas...
...habitable estaban cerradas. Me...
...había...

...nadie, signorina. Cappolino se mar-
...un par de días. No dijo a nadie adón-
... Parecía enfermo.



...enfermo y solo aquí... Si tiene pa-
...hubrá ido a casa de ellos.

...no los quiso alojar en el castillo...
...fue su dueño por un golpe de suer-

...qué clase de golpe
...de suerte, papá?



...piensando en lo que
...otro me dijo una vez:
...otro la amistad de una
...como tú al interés
...parientes que sólo
...para pedir..."



...era enfermo. Es seguro que no recurriré
...Ovietto. Pero, ¿adónde puede ir si no tiene

...



¡Asombroso! Pero yo
...sabía...

Tal vez, pero los únicos eran los Ovietto.
Y ellos se fueron a Roma hace años.
Muchos años.



¿Ovietto?

Pues sí, Francesca: el viejo es tío-abue-
lo de Vittorio, pero nunca se llevó bien
con el padre de éste. Cappolino decía que
recurrían a él sólo cuando sus cosas an-
daban mal...



- Bueno, era el ma-
yordomo del anti-
guo propietario y
a su muerte lo
nombró heredero.
Único. Todo Pie-
diluco lo sabe. Pe-
ro no mejoró la
edificación y vi-
ve poco menos que
como un ermita-
ño. ¿Sabes por
qué se llama Cas-
tel Lupo?

Los supersticiosos hablan de una maldición
o un designio que vaticinaba soledad de lo-
bo al que lo habitara... ¡Pero son pampli-
nas! Me voy a la taberna. Acuéstate si tar-
do.



Lo comentaban en la taberna cuando lle-
gué, Francesca: el viejo murió en casa
de unos amigos de su criada que viven
en el pueblo vecino...



Es lamentable, papá. El y yo éramos
amigos y llegó el momento de hacerte
una revelación.



¡Venderemos ese adefesio! Nos iremos le-
jos... Roma, Génova o Milán... ¡Cual-
quier sitio será mejor que Piediluco! Me
dedicaré a los negocios. Ya mismo voy a
desparramar la noticia y...



¿Puedo pedirte algo, papá? Espera un
tiempo. Debo pensar.

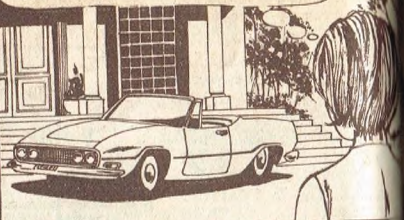


¿En qué? ¿Se nos dio la buena! Ya no hace
falta pensar, pero si tú, la ragazza de la
buena estrella, resuelves esperar... ¡sea,
esperaremos!

Fue solo al mercado. Le costaría callar. Su ambición se concretaba. Y dos noches más tarde...

(Luz en el Castillo del Lobo... quizás la criada volvió. Mañana iré a ver.)

(Un auto... con chapa de Roma. Acaso...)



¡Francesca Bisso! Volvemos a encontrarnos. Llegué ayer, cuando me enteré de la muerte de mi tío-abuelo. ¿Sabía usted que yo no era mi pariente?

Sí, Vittorio Oviotto..., aunque usted no me lo dijo en Roma.

... a verla. Nuestra relación se interrumpió bruscamente, no tuve tiempo de decirle que empezaba a enamorarme de usted. Pero no está abierto la espera. ¿Aún ama a Bach?

Un pariente que vivía solo y olvidado. ¿A qué vino a Piediluco?

A hacerme cargo de la situación. Usted sabe: los trámites legales y todo eso. Además...

Aún. Pero no lo

Lo hacía para un solitario y usted sólo es un hombre que quiere usufructuar de un parentesco. ¿Piensa hacer valer sus derechos de único heredero de Cappolino?

Simplemente tomaré posesión de lo que me pertenece.

Me lastimaba su seguridad y con esfuerzo me evadí de la tentación de su atractivo. El también debía ignorar la existencia del papel que me hacía dueña de Castel Lupo. Pero callé. Dejé que su arrogancia se soltara ante mi presencia de campesina...

Mi tío-abuelo era un tipo extraño, un demente.

...pareció raro que cultivara su...
...tal vez la amaba. En realidad,
...y amarla es todo uno. ¿Entra



No.

...enteró por la tarde de la llegada
...en la taberna. Y cuando esa
...regresó a casa...



...mi promesa de esperar! Fui a ver
...Lentini. Le conté lo del papel.
...verlo. ¡Debemos anticiparnos a
...aprovechado!

...un aprovechado romano acercarse
...ingenua campesina?



Puede, si hay una buena razón,
Vittorio.

Vittorio no sabe lo que hizo su tío-abue-
lo, papá.



¡Pues lo sabrá pronto! Es un aventu-
rero. ¿Cómo supones que pudo ha-
cer fortuna en Roma si se fue de aquí
pobre como una rata? ¡Dame el docu-
mento!

¿Le teme al "qué dirán"?



Le temo a los ambiciosos. Soy razo-
nable y sé cuál es mi lugar y
cuál el suyo. Adíio.

Lo llevó a Lentini en la
mañana. El abogado dijo
que servía. Y que via-
jaría a Terni, la cabe-
cera de la provincia, a
concretar el traspaso
de la propiedad. Dos
días después, todo Pie-
diluco comentaba el
caso. Era domingo y
yo había ido a cami-
nar por la orilla del
lago...



Me enteré del legado de Cappolino. Ayer, cuando fui a ver
a Lentini él mismo me informó. Tuvo usted suerte, Fran-
cesca. Ahora entiendo el por qué de su amistad con un so-
litario.



¡Entiende mal! Me importaba el piano, Bach
y su charla...

El viejo jamás intentó otra cosa. Y, si quiere sa-
ber más: despreciaba a los parientes que lo olvi-
daban.



Olvida decir algo: parientes "ambiciosos".
Me desilusiona usted; cambia mi opinión
sobre las muchachas campesinas y de-
sinteresadas.



-Pero sigo enamorado
de la Francesca que
conoci en Roma. Por
ella vine aquí. No lo
olvide nunca..., pa-
se lo que pasare.

Quedé muda viéndolo alejarse. No lo entendía. Me amaba a pesar de todo. Iba a quitarle lo que suponía suyo y se desquitaba con un beso. No quise pensar si yo también...

¿No comes, hija? Pronto nos iremos de este pueblo... ¡Deberías estar contenta!

Yo pensaba en el piano de Castel Lupo y en Bach. Eso me había servido para compensar la rutina de una vida gris. Y papá me pintaba un futuro dorado...

¡Lentini volverá a Terni a fin de semana! Sacaremos a Vittorio del castillo y lo ofreceremos en venta. ¡Por nosotros!

En Roma, Génova o Milán, donde quieras, podrás elegir al hombre que más te guste. Vestirás bien, irás a fiestas...

En la tarde siguiente me acerqué al piano del Lobo. Una de las ventanas laterales estaba abierta. Me sorprendió oír la música.

(Es un piano tocando a Bach...)

¡"Sigo enamorado de la Francesca que conocí en Roma..." ¿A qué se refería cuando me pidió que no olvidara eso pase lo que pasare...?)

Es simplemente un grabador. Lo traje de Roma. Había imaginado un reencuentro diferente para los dos... Una amistad, un amor...

No tema, Francesca: no hay fantasmas en Castel Lupo...

(A Vittorio también le gustaba Bach. Acaso...)

¿Cuál es su plan, Vittorio? ¿Aún persiste en el intento de poseer la propiedad de Cappolino persiguiendo a su inminente dueña campesina...?

Soy yo quien necesita saber. ¿A qué volvió?

Costumbre. Lo hacía todas las tardes.

¿Qué hará con Castel Lupo cuando sea suyo?

Le comuniqué el proyecto de mi padre. Sonrió.

Mi idea era otra: quedarme aquí, arreglarlo y vivir cerca de la mujer que golpeó mi corazón con su mansa belleza... Y, una vez, animarme a ofrecerle matrimonio.

¡Francesca!

¿Te has vuelto loca? ¡No dejaré que Vittorio Ovi-
to te engatuse!

¿Quién dijo que pienso hacerlo, signore Bisso?

¡Yo he vivido lo suficiente
para conocer a la gente, Vit-
torio! Sé de qué medios
se valen algunos aventu-
reros para reconquistar
lo perdido... ¡Vayámonos
de aquí!

La ambición de papá. Recordé nuestro viaje a Roma. Me vi otra vez pi-
diendo por él y por mí en la Basílica de San Pedro. ¿Comenzaba a con-
tagiarme de su ambición? Vittorio estuvo en mis sueños esa noche...

(¿Por qué devuelve amor a mi desprecio? ¿Por qué
me cuesta fingir ese desprecio...?)

No quise preguntarme si lo amaba. Pero tuve
ocasión de probarlo, porque dos días después...

¿Conoces a Margaretta, hija?

Todo Piediluco la conoce, papá. Sobre todo
los hombres jóvenes. ¿Qué pasa con ella?

Bueno, no debería decírtelo,
pero puede abrirte los ojos
respecto de Vittorio. La vieron
con él ayer, bebiendo en un
bar de la ciudad... Parece
que el "romano" no soporta
la soledad.

... vino a su pariente solitario, pero vino al castillo
cuando lo supuso suyo. Tal vez papá dice la verdad.
(... alejarme de su influjo.)

... era una muchacha divertida. O
... El mal ejemplo del pueblo. Me
... creerlo.

... escuchó cuando la invitaba al
... esta tarde. Puedes ir y verla llegar:
... es fácilmente imaginable...

(¡No iré! No lo creo... y aunque lo cre-
yesse no me importa un rábano... ¡Cla-
ro que no iré!)

Fui. Esperé poco. Bajó de un taxi, llamó y Vit-
torio le abrió...

(La hace entrar. ¡Era verdad! Entonces Vit-
torio es realmente un canalla. Mintió sentir
por mí lo que no siente.)

(Ahora debería irme, pero no me basta lo que vi. La ventana lateral está abierta. Si están en la sala...)

Y bien, ¿qué es lo que debe decirme usted, signorina?

Algo muy simple, signore Ovietto. Debe hacerme un favor: dejar que permanezca aquí una hora. No lo molestaré. Puedo sentarme y escuchar música mientras usted sigue en lo suyo...

¿Y por qué razón?

Alguien me pagó para venir a verlo. Sólo para eso. Era un trabajo fácil y no podía desperdiciarlo. No ponga reparos. Usted nada pierde y yo gano buenas írras...

(Una trampa ideal para una ingenua campesina como yo...)

De acuerdo, quédese. Pero yo también le pagaré si me dice quién la envía.

¡Esto es mejor de lo que esperaba! Una "espía doble", como en las películas... ¡Fue el signore Bisso!

¿Me paga ahora o después?

La música de Bach sonaba en el grabador que Margaretta había echado a andar. Yo no sabía si ponerme a rabiar o alegrarme. Resolví ir a ver a papá.

¡Francesca! No se vaya aún...

¿Vio simplemente o escuchó también?

Empiezo a sospechar por qué lo hizo. Pero usted vino a comprobarlo. Si era falso mi amor. Y si vino porque realmente...

Ví y escuché, Vittorio... Siento lo que hizo mi padre.

Vittorio! Te amo, te amo, te amo... Aunque
un ambicioso detestable...

Entonces quédate. Esa muchacha se irá
con su doble paga y escucharemos a Bach...
o lo tocarás para mí, en el piano.

Mi padre se equivocó. El sólo quiere el castillo. Yo comprendo
ahora que nunca me importó. Sólo quise quitárselo a tu ambi-
ción. ¿Pretendías a Castel Lupo, Vittorio?

Sí, pero hace muchos años...

Pero cuando vine a Piediluco sólo te
pretendía a tí. ¿Prometes quedarte aquí,
para siempre?

Podría prometerlo, pero él no te de-
jará permanecer con nosotros...

me dijo algo que entendí
bien. "Seremos nosotros los
que dejaremos a tu padre perma-
necer aquí". Porque cuando el
conde Lentini volvió de Terni,
me dio una noticia que él corría
a comunicarme...

Cuando el antiguo
dueño murió, sus
herederos le per-
mitieron seguir
en él como mayordomo de nada. Y
luego, cuando Vit-
torio lo compró
tratando con ellos
en Roma, hizo lo
mismo. Sabía que
al viejo le hacía
bien creerse el
propietario... ¿Te
da cuenta?

Capolino estaba loco, Frances-
ca el castillo nunca fue suyo...

yo y mi ambición. Había soñado ir-
me y debía quedarse. Pero acaso con-
tinuaba con sus sue-
ños de propietario generoso. Cuando
aquello, Vittorio paró el grabador y me
hizo sentar al piano...

¿Por qué se llama Castillo del
Encanto este lugar?



Sí, papá. Y ahora debo irme.
A Castel Lupo. Bach me espera
allí.

¿Quién?

Bach, un músico que suena
lindo en el piano. A Vittorio
y a mí nos gusta.

Ah, Vittorio... Resultó
un buen muchacho. Con-
serva su amistad. Me gusta,
Francesca. Es el tipo
ideal para tí.

Que contigo y Bach, sería mejor lla-
marlo "Castillo Encantado".

Sí, lo sé. Por eso, acaso mi tío-
abuelo quería vivir aquí. Pero al
conocerte habrá pensado como yo...

Fin

TERESA DE ALOZA , LA FIERECILLA ,
por Héctor Pedro Blomberg
Los españoles andaban fundando ciudades por acá.
LA MAS PRUDENTE VENGANZA ,
por Lope de Vega

En Sevilla vivía un caballero rico: don Lisardo.
HISTORIAS DE HOM BRES Y MUJERES ,
por Cristóbal María Paz

Nueva investigación sobre problemas del corazón.
UN AMOR HUMANO ,
por María del Carmen Castellani

Moira se dejó estrechar entre aquellos brazos...
UN PAPELITO DOBLADO , MURIENDO EN EL
BOLSILLO , por Jorge H. Gonzaga

...¡Yo le digo algo! Esta piba está que mata...
CUENTOS DE ALMEJAS ,
por Pedro M. Mazzino

Almejas tiene un Casino, que se llena de ruido...
OLVIDAR , MIENTRAS SE PUEDA ,
por Paula Marín

-¡Aguarda, Francisco!-Pudo alcanzarlo, y ella ...
BETO Y FERNANDA Y FABIAN Y COCA ,
por Osvaldo Arregui

-La vida es dura: si no empujás vos, te pisotean.
LA BRUJA Y EL CABALLERO CRISTIANO ,
por Robin Wood

La llamaban "La bruja" y muchos la odiaban. Pero.
LA TURISTA Y EL INSPECTOR ,
por Marta Álvarez

¿Cuándo aprenderá a desconfiar de las mujeres?
HAY UN LORO EN TU PASADO , PETER
SHELDON , por Paola Mur

-Aquella isla es Samaná, Jane. Te gustará. Es ...
EL MARTIN FIERRO , por José Hernández
Para coleccionar.

EN
EL PRÓXIMO
NÚMERO DE

intervalo **ALBUM**

OLVIDAR,
MIENTRAS SE PUEDA



intervalo **ALBUM**

ALBUM DE OBRAS
GRAFICAS COMPLETAS

DIRECTORES

RAMON COLUMBA (h), CLAUDIO COLUMBA (h)
REGISTRO DE LA PROPIEDAD INTELECTUAL 1078706
Publicación adherida al Centro de Informaciones de Publicidad,
al INSTITUTO VERIFICADOR DE CIRCULACIONES,
y a la S. I. P. Sociedad Interamericana de Prensa



EDITOR RESPONSABLE

COLUMBA

S. A. C. E. I. I. F. A.

SARMIENTO 1889 - BUENOS AIRES - T. E. 4
Miembro de la ASOCIACION ARGENTINA DE EDITORES DE REVISTAS
Venta Interior y Exterior: Bertrán SAC - Independencia 100
Venta Capital: Distribuidora Impulso S. C. - Avda. Corrientes 100

CIUDAD VIOLENTA



Charles Bronson es, en estos momentos, una figura de gran atracción, y una segura garantía de éxito para cualquier film en que intervenga. Si a ello se le suma un tema y un reparto brillante, el resultado adquiere una trascendencia innegable.

La excelente dirección de Sergio Sollima contribuye a que esta película alcance notorios valores. Por todo eso es que nos complacemos en presentarla en una brillante adaptación libre de Pascual Medanos, que llega ilustrada totalmente en colores, a ALBUM INTERVALO EXTRAORDINARIO.



CIUDAD VIOLENTA

Una película presentada por PRODUCCIONES LOCEGU,

dirigida por SERGIO SOLLIMA.

Adaptación de PASCUAL MEDANOS.

Dibujos de VILLAGRÁN.



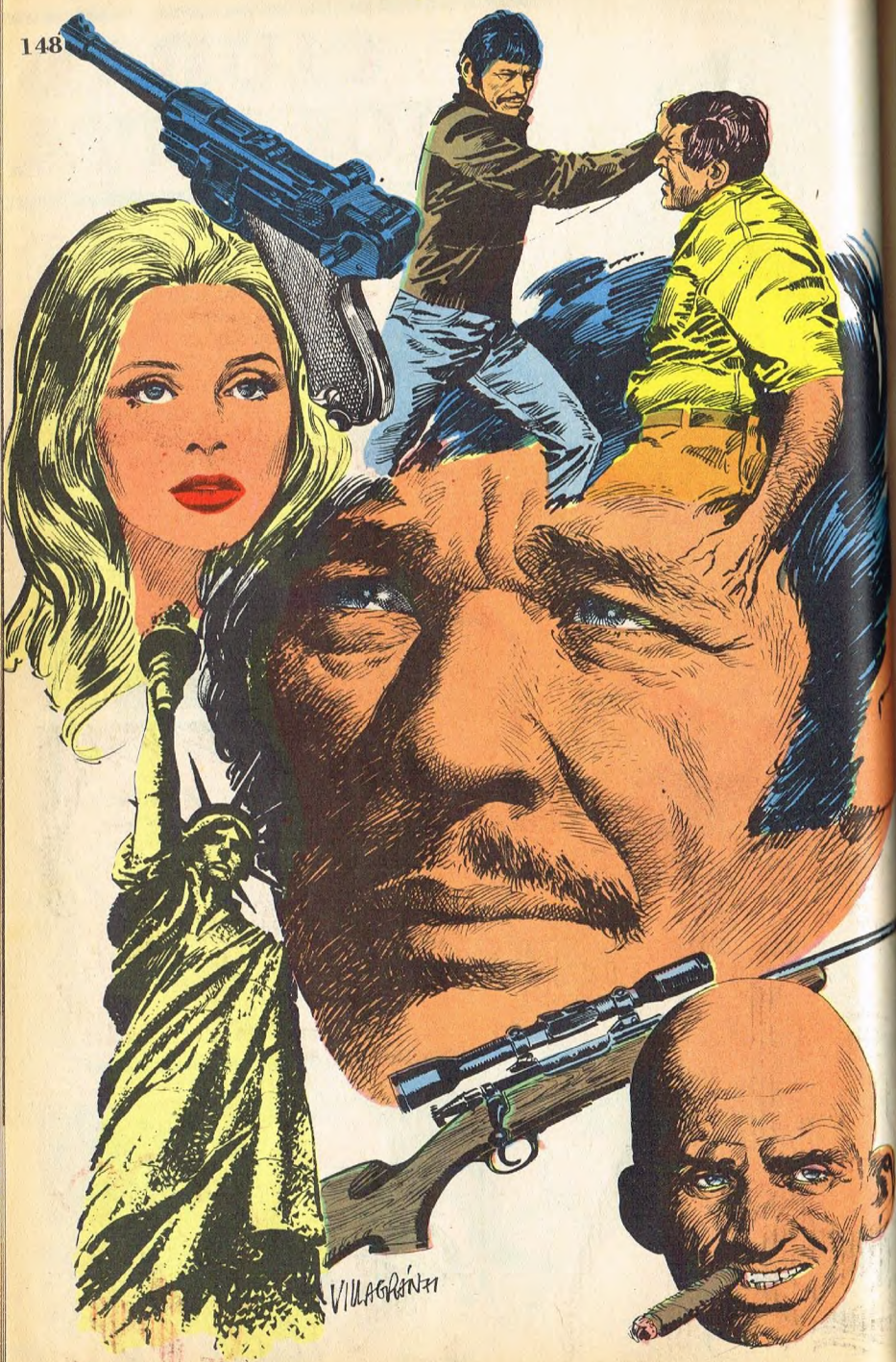
REPARTO

JEFF HESTON CHARLES BRONSON

WEBER TELLY SAVALAS

VANESSA JILL IRELAND







«Así la ciudad es gris, triste, lúgubre y sombría porque muchos seres buscando la calle del amor y la felicidad equivocaron el camino y tomaron por el callejón de la mentira, la ambición y la violencia.»

«¿Sabía que serías capaz de conseguir todo lo que nos haría felices. ¿Fue fácil?»

«Eso no importa, Vanessa. Simplemente fue. Cerré los ojos y lo hice.»



«Estamos juntos. Quisiste conocer Las Antillas y vamos a conocer esa primera escalera de nuestro paraíso.»



«Ya no me hizo preguntas. Se quedó mansa en mis brazos mientras la isla crecía en el horizonte y la dicha en mi corazón. Debía disfrutarla, pero no conseguía alejar de mi memoria el precio de todo eso. Recordé. Vanessa en Nueva York...»



Ahora puedo sonreír. El está aquí.
¡Hola, Jeff!

Hola Vanessa.



Tú me salvas, ¿sabes? Me harta este trabajo de modelo. ¡Llévame lejos! A cualquier parte que sea linda. El Caribe está lleno de islas paradisíacas.

Eso cuesta dinero.



Hice muchas cosas para sobrevivir en esta selva ciudadana, pero nunca maté a nadie... por encargo de otro.



El trabajo es fácil: mi tío tiene setenta años. Sólo tienes que darle un empujón, anticiparle el fin...

Tú podrías conseguirlo. ¿Sí, Jeff?



Mencionó una cantidad respetable. Calculo que alcanzaría para un barco lujoso y unos meses en Las Antillas. Y un auto, y todo lo que Vanessa esperaba de mí.

(Dije sí y debo hacerlo. Desde aquí puede ser fácil.)

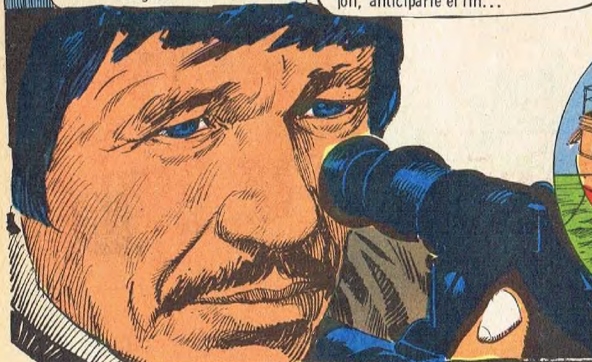


Un día antes Jerry Coogan me había llamado a su oficina. Acaso conocía mis actividades.

Eres el mejor tirador de la ciudad. Tu amigo Killian me lo dijo. Fue tu maestro.



Entonces contrate a Killian, señor Coogan.



¡Señor Coogan! ¡Asómese, por favor...!

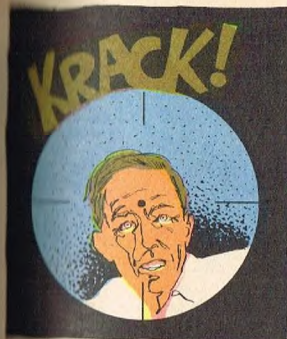


¿Sí, ¿quién es?



(Claro que es fácil. Sólo resta oprimir el disparador. ¡Pero no puedo hacerlo. No sé matar en frío. Siempre disparo para defenderme de los demás.)





¡No disparé yo, señor Coogan! Había comenzado a apuntarle cuando...

Eso no importa, Jeff. Aquí tienes lo prometido. ¡Disfrútalo!



Para mí fuiste tú. La constancia de que aceptabas el trato quedó en este grabador. Es mi manera de precaverme. ¿Comprendes?



(Sí, claro que me fue fácil obtener mucho dinero por nada... y comprometerme para toda la vida.)



¿En qué piensas, Jeff?

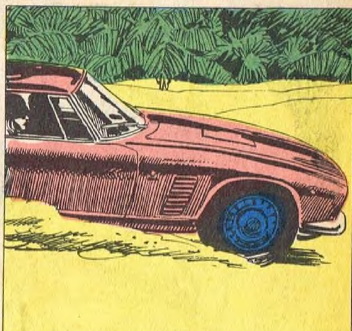
(En el aire limpio que se respira aquí, Vanessa. Buscaré un trabajo y una linda casa. Viviremos...

(Hay tantas islas y lugares hermosos para conocer! No echaremos el ancla en ningún sitio.



Estaba cansada y resolvimos buscar un restaurante para comer. Subimos al auto y lo advertí al mirar por el espejo retrovisor.

Nos siguen. ¡Vamos a correr!



(¡Tienes miedo cierra los ojos, Vanessa!

¿Quién puede ser?



Momentáneamente despisté al otro. Llegué al hotel y le dije que bajara.

No tardaré en volver, espérame. Entonces te diré quién era.



Esperaré, Jeff.

(Son dos. Uno guía, el otro tiene un arma en la mano. Weber se enojó cuando le avisé que dejaba de trabajar para él. Acaso se enteró de lo que pasó con Coogan.)



¡(Me equivoqué!! Esto es un callejón sin salida...!)

¡No trates de bajar, Jeff Heston!



Conocerá los métodos. La bomba incendiaria cayó junto al auto, cerca del tanque de gasolina. Todo fue rojo, rojo, rojo ...



¡Te dijimos que no salieras!



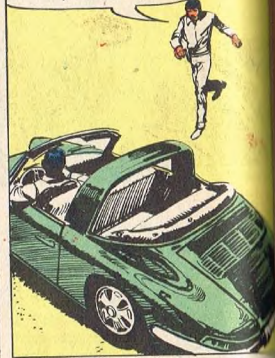
Caí, me quedé quieto. Dejé que se acercara a comprobar la puntería. Nunca pude tirar contra nadie en frío, pero esa vez era mi vida o la de ellos...



(Ahora es mejor irse de aquí. Escapar con vida y ...)



¡Jerry Coogan! ¿Viene a prestarme ayuda?



Tal vez, Jeff... Tal vez...

¡Miserable!



Después todo fue nebulosas. Cuando abrí los ojos vi los focos de un quirófano. Alcé la cabeza y vi algo más...

(Un policía. El hospital de la prisión...)



Tiene visitas, Heston. Haciendo una excepción permitimos que la reciba aquí.

(¿Vanessa...?)



¡Buena suerte, Jeff. Weber me envió a saber de aquí. Tú sabes, soy su abogado. No es difícil. Fue defensa propia.



¿Qué hará preguntas, Steve. Tendré que mencionar a Coogan. Habrá investigación.

No contestes las preguntas. Déjalo todo en mis manos. ¡Saldrás de aquí pronto! ¿Necesitas algo más?

Sí, pero... ¡Nada, Steve! Es cosa que debo hacer yo, después...



Cuando salí en libertad, los hombres de Weber me aguardaban en la calle.



Nos enviaron a buscarte, Heston. Tú sabes, Weber quiere renovar el viejo contrato contigo. De momento te manda cincuenta mil.

¿Poco?

Quizás sea mucho. Perdí las aboliciones. Dile nada más que eso a tu patrón.



Killian me dijo que la olvidara. Pero la amaba. No se puede olvidar tan fácilmente. Fuimos a los Angeles. Pasé un mes. Todavía me quedaba algún dinero. Hasta que una tarde Killian vino a mi hotel...

Killian estaba más allá, con su auto. Subí cuando me abrió la portezuela. Tomó rumbo al puerto...

Hiciste bien, Jeff. Es mejor seguir solo. O apartarse para siempre... ¿Cuál es tu plan?

Encontrar a Vanessa... y a Jerry Coogan.



Cuando me quemaron el auto y huía lo vi. Fue su trampa. No la entendí hasta que vi algo más: cuando volví a caer, Vanessa corría hacia el auto de Coogan. Fue lo único que vi antes de perder el sentido.



¿Viste el diario, Jeff? Toma, lee la página deportiva. Específicamente la nota sobre la próxima prueba automovilística.



OTRA VEZ EL FAMOSO MILLONARIO EN LA PRIMERA LINEA DE LARGADA



Mr. JERRY COOGAN



El plano es rápido. La pista serpenteaba entre colinas. Era cuestión de calcular tiempos y estar atento.

"... los volantes están dando una vuelta de práctica..."



"... todas las miradas se concentran sobre Jerry Coogan que ya se pone en la línea de largada..."



Debía controlar el tiempo y alistar el arma. Dejé transcurrir algunas vueltas. Coogan marchaba a ritmo matemático. Resultaba fácil saber cuando su auto número siete aparecería en la lomada.

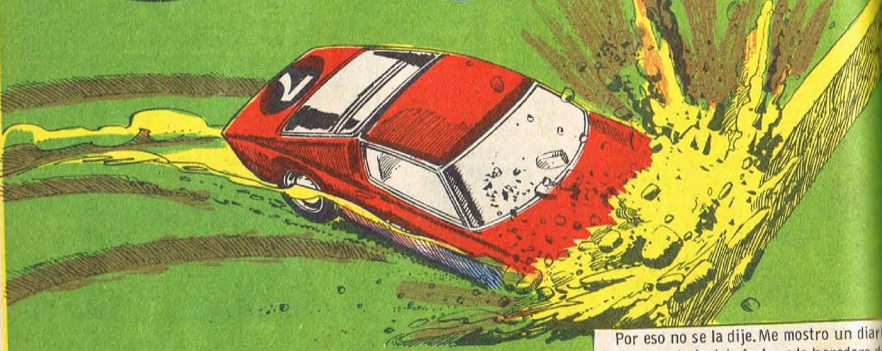
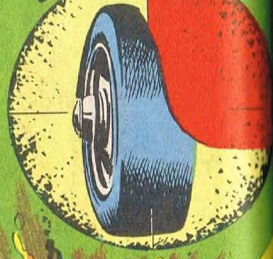
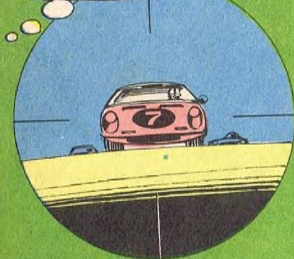


(Lo tengo en la mira. Es como si su tío me reclamase venganza. Pero yo no maté a su tío. No pude hacerlo a sangre fría.)

Sin embargo eso también era "a sangre fría". Enfoqué la rueda delantera. Sólo me restaba apretar el disparador. Nadie oiría nada. Nadie sabría cómo pasó.

(Es nada más que mi venganza, pero... ¿Por qué me cuesta concluir-la...?)

BANG!



(Tampoco esta vez pude hacerlo. ¡Pero sucedió! Las ambulancias aúllan como fieras. Es tu fin, Jerry Coogan... y no fui yo, ni nadie podría acusarme de haber sido...)

Buen trabajo, Jeff. No van a investigar. Esas cosas suceden en las carreras automovilísticas.

Por eso no se la dije. Me mostro un diario. Fea muerte la del afortunado heredero del viejo Coogan. Pregunté si averiguó algo sobre ella.

Nada. Creo que se marchó de Los Angeles anoche. ¡Olvida a esa mujer, Jeff! Es una aventurera.



Si te digo la verdad no me creerías, Killian.



Es la mujer que amo, Killian. La encontraré.

Me voy a Nueva York. Si hay una ciudad donde puede estar es ésa.

Yo también voy allí.

Pasó un mes. Acaso dos. Un día leí algo sobre una fiesta de caridad.

¿Una rosa, señor?

De acuerdo. Sírvasle mi donación para la obra.

¿Quién es ella?

Nuestra mejor colaboradora. Tiene belleza, juventud y encanto. Se llama Vanessa.





¿Estás loco, Jeff! ¿No fui yo quien tomó las fotos! Weber debió mandar que te siguieran en Los Angeles. Es poderoso, tú sabes.



De acuerdo, Killian. Voy a arriesgarme a creerte.

Hablaremos de eso después. Antes quiero mostrarte algo. Mi organización progresó, muchacho. Ya no usamos los viejos métodos. Las cosas cambiaron. ¿Ves ese banco?



Por eso te quiero a mi lado. Digamos, como guardaespaldas. Sabes tirar muy bien. Y te estimo.



¡No hay trato, Weber! Nada de lo que mostró me convence.

Entendí por qué Weber poseía la cinta grabada. Por qué me había seguido alguno de sus hombres en Los Angeles. Dije: -Sí, me quedo.

¿Qué harás ahora?

Lo único que puedo hacer: ver a Weber. Me pedirá que vuelva a trabajar para su organización. ¡Pero no lo haré!



La primera vez que entré llevaba un revólver en la mano. ¡Ahora forma parte de mis propiedades! ¿Te das cuenta?



¡Jeff Heston! ¡Cuánto debí esperarte, muchacho! ¿Has recapacitado?

Sí, Weber. Sobre todo con esos negativos que usted debe conservar en sitio seguro. ¿Cree que me atrapó?



Pasé a ser un "hombre de negocios", respetable, admirado...

¡Y con las manos sucias de sangre, Weber! Sé muchas cosas sobre usted; muchos las saben.



Le dije que no maté a mi tío y Coogan sobrevivió. Sonrió. Habló de arreglos legales. Llamó a Steve, abogado.

En tu lugar aceptarías la propuesta del "jefe", ¿no?



¿Qué clase de propuesta es, Weber?

Volvió a sonreír. Me mostró un alto edificio a punto de concluir en su construcción.

Serán mis oficinas. Los planos que puse se mantendrán dentro de la ley. Duplicaré mi fortuna. Mi nombre será muy alto ahora.



Dijo que había algo más. Apretó un botón y surgió una pantalla de televisión de circuito cerrado en un anaquele de su biblioteca.

Fíjate bien, Jeff. ¿No te impulsas eso a quedarte conmigo?



¡Vanessa!



Es muy hermosa. Tú lo sabes bien. Era tuya cuando Jeff Coogan... En fin, no hablo del pasado. Vanessa baja para mí ahora. Es algo así como... un bello adorno, muchacho. ¿Te quedas?



Hay que pertenecer a algo, Jeff, ser de algún grupo... o te aplastarán. Conmigo te irá bien.







¡Tú, Killian!
¡Mi mejor ami-
go...!

Trabajaba para él desde hace tiempo. Lo siento. No es época de héroes. Hay que juntarse a los verdaderos...

...para sobrevivir.



Pero ahora estás muerto, Killian.
Soy yo quien lo siente más... por ti.

Apuramos el regreso a Nueva York.
Pedí ver a Weber.

No te esperaba en domingo, Jeff.



Claro que no. Usted aguardaba a Killian.
Pero será yo quien le traiga la información.

¡Ya sabe quiénes son los traidores!

Sé solamente que eres el otro, muchacho. A Vanessa nunca la consideré mucho más que eso.



En esa caja están los negativos y la cinta grabada, Jeff. La llave está dentro del jarrón. ¡La sacaré!



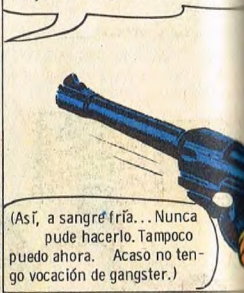
Hiciste un mal cambio. Ella no te dejará subir a su lado.

¡Mátala y recupera mi confianza, Jeff! Conozco a las mujeres de tu calaña. Y tú también. ¿Olvidas que se fue con Coogan cuando te creyó perdido?



¡Cállese!

Ya no hay pruebas contra ti. Ahora incluye nuestro plan. ¡Dispárale!



(Así, a sangre fría... Nunca pude hacerlo. Tampoco puedo ahora. Acaso no tengo vocación de gangster.)



Dudabas, Jeff. ¿Tuviste miedo? Yo no. Debía morir para que nosotros comencemos a subir. ¡Vete! Espérame en el Hotel Royal.

¡Dijiste que eras frágil y miedosa, Vanessa!



No me dejó hacerle reproches. Me hizo arreglar las cosas para que la culpa cayese sobre otro. Dijo que sabía cómo.

(Ya es hora de que esté aquí. Por venir. Estamos juntos en esto, Vanessa.)



También en Las Antillas me dijo que... y cuando Jerry Coogan me creyó... ¡Y esas sirenas sonando afue-



la denuncia la formuló Vanessa Weber... del occiso. Ella y el abogado... vieron a Jeff Heston cometer...



se enfrentaba el que estaba a punto de inaugurado.

... parece alcanzar el cielo pero no... No se alcanza el cielo así en una... gris, lúgubre y sombría...)



(¡Policías! Decenas de policías. ¡Fue una trampa! Una maldita trampa para un pobre ingenuo.)



(¡Era Steve el traidor que buscaba Weber...! El y Vanessa lo planearon todo. Llegaron a la cumbre. La viuda del hombre importante y el fiel servidor... ¡Par de canallas!)



Huf. Se echaron sobre mí como si fuese un tremendo asesino. ¡Y nunca pude matar a sangre fría...!

(¡Debo conseguir un auto y escapar...!)



Estuve lejos mucho tiempo. Dos meses, tal vez tres. Las informaciones decían que seguían mi pista por todo el país. Que usaba otro nombre. Pero se equivocaban la mayoría de las veces. Un día regresé a Nueva York. Nadie me vio entrar al edificio...



(... que se vuelve violenta por la ambición y la falsedad de los que trafican con todo, hasta con el amor.)

La viuda Weber y su abogado están entrando al ascensor que los conducirá al salón donde se realizará la ceremonia.



La dueña de todas las empresas "Weber" luce hermosa y triste, acaso evocando el doloroso fin de su esposo.



(Será fácil hacerlo. Sólo tendré que apuntar y olvidarme de un montón de cosas.)



Finges muy bien, Vanessa. Ya tienes lo que querías. Seremos felices cuando pase el tiempo del luto y puedas anunciar a todos que tú y yo...



¡Olvidálo, Steve! Mis planes cambiaron. Seguiré subiendo sin ti. Te enviaré a Europa a dirigir...

¡Vanessa, no serías capaz de abandonarme después de...!



(¡Jeff! Claro que es él. ¡No tires sobre mí, Jeff...! Aún te amo. Tú y yo todavía podemos...)



(El ascensor ya debió llegar a destino. Encontrarán dos cadáveres. No imaginarán la verdad hasta que...)



Oí los ruidos por la escalera. Ese tipo al que pagué habría cumplido bien su misión de avisar a la policía dónde estaría Jeff Heston a esa hora exacta.

¡Quieto, Heston! Un solo movimiento y...



No voy a moverme, muchacho. Sólo quiero que te que aquí dentro hay un manuscrito. Lo terminé en estos meses de fugitivo. Cuento en lo que pasó. La gente sabrá por qué se vuelve lenta la ciudad. ¡Que lo publiquen!



Sé que no me cree. Tiene cara de novato y miedo. Supone que es una trampa y que detrás del maletín oculto un arma. Se equivoca; ignora que nunca sería capaz de matar a sangre fría. ¡Va a dispararme! Sí, yo sé que sí.

¡Que lo publiquen!



lo publicaron, Jeff. Esta fue tu historia. Acaso sirva a todos aquellos que equivocan el camino para que vuelvan atrás y no se encuentren con ese callejón donde todo es mentira, ambición y violencia.

**Fin**

YA SOY ELECTRICISTA



Antes "trabajaba" como electricista. Ahora "soy" electricista. Poseo el Diploma Título que me acredita. Nunca me falta trabajo. ¿Cómo lo conseguí? Estudiando por correspondencia con todas las garantías, en mis propios términos. He ascendido y cobro más. También hago trabajos por mantenimiento, y mis clientes están satisfechos.

digalo mismo

Usted obtiene

***TITULO TECNICO**

estudiando alguno de estos acreditados Cursos que le ofrece

ceda

RIGLOS 119 BUENOS AIRES (S. 24)

- * Técnico Electricista
- * Maestro Electricista
- * Montador Electricista
- * Instalador Electricista

Enseñanza, textos, correcciones y material. Honorarios mensuales

\$ 120

solicítenos folletos explicativos en colores, sin ningún compromiso para Vd.

ESTOS SON NUESTROS CURSOS

- Delineante Mecánico - Delineante en Construcción
- Delineante General
- Instalador Electricista - Montador Electricista - Maestro Electricista - Técnico Electricista
- Técnico en Motores - Mecánico de Automóviles - Mecánico Diesel - Electricidad del Automóvil
- Técnico Mecánico - Maestro Tornero - Maestro Fresador - Técnico en Soldadura - Maestro Soldador - Encargado Mecánico - Maestro Ajustador
- Decoración General - Decoración del Hogar
- Dibujo General
- Técnico en Construcción - Maestro Albañil

UNA SIMPLE ESTAMPILLA DE CORREO y este cupón puede ser el principio de una vida mejor para Ud. y para los suyos. Mándelo HOY MISMO, pues a nada se compromete:

Me interesan folletos de los Cursos de:

NOMBRE

DIRECCION

LOCALIDAD

RIGLOS 119/DPTO 34 g /BUENOS AIRES (C.A.B.A.)

GRATIS

No es obligatorio enviar este cupón. Puede escribir mencionando la revista y fecha o número.

¿CUEERDA QUE YA TE VENG
HACIENDO QUE ROBARA
I-NOOR!

PARA
AMBOS SEXOS
No importa
su edad!

aprenda a DIBUJAR

METODO MODERNO de MODERN SCHOOLS
y gane dinero con sus lecciones PRACTICAS
en su casa por correo

¡Prácticamente podrá realizar... FOLLETO GRATIS!

¡DIBUJOS ANIMADOS,
¡FOTOGRAFÍAS, LETRAS
¡DIVERSIDAD, etc.

MODERN SCHOOLS
FLORIDA 835-3° Piso
CASILLA 20 - SUC. 13
Buenos Aires

CASILLA 20 - SUCURSAL 13 - BUENOS AIRES
92

Nombre _____ Edad _____

Dirección _____

Localidad _____ Pcia _____

Si Ud. reside en **URUGUAY** envíe el cupón a:
CASILLA 113 - C. CENTRAL - MONTEVIDEO

ACTÚE HOY MISMO ENVÍE EL CUPÓN

INT/6-71

SEA UTIL A LA
HUMANIDAD!!

aprenda **ENFERMERIA**

EN SU CASA
POR CORREO
PARA AMBOS
SEXOS

Las profesiones
en el campo
de la salud son ilimitadas !!

Su futuro está en la
"Enfermería"

BENFEL SCHOOLS
CASILLA 34 - SUCURSAL 13 - Buenos Aires

Solicite Folleto Gratis

BENFEL SCHOOLS: CASILLA 34 - SUCURSAL 13 - BS. AS.

Nombre _____ Edad _____

Dirección _____

Localidad _____ Pcia. _____

INT/6-71

**GANÉ
FAMA
Y DINERO
aprenda**

FOTOGRAFIA

PRÁCTICAMENTE
EN SU CASA POR CORREO

EQUIPO GRATIS

con los valiosos elementos que le
obsequiamos, será en poco tiempo
EXPERTO PROFESIONAL

1000 OPORTUNIDADES
de progreso y bienestar
se abrirán para Ud.

PARA AMBOS SEXOS

Conociendo los secretos de nuestro mé-
todo exclusivo, cualquier persona hom-
bre o mujer, puede aprender en su
propia casa esta magnífica profesión.

No importa
su edad!

SOLICITE FOLLETO GRATIS

ESCUELA FOTOGRAFICA SUDAMERICANA
CASILLA 142 - SUCURSAL 13
BUENOS AIRES

64

NOMBRE: _____ EDAD: _____

DIRECCION: _____

LOCALIDAD: _____ PCIA: _____

Si Ud. reside en **URUGUAY**:
envíe el cupón a: **CASILLA 152 C. CENTRAL - MONTEVIDEO**

Actúe HOY MISMO envíe el cupón

ESCUELA FOTOGRAFICA SUDAMERICANA
Incorporada a Modern Schools de E.E.U.U.
FLORIDA 835-3° Piso
CASILLA 142 - SUC. 13
Buenos Aires

PARA UN MUNDO DE POSIBILIDADES

18° ANIVERSARIO

aprenda

DIBUJO

con
Continental Schools



¡No importa su edad!

Conociendo los secretos de nuestro acreditado método de instrucción, cualquier persona — hombre, mujer o niño— puede, sin estudios cansadores y sin perder tiempo, dinero ni energías, aprender a dibujar toda clase de **HISTORIETAS, CARICATURAS, PUBLICIDAD, DIBUJOS ANIMADOS, FIGURAS FEMENINAS, ARGUMENTOS PARA HISTORIETAS**, etc.



GRATIS!

Solicite folleto del Curso de su preferencia **HOY MISMO** y aprecie las Ventajas del **Famoso Sistema de Enseñanza** POR CORREO de CONTINENTAL SCHOOLS.



GANE DINERO MIENTRAS APRENDE

Complementando su aprendizaje desde el primer mes valiosas lecciones especiales con "Ideas para Dinero", donde se describen infinitas tareas para realizar en su libre, mientras estudia,

APRENDA

INGLES

con Continental Schools

Sin estudios cansadores, como un agradable pasatiempo y en su propio hogar. Ud. aprende a leer y conversar con el **FAMOSO SISTEMA LOGICO AUDIO-VISUAL** que CONTINENTAL SCHOOLS imparte con exclusividad en el país.

EL INGLES QUE UD. NO SABE QUE SABE
Único Curso que le demuestra que Ud. ya posee un vocabulario de más de 3,000 palabras en Inglés que, realmente, Ud. no sabía que sabía.

Solicite Folleto Gratis, sin compromiso.



NUESTROS ALUMNOS RECIBEN GRATIS ESTE VALIOSO EQUIPO PROFESIONAL.

GRATIS

Solicite Folleto Gratis, sin compromiso para Ud.

Continental Schools -Sect.

Avda. de Mayo 784 - Buenos Aires

DESEO FOLLETO GRATIS DEL CURSO DE **INGLES**

Nombre _____

Dirección _____

Ciudad o Pueblo _____

Prov. _____

F.C.N. _____

11.47

CUPON PARA INGLES

CUPON PARA DIBUJO

Continental Schools

De Los Angeles, California, U.S.A.

Filial Uruguay: Ejido 1425 Montevideo

Filial Chile: Huérfanos 386 Santiago

Continental Schools -Sect.

Avda. de Mayo 784 - Buenos Aires

DESEO FOLLETO GRATIS DEL CURSO DE **DIBUJO**

Nombre _____

Dirección _____

Ciudad o Pueblo _____

Prov. _____

F.C.N. _____